LA TEMPESTAD

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LA TEMPESTAD

(THE TEMPEST)

DRAMATIS PERSONÆ

ALONSO, rey de Nápoles.
SEBASTIÁN, hermano suyo.
PRÓSPERO, duque legítimo de Milán.
ANTONIO, hermano del precedente y usurpador de su ducado.
FERNANDO, hijo del rey de Nápoles.
GONZALO, anciano consejero.
ADRIÁN ..... } Señores.
FRANCISCO .. }
CALIBÁN, esclavo salvaje y deforme.
TRÍNCULO, clown.
ESTEBAN, despensero borracho.

Un CAPITÁN de navío.
Un CONTRAMAESTRE.
Marineros.
MIRANDA, hija de Próspero.
ARIEL, genio del Aire.
IRIS .....
CERES .....
JUNO .....
NINFAS .....
Segadores.
} Representaciones de espíritus.
Otros Espíritus al servicio de Próspero.

ESCENA.—En el mar, a bordo de un navío. Después, en una isla.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Sobre un navío, en el mar. Oyese rumor tempestuoso, con truenos y relámpagos

Entran, por diversos lados, un CAPITÁN *de navío y un* CONTRAMAESTRE

CAPITÁN.—¡Contramaestre!

CONTRAMAESTRE.—¡Presente, capitán! ¿Cómo va?

CAPITÁN.—Bien. Hablad a los marineros. ¡Maniobrad con pericia, o vamos a encallar! ¡Apresuraos! ¡Apresuraos!... *(Sale.)*

Entran Marineros

CONTRAMAESTRE.—¡Hurra, mis bravos! ¡Serenidad, serenidad, mis bravos!... ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Arriad la cofa de mesana! ¡Atención al silbato del capitán! ¡Y ahora viento, sopla hasta que revientes, visto que tenemos sitio para maniobrar!

Entran ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, FERNANDO, GONZALO *y otros*

ALONSO.—¡Buen contramaestre, cuidado! ¿Dónde está el capitán? ¡Conducíos como un hombre!

CONTRAMAESTRE.—Os lo suplico, permaneced ahora abajo.

ANTONIO.—¿Dónde está el capitán, contramaestre?

CONTRAMAESTRE.—¿No lo habéis oído?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Estorbáis nuestra labor. Permaneced en vuestros camarotes. Ayudáis a la obra de la tempestad.

GONZALO.—¡Vamos, bravo, ten paciencia!

CONTRAMAESTRE.—Cuando la tenga el mar. ¡Fuera de aquí! ¿Qué importa a estas olas rugientes el nombre de un rey? ¡A vuestros camarotes! ¡Silencio! No nos perturbéis.

GONZALO.—Bien; pero recuerda a quién tienes a bordo.

CONTRAMAESTRE.—Nadie a quien estime más que a mí mismo. Consejero sois; si podéis imponer silencio a estos elementos y concertar la paz inmediata (1), no tendremos que tocar ni un cordaje. Usad de vuestra autoridad. Si no, felicitaos de haber vivido tanto tiempo y marchad inmediatamente a vuestro camarote para preparaos a afrontar el infortunio de la hora, si llega. ¡Animo, hijos míos! ¡Fuera de nuestro puesto, digo! *(Sale.)*

GONZALO.—Tengo la mayor confianza en este compañero. No me parece que, por las trazas, haya de ahogarse. Su complexión es la de un perfecto ahorcado. ¡Vela, buena fortuna, por su ahorcamiento! ¡Haz que sea nuestro cable la cuerda de su destino, pues el de nosotros no ofrece la menor ventaja! Si no ha nacido para ser ahorcado, nuestra situación es desastrosa. *(Salen.)*

Vuelve a entrar el CONTRAMAESTRE

CONTRAMAESTRE. — ¡Arriad la cofa de mesana! ¡Pronto! ¡Más abajo! ¡Más abajo! ¡Unid la vela con el palo mayor! *(Gritos dentro.)* Mala peste a esos aulladores! ¡Son más estrepitosos que el oleaje o nuestra maniobra!

Entran de nuevo SEBASTIÁN, ANTONIO *y* GONZALO

¿Otra vez aún? ¿Qué hacéis aquí? ¿Queréis que lo abandonemos todo y nos ahoguemos? ¿Os gustaría ir al fondo?

SEBASTIÁN.—¡Que la viruela os roa la garganta, rastreador, blasfemo, perro despiadado!

CONTRAMAESTRE. — Maniobrad vos, entonces.

ANTONIO.—¡A la horca, mastín, a la horca! ¡Hijo de puta! ¡Insolente alborotador! ¡Tenemos menos miedo que tú a ahogarnos!

GONZALO.—No se ahogará él, os lo garantizo, aunque el buque fuera menos resistente que una cáscara de nuez, o tan aguanoso como una muchacha lúbrica.

CONTRAMAESTRE.—¡Que marche a bordadas, a bordadas! ¡Desplegad las dos velas! ¡Virad de lado!

Entran Marineros, mojados

MARINEROS.—¡Todo está perdido! ¡A las plegarias! ¡A las plegarias! ¡Todo está perdido! *(Salen.)*

CONTRAMAESTRE.—¡Cómo! ¿Habrán de helarse nuestras bocas?

GONZALO.—¡El rey y el príncipe están orando! Asistámoslos, pues nuestro caso es igual al suyo.

SEBASTIÁN.—Pierdo la paciencia.

ANTONIO. — ¡Perecemos absolutamente por culpa de unos borrachos!... ¡Este miserable hablador! ¡Que no estuvieras ahogado por el lavatorio de diez mareas!

GONZALO.—¡Será ahorcado, no obstante! ¡Aun cuando cada gota de agua se opusiera a ello y tratara de engullírselo! *(Ruidos confusos en el interior.)*

VARIAS VOCES.—«¡Misericordia de nosotros!» —«¡Zozobramos, zozobramos!» —«¡Adiós, esposa!» —«¡Adiós, hijos!» —«¡Adiós, hermano!» —«¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!...»

ANTONIO.—Muramos todos con el rey! *(Sale.)*

SEBASTIÁN. — ¡Despidámonos de él!... *(Sale.)*

(1) *Work the peace of the present*, en el texto, es decir: «restablecer en el acto la calma», como vertimos en la edición de Espasa Calpe.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

GONZALO.—¡Diera ahora mil estadas de mar por un acre de tierra estéril; un extenso páramo, unos retamales espinosos, cualquier cosa! ¡Hágase la voluntad del Altísimo! Pero hubiera preferido morir de muerte seca. *(Sale.)*

ESCENA II

La isla.—Ante la gruta de Próspero

Entran PRÓSPERO *y* MIRANDA

MIRANDA.—Si con vuestro arte, padre queridísimo, habéis hecho rugir estas salvajes olas, aplacadlas. Dijérase que el cielo vertía pez infecta, si acaso el mar, elevándose hasta su mejilla, no lo salpicaba con su fuego. ¡Oh! ¡He sufrido con lo que veía sufrir! ¡Un arrogante buque, que encierra, a no dudar, algunas nobles criaturas, roto en mil pedazos! ¡Oh! ¡Sus gritos hallaban eco en mi corazón! ¡Pobres almas! Han perecido. Si hubiera dispuesto del poder de un dios, habría sorbido la mar en la tierra antes que ese bravo navío se sumergiese con su cargamento de almas.

PRÓSPERO.—Sosegaos. Nada de asombro. Decid a vuestro piadoso corazón que ningún infortunio ha sucedido.

MIRANDA.—¡Oh! ¡Día funesto!

PRÓSPERO.—Ninguna desgracia. Nada he llevado a cabo que no fuera en beneficio tuyo, que no hiciera por ti, ¡por ti, mi estimada, mi hija!..., que ignoras quién eres, que no me conoces ni te das cuenta de otra cosa sino que soy Próspero, el dueño de esta humilde gruta, más que tu padre.

MIRANDA.—Nunca he intentado saber más.

PRÓSPERO.—Ya es hora de que te informe por extenso. Préstame tu mano y despójame de mi mágica vestidura... Así. *(Coloca en el suelo su manto.)* ¡Quédate ahí, mi talismán!... Seca tus ojos: consuélate. El terrible espectáculo de este naufragio, que ha despertado en ti la virtud de la compasión, lo he preparado yo tan acertadamente, merced a los recursos de mi arte, que allí no queda alma..., no, ni nadie ha perdido el valor de un cabello, entre aquellos cuyos gritos has oído y te han llenado de asombro. Siéntate; porque vas ahora a saber más de lo que sabes.

MIRANDA. — Frecuentemente habéis querido contarme lo que soy; pero os deteníais y me dejabais en suspenso, diciéndome: «Espera, todavía no»

PRÓSPERO.—Ha venido ahora el instante. Ha llegado el minuto en que es necesario abrir tus oídos. Obedece y está atenta. ¿Puedes recordar el tiempo en que aún no habitábamos en esta gruta? No creo que puedas, porque entonces no tenías más que tres años.

MIRANDA. — Puedo, ciertamente, señor.

PRÓSPERO. — Pero ¿cómo? ¿Evocando otra morada y personas? Cuéntame lo que pudo dejar alguna otra imagen a tus recuerdos.

MIRANDA.—Es muy lejano; y más bien un sueño que una certidumbre que mi memoria podría garantizar. ¿No tenía yo a un tiempo cuatro o cinco mujeres que cuidaban de mí?

PRÓSPERO.—Sí, Miranda, y más todavía. Pero ¿cómo es posible que persista esto en tu memoria? ¿Que ves aún en las tinieblas del pasado y en el abismo del tiempo? Si te acuerdas de alguna cosa antes de venir aquí, debes recordar cómo viniste.

MIRANDA.—Sin embargo, eso no lo recuerdo.

PRÓSPERO.—Hace doce años, Miranda, doce años desde entonces, tu padre era duque de Milán y príncipe de poderío.

MIRANDA.—Señor, ¿no sois vos mi padre?

PRÓSPERO.—Tu madre fué un modelo de virtud, y ella me dijo que eras mi hija. Y tu padre era duque de Milán, y su única heredera una princesa..., sin otra progenie.

MIRANDA.— ¡Oh cielos! ¿Qué negra

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

traición nos ha traído aquí, o qué felicidad nos ha conducido?

PRÓSPERO.—¡Ambas, ambas, hija mía! Por una negra traición, como dices, nos hallamos aquí; pero una felicidad nos condujo.

MIRANDA.—¡Oh! ¡Sangre destila mi corazón al pensar en los sufrimientos que torno a evocaros, de los cuales no conservo memoria! Proseguid, si gustáis.

PRÓSPERO.—Mi hermano, y tío tuyo, Antonio de nombre... Oyeme bien, te ruego... (¡que abrigue un hermano tanta perfidia!); a él, a quien más amaba en el mundo después de ti, dejé confiada la dirección de mis Estados. En esta época, de todas las señorías, la mía era la más importante, y Próspero sobrepujaba a los otros duques. Mi linaje era sin igual, y ninguno podía compararse conmigo en el conocimiento de las artes liberales, cuyo estudio me absorbía de modo que me desembaracé del peso del gobierno, abandonándolo a mi hermano, y viví en mi nación como un extranjero, completamente dado y aplicado a las ciencias ocultas. Tu tío desleal... ¿No me atiendes?

MIRANDA.—Con la mayor atención, señor.

PRÓSPERO.—Una vez enterado de la manera de satisfacer a los solicitadores y de cómo se los rechaza; sabiendo a quién agradar y a quién reprimir, hizo nuevos vasallos de mis vasallos; quiero decir, que los cambió, que los modeló a su antojo. Poseyendo a la vez la clave del oficio y del oficial (1), dió a todos los corazones el diapasón que deleitó a su oído, a tal grado, que vino a ser como la hiedra que ocultaba mi tronco majestuoso y chupaba su savia en mi verdor... No me oyes.

MIRANDA.—¡Oh buen señor! Os escucho.

PRÓSPERO.—Atiéndeme, te ruego. Yo, olvidando así las cosas de este mundo, enfrascado en mi retiro, por completo ocupado en enriquecer mi mente con lo que era a mis ojos muy superior al saber popular, desperté un diabólico instinto en mi pérfido hermano. Y mi confianza, ilimitada por la consanguinidad, engendró en él una felonía proporcionada a mi buena fe, que verdaderamente no tenía límites, una seguridad sin trabas. Convertido de este modo en dueño, no solamente de lo que atesoraban mis rentas, sino también de cuanto podía lograr mediante mi poder (semejante a un hombre que, en fuerza de repetir una cosa, comete en su memoria el pecado de dar crédito a su propia mentira), se imaginó que era efectivamente el duque, olvidó la sustitución, y tomando la apariencia del rostro de la soberanía, con todas sus prerrogativas..., creció desde este instante su ambición... ¿Me escuchas?

MIRANDA.—Vuestro relato, señor, curaría la sordera.

PRÓSPERO.—Para que no hubiera pantalla alguna entre el papel que representaba y la realidad del mismo, creyó necesario hacerse dueño absoluto de Milán. En cuanto a mí, pobre hombre..., mi biblioteca era un ducado suficientemente grande. Llegó a suponerme incapaz de ejercer la soberanía temporal. Confederado (tan sediento estaba de poder) con el rey de Nápoles, se obligó a pagarle un tributo anual, le rindió homenaje, sometió su coroneta a su corona y humilló al ducado hasta entonces indomable (¡ay pobre Milán!), bajo el más vergonzoso yugo.

MIRANDA.—¡Oh cielos!

PRÓSPERO.—Fíjate bien en las condiciones y resultado de esta alianza. Dime ahora si este hombre es un hermano.

MIRANDA.—Fuera pecado dudar de la honradez de mi abuela. Virtuosas matrices han producido perversos vástagos.

PRÓSPERO.—Vengamos a las condiciones. El rey de Nápoles, inveterado enemigo mío, atendió a la pretensión de mi

(1) *The key officer and office*, en el original; la llave, la clavija de que se sirven los afinadores, o que se denominó después *a hammertuning*.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hermano, la cual consistía en que él, a cambio de las concesiones de homenaje y de no sé qué tributo, me arrojase a mí y a los míos del ducado y confiriese el hermoso Milán con todos los honores a mi hermano. Acto seguido levantóse un ejército de traidores; una noche, la señalada para la ejecución, Antonio abrió las puertas de Milán, y, en medio del horror de las tinieblas, los comisionados de sus proyectos arrancáronme de allí a mí, y a ti misma, que gritabas.

MIRANDA.—¡Ay! ¡Por piedad! Yo ahora, no recordando cómo grité entonces, quisiera gritar de nuevo. Es una sugestión que hace afluir las lágrimas a mis ojos.

PRÓSPERO.—Escucha un poco todavía, e iré a parar a lo que en este instante nos ocupa, sin lo cual mi narración sería harto impertinente.

MIRANDA.—¿Cómo no os hicieron perecer en tal momento?

PRÓSPERO. — Bien preguntado, niña mía. Mi relato provoca esa interrogación. No se atrevieron, cara niña: tanto era el cariño que el pueblo me profesaba; no quisieron sellar con sangre el acontecimiento, sino que prefirieron pintar sus reprobables fines con los más sugestivos colores. En suma: nos transportaron a bordo de un barco, que nos internó algunas leguas en el mar, donde tenían dispuesto el casco de una nave (1), sin aparejos, roldanas, vela ni mástil, que hasta las ratas habían abandonado instintivamente. Allí nos introdujeron a la fuerza, para que uniéramos nuestros gritos a la mar que rugía en torno, y nuestros suspiros a los vientos, los cuales, compadecidos, suspiraban a su vez, devolviéndonos los sollozos en ecos simpáticos.

MIRANDA.—¡Ay! ¡Qué tormento debí de ser entonces para vos!

PRÓSPERO.—¡Oh, tú fuiste el querubín que me salvó! Animada de una fortaleza celestial, sonreías, mientras yo hacía llover (1) el mar con salobres lágrimas, gimiendo bajo el peso de mis males; sonrisa que engendraba en mí una resolución obstinada (2), que me ayudó a soportar lo que debía sobrevenir.

MIRANDA.—¿Cómo ganamos la orilla?

PRÓSPERO.—Gracias a la divina Providencia. Disponíamos de algunos víveres y un poco de agua dulce, que un noble napolitano, Gonzalo (al que incumbía la ejecución del proyecto), movido de caridad, nos dejó, juntamente con ricas vestiduras, ropa blanca, telas y otros objetos necesarios que después nos han sido de gran utilidad. Sabiendo lo que estimaba mis libros, llevó su generosidad hasta proveerme, sacados de mi propia biblioteca, de volúmenes a que yo concedía mayor valor que a mi ducado.

MIRANDA.—¡Ojalá pueda un día conocer a ese hombre!

PRÓSPERO. — Voy a levantarme ahora (3). *(Recogiendo su manto.)* (4). Permanece aún sentada y escucha el fin de nuestras desdichas sobre el mar. Arribamos aquí, a esta isla, y en ella he sido tu profesor, has sacado más provecho de mis lecciones que otras princesas que derrochan el tiempo en ho-

(1) El *in-folio* de 1623, cuyo texto seguimos, *of a bult;* pero es evidente errata por *of a boat.*

(1) *When I have dcck'd the sea with drops full salt,* en el texto. *Deck* vale por *a pack of cards,* según se colige de la *Tercera parte del rey Enrique VI,* v. 1, 44; esto, como sustantivo. Otras veces es verbo, que se toma en la acepción de *to cover,* y en alguna ocasión rara, como ahora, en la de *to sprinkle.* Es voz antigua de los condados del norte de Inglaterra.

(2) *Stomach,* es decir, *stubborn resolution* según Steevens.

(3) *Now I arise,* en la edición primitiva. Algunas impresiones modernas asignan este apartado a Miranda, con poco acierto, a nuestro juicio. Próspero, al levantarse y coger su manto, dotado de un poder de encantamiento, comienza a preparar la entrada de Ariel. Nótese el maravilloso procedimiento de Shakespeare durmiendo a Miranda, para pasar del mundo real al maravilloso.

(4) La acotación es de las ediciones modernas, pero pedida por el sentido, a tenor de lo que acabamos de anotar.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ras frívolas y carecen de preceptores tan cuidadosos.

MIRANDA.—¡El Cielo os lo recompense! Y ahora, señor, decidme, os suplico (pues esto me preocupa aún), la razón de por qué habéis levantado esta tormenta marítima.

PRÓSPERO.—Vas a saberlo con creces. Por la más extraña de las casualidades, la bienhechora Fortuna, de nuevo mi cara amiga, ha conducido a mis adversarios hacia estas playas, y, merced a mi presencia, descubro que mi cenit se halla dominado por la estrella más propicia, cuya influencia debo utilizar con cuidado si no quiero ver abatida para siempre mi fortuna. Ahora no me preguntes más. Te vence el sueño; es un buen reparador y déjale paso... Veo que no puedes defenderte de él... (MIRANDA *se queda dormida.)* ¡Ven acá, servidor, ven! Estoy dispuesto ya. ¡Acércate, mi Ariel, llega!

Entra ARIEL

ARIEL.—¡Salve por siempre, gran dueño! ¡Salve, grave señor! Vengo a ponerme a las órdenes de tu mejor deseo; haya que hender los aires, nadar, sumergirse en el fuego, cabalgar sobre las rizadas nubes, a tu servicio estoy; dispón de Ariel y de todo su influjo.

PRÓSPERO.—¿Has ejecutado puntualmente la tempestad que te encomendé, espíritu?

ARIEL.—Punto por punto. He abordado el navío del rey. Ora en la proa, ora en el centro, sobre cubierta, en cada camarote, mis llamadas han hecho maravillas. A veces me dividía y quemaba en muchos sitios; en la extremidad del mastelero, en las vergas, en el bauprés, arrojaba llamas diferentes, que luego se encontraban y reunían. Los relámpagos de Júpiter, precursores de los terribles estampidos del trueno, no se sucedían más momentáneos ni deslumbrantes. Los fuegos y estallidos de las detonaciones sulfúreas parecían sitiar al poderoso Neptuno y herir de espanto a las audaces olas. ¡Hasta su terrorífico tridente tembló!

PRÓSPERO.—¡Mi valeroso genio! ¿Qué hombre fuera tan firme, tan animoso, que este tumulto no le hubiera trastornado la razón?

ARIEL.—No hubo alma que no sintiese la fiebre de la locura y no diera señales de desesperación. Todos, menos los marineros, sumergiéronse en la onda amarga y espumante, y abandonaron el buque totalmente incendiado por mí. Fernando, el hijo del rey, con los cabellos erizados (más bien cañahejas que cabellos), fué el primero que saltó gritando: «¡El infierno está vacío y todos los demonios se hallan aquí!»

PRÓSPERO.—¡Bien, muy bien, genio mío! Pero ¿no estaba próxima la orilla?

ARIEL.—Muy cercana, mi dueño.

PRÓSPERO.—Y dime, ¿se encuentran salvos, Ariel?

ARIEL.—Ni un cabello han perdido, ni una mancha se descubre en sus flotantes vestidos, a no ser más lucientes que antes; y, siguiendo tus órdenes, los he dispersado en grupos por la isla. En cuanto al hijo del rey, yo mismo lo he desembarcado, al cual acabo de dejar refrescando el aire con sus suspiros, sentado en un oculto rincón de esa isla, con los brazos cruzados en esta triste actitud.

PRÓSPERO.—Dime qué has hecho del navío del rey y de los marineros y cómo has dispuesto del resto de la flota.

ARIEL.—El buque real se halla al abrigo del puerto; en el profundo arcón donde una vez me evocaste a medianoche para que fuera a buscarte rocío de las Bermudas, continuamente huracanadas. Allí se encuentra oculto. Todos los marineros reposan tendidos bajo las escotillas, donde los he dejado que duerman con el influjo de hechizos, a los que ha venido a unirse la fatiga que han debido de soportar. Y por lo que resta de la flota por mí dispersada, ha vuelto a juntarse y boga sobre el Mediterráneo, haciendo vela rumbo a Nápoles.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

persuadidos de haber visto naufragar la nave del rey y perecer su sagrada persona.

PRÓSPERO.—Ariel, has cumplido exactamente tu misión. Pero tengo que confiarte más trabajo aún. ¿En qué momento del día estamos?

ARIEL.—Ha pasado el meridión.

PRÓSPERO.—De dos ampolletas por lo menos. Debemos aprovechar el tiempo preciosísimo que nos queda hasta la hora sexta.

ARIEL.—¿Hay más trabajo? Puesto que me das tarea, permíteme recordarte lo que me prometiste y aún no has cumplido.

PRÓSPERO. — ¡Cómo! ¿Malhumorado? ¿Qué es lo que puedes pedir?

ARIEL.—Mi libertad.

PRÓSPERO.—¿Antes del término establecido? Ni una palabra más.

ARIEL.—Te ruego que te acuerdes de que te he prestado valiosos servicios; no te he mentido, no he cometido errores; ni murmuración. Me prometiste condenarme un año entero.

PRÓSPERO.—¿Has olvidado de qué tortura te libré?

ARIEL.—No.

PRÓSPERO. — Sí, y te imaginas estar exento porque huellas el limo de las profundidades saladas, corres sobre el viento punzante del Norte, y realizas mis negocios en las venas de la tierra cuando se halla endurecida con el hielo.

ARIEL.—No, señor.

PRÓSPERO. — ¡Mientes, maligno ser! ¿Has olvidado a la horrible bruja Sycorax, cuya vejez y maldad la hacían combarse en dos? ¿La has olvidado?

ARIEL.—No, señor.

PRÓSPERO.—Sí. ¿Dónde nació? Habla; respóndeme.

ARIEL.—En Argel, señor.

PRÓSPERO.—¡Oh! ¿Era así? Debo recordarte una vez al mes lo que has sido, pues lo olvidas. Esa condenada hechicera, Sycorax, fué, como sabes, desterrada a Argel a causa de numerosas fechorías y de terribles embrujamientos incapaces de soportar por oídos humanos. En consideración a una sola de sus acciones no se le quiso quitar la vida. ¿No es verdad?

ARIEL.—Sí, señor.

PRÓSPERO.—Esta furia de ojos azules fué transportada a estos lugares con el niño de que estaba encinta, y abandonada aquí por los marineros. Tú, que hoy me sirves, le servías entonces de esclavo, como tú mismo me contaste; y como eras un espíritu excesivamente delicado para ejecutar sus terrestres y abominables órdenes, te resististe a secundar sus operaciones mágicas. Entonces ella, con la ayuda de agentes más poderosos, y en su implacable cólera, te confinó en el hueco de un pino. Aprisionado en aquella corteza permaneciste lastimosamente una docena de años, en cuyo espacio de tiempo hubo de morir ella, dejándote allí, desde donde dabas al viento tus sollozos con la rapidez de una rueda de molino. En dicha época, esta isla (a excepción del hijo que había dado a luz la bruja, un pequeño monstruo rojo y horrible) no era honrada con la presencia de un humano.

ARIEL.—Sí; os referís a Calibán, su hijo.

PRÓSPERO.—De esa criatura atrasada es de quien hablo, de ese Calibán que conservo a mi servicio. Sabes muy bien en qué tormento hube de hallarte. Tus gemidos hacían ladrar a los lobos y penetraban en el corazón de los siempre enfurecidos osos. Era un verdadero suplicio de condenado, que Sycorax no podía revocar. Este fué mi arte, cuando llegué y te oí; que hice abrir el pino y te permití salir de él.

ARIEL.—Te doy las gracias, dueño.

PRÓSPERO. — Si tornas a murmurar, hendiré una encina y te ensartaré en sus nudosas entrañas, donde aullarás durante doce inviernos.

ARIEL.—Perdón, dueño. Cumpliré tus mandatos y ejerceré gentilmente mis funciones de espíritu.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÓSPERO.—Obra así, y dentro de dos días te libertaré.

ARIEL.—¡Qué noble es mi dueño! ¿Qué debo hacer? ¿Qué?, decidlo. ¿Qué debo hacer?

PRÓSPERO.—Ve a transformarte en ninfa del mar. No seas visible sino para ti y para mí; sé invisible para los demás. Anda, revístete de esa forma y vuelve en seguida. Márchate, sal con presteza. *(Sale* ARIEL.) ¡Despierta, querido corazón, despierta! ¡Arriba, ya has dormido lo suficiente! ¡Levántate!

MIRANDA.—*(Alzándose.)* La extrañeza de vuestro relato me ha causado apesaramiento.

PRÓSPERO.—Disípalo. Ven conmigo; visitaremos a Calibán, mi esclavo, que nunca nos da una contestación amable.

MIRANDA.—Es un villano, señor, que no me agrada verle.

PRÓSPERO.—Pero, comoquiera que sea, no podemos pasarnos sin él. Enciende nuestro fuego, sale a buscarnos la leña y nos presta servicios útiles. ¡Hola! ¡Esclavo! ¡Calibán! ¡Terrón de barro! ¡Habla!

CALIBÁN.—*(Dentro.)* Hay bastante leña en la casa.

PRÓSPERO.—Te digo que vengas. Tengo otras ocupaciones que darte. ¡Avanza, tortuga! ¿Vendrás?

Vuelve a entrar ARIEL, *en figura de ninfa del mar*

¡Sublime aparición! ¡Mi gentil Ariel, déjame hablarte al oído!

ARIEL.—Se cumplirá, señor. *(Sale.)*

PRÓSPERO.—¡Tú, infecto esclavo, engendrado por el mismo demonio a tu maldita madre, avanza!

Entra CALIBÁN

CALIBÁN.—¡Que el maligno rocío que barría mi madre con una pluma de cuervo sobre el malsano aguazal os inunde a los dos! ¡Que un viento sudoeste sople sobre vosotros y os cubra la piel de úlceras!

PRÓSPERO.—Ten la seguridad de que, por ello, esta noche padecerás calambres y dolores de costado que te cortarán la respiración. Los erizos, durante la parte de la noche que les sea permitido obrar, se cebarán todos en ti. Serás cribado de picaduras tan numerosas como las celdas de un panal de miel, y cada pinchazo será más doloroso que si proviniese de una abeja.

CALIBÁN.—Tengo derecho a comer mi comida. Esta isla me pertenece por Sycorax, mi madre, y tú me la has robado. Cuando viniste por vez primera, me halagaste, me corrompiste. Me dabas agua con bayas en ella; me enseñaste el nombre de la gran luz y el de la pequeña, que ilumina el día y la noche. Y entonces te amé y te hice conocer las propiedades todas de la isla, los frescos manantiales, las cisternas salinas, los parajes desolados y los terrenos fértiles. ¡Maldito sea por haber obrado así!... ¡Que todos los hechizos de Sycorax, sapos, escarabajos y murciélagos caigan sobre vos! ¡Porque yo soy el único súbdito que tenéis, que fuí rey propio! ¡Y me habéis desterrado aquí, en esta roca desierta, mientras me despojáis del resto de la isla!

PRÓSPERO.—¡Oh esclavo impostor, a quien pueden conmover los latigazos, no la bondad! Te he tratado, a pesar de que eres estiércol, con humana solicitud. Te he guarecido en mi propia gruta, hasta que intentaste violar el honor de mi hija.

CALIBÁN.—¡Oh, jo! (1). ¡Oh, jo!... ¡Lástima no haberlo realizado! Tú me lo impediste; de lo contrario, poblara la isla de Calibanes.

PRÓSPERO (2).—¡Esclavo aborrecido,

(1) Esta es la exclamación que los autores de los antiguos Misterios ponían en boca del diablo.

(2) Las impresiones primitivas asignan esta réplica a Miranda; pero es error evidente, que ya subsanó Theobald.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que nunca abrigará un buen sentimiento, siendo inclinado a todo mal! Tengo compasión de ti. Me tomé la molestia de que supieses hablar. A cada instante te he enseñado una cosa u otra. Cuando tú, hecho un salvaje, ignorando tu propia significación, balbucías como un bruto, doté tu pensamiento de palabras que lo dieran a conocer. Pero, aunque aprendieses, la bajeza de tu origen te impediría tratarte con las naturalezas puras. ¡Por eso has sido justamente confinado en esta roca, aun mereciendo más que una prisión!

CALIBÁN.—¡Me habéis enseñado a hablar, y el provecho que me ha reportado es saber cómo maldecir! ¡Que caiga sobre vos la roja peste, por haberme inculcado vuestro lenguaje!

PRÓSPERO.—¡Fuera de aquí, semilla de bruja! Ve a buscarnos combustible. Y apresúrate, que más te valdrá para llevar a cabo otras misiones. ¿Te encoges de hombros, réprobo? Si lo echas en olvido o realizas de mala gana mis mandatos, te torturaré con los consabidos calambres, te llenaré los huesos de dolores y te haré lanzar tales gemidos que temblarán las bestias.

CALIBÁN.—No, te lo suplico. *(Aparte.)* Debo obedecer. Su poder es tan irresistible, que triunfaría de Setebos, el dios de mi madre, y haría de él un vasallo.

PRÓSPERO.—¡Vamos, esclavo, márchate! *(Sale* CALIBÁN.*)*

Entra de nuevo ARIEL, *invisible, cantando y tocando.* FERNANDO *le sigue*

CANCION DE ARIEL

Venid a estas arenas amarillas
y cogeos las manos;
después de los saludos y los besos
a las salvajes ondas,
danzad alegremente aquí y allá.
Dulces genios, llevad el estribillo,
escuchad, escuchad.

ESTRIBILLO

[Entre bastidores.]
¡Guau... Uau... *[Como un eco.]*
ladran los perros guardianes.

[Entre bastidores.]
¡Guau... Uau... *[Como un eco.]*
¡Escuchad, escuchad! Oigo
el canto del audaz Chantecler.

[Grito.]
¡Qui-qui-ri-qui!...

FERNANDO.—¿De dónde viene esta música? ¿Del aire, o de la tierra? No se oye ya..., y a buen seguro se dirige a alguna divinidad de la isla. Sentado en la playa, llorando el naufragio del rey mi padre, se deslizó junto a mí esta música sobre las aguas, aplacando su furia y mi dolor con su dulce melodía. La he seguido hasta aquí (o más bien me ha traído ella); pero ha cesado... No, comienza de nuevo.

ARIEL.—*(Canta.)*

Tu padre yace enterrado bajo cinco brazas
se ha hecho coral con sus huesos; [de agua;
los que eran ojos son perlas.
Nada de él se ha dispersado,
sino que todo ha sufrido la transformación
en algo rico y extraño. [del mar
Las ondinas, cada hora, hacen sonar su cam-
[pana.

ESTRIBILLO

[Entre bastidores.]
¡Ding-dong!...
¡Escuchad, ahora la oigo!...
¡Ding-dong!... ¡Dan!... (1).

FERNANDO.—¡Ese coro me recuerda a mi padre ahogado! Esto no es una cosa humana, ni el son pertenece a la tierra... Ahora lo siento por encima de mí.

PRÓSPERO.—Levanta las cortinas fran-

(1) La presente canción parece ser de Roberto Johnson, compositor de los tiempos de Shakespeare, según un libro del doctor Wilson intitulado *Baladas*, dado a la estampa en Oxford en 1660.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

jeadas de tus ojos (1) y dime qué ves a lo lejos.

MIRANDA.—¿Qué es? ¿Un espíritu!... ¡Señor, cómo mira! Creedme, señor, tiene una arrogante presencia... Pero es un espíritu.

PRÓSPERO.—No, hija mía; come, duerme y tiene los mismos sentidos que nosotros. El galán que miras es uno del naufragio, y si no estuviera algo desfigurado por el sufrimiento (ese cáncer de la hermosura), podrías hallar en él una persona bizarra. Ha perdido sus compañeros, y vaga errante por encontrarlos.

MIRANDA.—Tentada estoy por tomarle por una cosa divina, porque nada en la Naturaleza he visto nunca tan noble.

PRÓSPERO.—*(Aparte.)* Esto marcha, a lo que veo, como deseaba mi corazón. Espíritu, lindo espíritu, por este servicio te libertaré dentro de dos días.

FERNANDO.—¡Seguramente ésta es la diosa a quien se dirigían aquellos cánticos! Dignaos decirme, os ruego, si moráis en esta isla y si consentiríais en instruirme acerca de lo que aquí me aguarda. Pero mi primer deseo, aunque lo exprese en último lugar, es saber (¡oh maravilla!) si sois mortal o no.

MIRANDA.—Nada de maravilla, caballero, sino simplemente una doncella.

FERNANDO.—¡Mi idioma! ¡Cielos! ¡Me consideraría el primero de los hombres que hablan esta lengua si me hallase en el país en que se habla!

PRÓSPERO. — ¡Cómo! ¿El primero? ¿Qué seríais si el rey de Nápoles te escuchara?

FERNANDO. — Un simple mortal, como soy ahora, asombrado de oírte hablar de Nápoles. ¡El rey de Nápoles me oye! Por eso lloro. Yo mismo soy Nápoles, yo, cuyos ojos (desde entonces en lágrimas) han visto naufragar al rey mi padre.

MIRANDA.—¡Ay, qué desgracia!

FERNANDO.—Sí, en verdad, él y todos sus cortesanos. El duque de Milán y su noble hija han desaparecido igualmente.

PRÓSPERO.—El duque de Milán y su no menos noble hija podrían contradecirte si fuera el momento oportuno. *(Aparte.)* A primera vista han cambiado ojeadas. ¡Delicado Ariel, te haré libre! *(A* FERNANDO.) Una palabra, querido señor. Temo que vos mismo os hayáis hecho algún agravio. Una palabra.

MIRANDA.—*(Aparte.)* ¿Por qué habla mi padre tan duramente? Es el tercer hombre que he visto y el primero por quien he suspirado. ¡Que la piedad mueva a mi padre por el lado a que se inclina mi corazón!

FERNANDO.—¡Oh! Si sois virgen y vuestro amor no tiene dueño, os haré reina de Nápoles.

PRÓSPERO.—Basta, señor. Una palabra todavía. *(Aparte.)* Están en poder uno del otro; pero este precipitado asunto debe suscitar obstáculos, no sea que la facilidad de la conquista rebaje su valor. *(A* FERNANDO.) Una palabra aún. Te intimo a que me escuches. Usurpas aquí un nombre que no te pertenece y te has introducido en esta isla como un espía, para arrebatármela a mí, el dueño de ella.

FERNANDO.—No, tan cierto como soy hombre.

MIRANDA.—Nada malo puede residir en semejante templo. Si el espíritu del mal habitase tan bella morada, los buenos se esforzarían en vivir en ella.

PRÓSPERO. — *(A* FERNANDO.) Sígueme. *(A* MIRANDA.) No intercedas por él; es un traidor. *(A* FERNANDO.) Vamos. Voy a encadenarte el cuello con los pies; el agua del mar será tu bebida; tendrás por alimento moluscos de manantial dul-

(1) *The fringed curtains of thy eyes advance.* Se halla la misma expresión en *Pericles, príncipe de Tiro:*

... per eyelids
Begin to part their fringes of bright gold.

Probablemente, la frase arranca de la *Arcadia,* de Sidney, donde hallamos el siguiente pasaje: *Sometimes my eyes would lay themselves open or cast my lids, as curtains, over the image of beauty presence had painted in them.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ce, raíces secas y las vainas en que se mecen las bellotas. Sígueme.

FERNANDO. — ¡No! ¡Resistiré a semejante tratamiento hasta que mi enemigo sea el más fuerte! *(Desenvaina, y al accionar queda encantado.)*

MIRANDA.—¡Oh padre querido! No le sometáis a tan dura prueba, pues es gentil y no inspira recelo.

PRÓSPERO. — ¡Cómo! Estoy pensando, ¿será mi pie mi tutor? (1). ¡Alabe tu espada, traidor; que das la cara, pero no te atreves a herir, presa de una conciencia culpable! Depón esa actitud amenazadora (2), porque puedo desarmarte con esta varilla y hacer caer de tus manos el acero.

MIRANDA.—¡Os lo suplico, padre!

PRÓSPERO.—¡Atrás, no te cuelgues a mis vestidos!

MIRANDA. — ¡Señor, tened compasión! Yo seré su fiadora.

PRÓSPERO. — ¡Silencio! Una palabra más me obligaría a reñirte, cuando no a odiarte. ¡Cómo! ¿Abogada de un impostor? ¡Cállate! ¿Piensas que no hay más hombres de esa figura, porque no has visto sino a él y a Calibán? ¡Criatura insensata! Al lado de muchos hombres, éste es un Calibán, y ellos al suyo, ángeles.

MIRANDA. — Entonces, mis afecciones son muy humildes. No tengo la ambición de ver a un hombre más atractivo.

PRÓSPERO.—*(A* FERNANDO.) Vamos, obedece. Tus músculos han vuelto a la infancia y no queda vigor en ellos.

FERNANDO. — En efecto, mis espíritus como en un sueño, parecen hallarse encadenados. La pérdida de mi padre, la debilidad que experimento, el naufragio de todos mis amigos o las amenazas de este hombre a quien estoy esclavizado, no serían nada si desde mi prisión, una vez al día, pudiera contemplar a esta virgen. ¡Qué importa ser libre en todos los demás rincones de la tierra! ¡Yo gozaría de espacio suficiente en semejante prisión!

PRÓSPERO.—*(Aparte.)* La cosa marcha. *(A* FERNANDO.) Vamos. *(A* ARIEL.) ¡Qué bien has cumplido tu misión, arrogante Ariel! *(A* FERNANDO.) Sígueme. *(A* ARIEL.) Escucha lo que tengo que mandarte aún.

MIRANDA.—*(A* FERNANDO.) Serenaos. Mi padre es de mejores sentimientos que lo que aparentan sus palabras, señor. En este instante cede a un humor no habitual en él.

PRÓSPERO.—Serás tan libre como los vientos de la montaña; pero cumple ahora punto por punto lo que te ordene.

ARIEL.—Al pie de la letra.

PRÓSPERO.—*(A* FERNANDO.) Vamos, sígueme. *(A* MIRANDA.) No intercedas por él. *(Salen.)*

---

(1) *My foot my tutor.* Como en el *Espejo de los magistrados:*

What honest heart would not conceive dishonour,
To see the foole surmont above the head.

Y en *El rey Lear:*

My fool usurp my head.

(2) *Come from thy ward,* es decir: no esperes aterrarme poniéndote así en defensa.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Otra parte de la isla

Entran ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, GONZALO, ADRIÁN, FRANCISCO *y otros*

GONZALO. — Os lo ruego, señor, mostraos alegre. Tenéis, como todos nosotros, motivos de contento, pues nuestra salvación vale mucho más que nuestras pérdidas. Las razones que han llenado nuestros pechos de dolor son comunes. Cada día la esposa de algún marino, el contramaestre de algún armador y el armador mismo experimentan iguales ocasiones de desgracia. Pero respecto del milagro que nos ha salvado, apenas entre millares de individuos habrá unos cuantos que puedan jactarse de haber escapado al mismo peligro que nosotros. Contrabalancead, pues, señor, reflexivamente, nuestro dolor con nuestro consuelo.

ALONSO.—Silencio, por favor.

SEBASTIÁN.—Sus consuelos producen el efecto de un potaje frío.

ANTONIO.—No le dejará tan pronto el visitador.

SEBASTIÁN.—Mirad, da cuerda al reloj de su ingenio. No tardará en sonar.

GONZALO.—Señor...

SEBASTIÁN.—Una; contad.

GONZALO. — Cuando se alimentan así cada uno de los pesares que sobrevienen, llega a recogerse...

SEBASTIÁN.—Un dólar.

GONZALO.—Lo que se recoge es un dolor, a buen seguro. Os habéis acercado a la palabra verdadera más de lo que suponíais.

SEBASTIÁN. — Vos la habéis empleado más hábilmente de lo que hubiera creído.

GONZALO.—De suerte, mi señor...

ANTONIO.—¡Qué asco! ¡Cuán expedito es de palabras!

ALONSO.—Ahorráoslas, os ruego.

GONZALO.—Bien; he terminado; pero no obstante...

SEBASTIÁN.—¡Hablará!

ANTONIO.—¿Cuál de los dos, entre él y Adrián, cantará el primero? Se abre una buena apuesta.

SEBASTIÁN. El gallo viejo.

ANTONIO.—El joven.

SEBASTIÁN.—Apostado. ¿Qué va?

ANTONIO.—Una carcajada.

SEBASTIÁN.—¡Hecho!

ADRIÁN.—Aunque esta isla parece desierta...

SEBASTIÁN.—¡Ja, ja, ja! Seréis pagado.

ADRIÁN.—Inhabitable y casi inaccesible.

SEBASTIÁN.—Sin embargo...

ADRIÁN.—Sin embargo...

ANTONIO.—¡La cosa era fatal!

ADRIÁN.—El clima debe de ser sutil, dulce y de sugestiva templanza.

ANTONIO.—La Templanza (1) fué una moza sugestiva.

SEBASTIÁN.—Sí, y sutil también, como con mucho acierto nos ha confesado.

ADRIÁN.—El aire sopla aquí oreándonos deliciosamente.

SEBASTIÁN.—Como si lo exhalaran pulmones podridos.

ANTONIO.—O como si lo perfumara un pantano.

GONZALO.—Aquí se halla todo cuanto es útil a la vida.

---

(1) En tiempos de los puritanos se solía dar a las jóvenes el nombre de las virtudes. Describiendo una meretriz, se expresa Taylor de este modo:

Though bad they be, they will not bate an ace,
To be call'd Prudence Temperance, Fahi or Grace.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ANTONIO.—Cierto, salvo los medios de vivir.

SEBASTIÁN.—De ésos hay pocos o ninguno.

GONZALO.—¡Qué espesa y robusta parece la hierba! ¡Qué verde!

ANTONIO. —El terreno es, en verdad, tostado.

SEBASTIÁN.—Con un ligero tinte verdoso (1).

ANTONIO.—No se equivoca mucho.

SEBASTIÁN.—No, se contenta con alterar completamente la verdad.

GONZALO.—Pero lo raro de esto, lo que es medio increíble...

SEBASTIÁN.—Como la mayor parte de las rarezas...

GONZALO.—Es que nuestros vestidos, a pesar de haberse mojado por el agua del mar, no han perdido nada de su lozanía y lustre. Más bien parecen acabados de teñir que impregnados de agua salada.

ANTONO.—Si uno solo de sus bolsillos pudiera hablar, ¿no le tacharía de embustero?

SEBASTIÁN.—Sí, a no ser que se embolsara su mentira.

GONZALO.—Nuestros vestidos me parecen ahora tan lozanos como cuando nos los pusimos por vez primera en Africa, en las bodas de Claribel (2), la bella hija del rey, con el monarca de Túnez.

SEBASTIÁN.—Que fué un feliz enlace y de regreso venturoso.

ADRIÁN.—Jamás fué Túnez agraciado con una reina tan incomparable.

GONZALO.—Nunca, desde los tiempos de la viuda Dido.

ANTONIO.—¡Viuda! ¡Mala peste con la imputación! ¿De dónde sacáis lo de viuda? ¡Dido viuda!

SEBASTIÁN.—¿Cuándo ha dicho el poeta que Eneas fué también viudo? ¡Gran Dios, cómo lo entendéis!

ANTONIO.—¿La viuda Dido, decís? Me hacéis pensar. Ella era de Cartago, no de Túnez.

GONZALO.—Esa Túnez, señor, fué Cartago.

ADRIÁN.—¿Cartago?

GONZALO.—Cartago, os lo aseguro.

ANTONIO.—He aquí una palabra más extraordinaria que el arpa milagrosa (1).

SEBASTIÁN.—Ha levantado murallas y también palacios.

ANTONIO.—¿Qué asunto imposible va a acometer ahora?

SEBASTIÁN.—Creo que acabará por llevarse esta isla en la faltriquera y entregársela a su hijo como una manzana.

ANTONIO.—Y sembrando sus pepitas en el mar, hacen que broten más islas.

GONZALO.—¿Sí?

ANTONIO.—Vaya, y en buen hora.

GONZALO.—*(A* ALONSO.) *Decíamos*, señor, que vuestros vestidos parecían ahora tan galanos como cuando estuvimos en Túnez, en las bodas de vuestra hija, al presente reina.

ANTONIO.—Y reina la más cumplida que allí se vió.

SEBASTIÁN.—¡Excepto, os lo suplico, la viuda Dido!

ANTONIO.—¡Oh! ¡La viuda Dido! ¡Sí, la viuda Dido!

GONZALO.—Señor, ¿no está mi jubón tan nuevo como el primer día que me lo puse? Quiero decir, hasta cierto punto.

ANTONIO.—Ese punto ha sido bien pescado.

GONZALO. — ¿No lo llevé en el casamiento de vuestra hija?

ALONSO.—Me abatís los oídos con pa-

(1) *With an eye of green in 't*, en el texto. Traducimos de acuerdo con Steevens, según el cual *eye* tiene aquí el significado de tinte ligero. Dicho término, aplicado a los colores, no es difícil hallarlo en inglés. *Eye or blue* se ve en Bayle; *eye of purple* lo emplea Fuller en su *Historia de la Iglesia*, y Sandys en sus *Viajes* se sirve de la misma expresión shakesperiana de *eye of green*. *Eye*, pues, vale aquí mota, pinta, mezcla.

(2) Según Malone, Shakespeare debió de haber hallado este nombre en la Historia de *Jorge lord Falconbridge*, folleto que leyó probablemente antes de escribir *El rey Juan*. Claribel es la concubina de Ricardo I y la madre de lord Falconbridge.

(1) Refiérese el dramaturgo a la famosa arpa de Anfión.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

labras que me turban. ¡Ojalá no hubiera casado allí nunca a mi hija! A mi regreso he perdido a mi hijo, y, a lo que presumo, a ella también, demasiado lejos de Italia para que pueda volver a verla. ¡Oh tú, mi heredero de Nápoles y de Milán!, ¿a qué extraño pez has servido de pasto?

FRANCISCO.—Señor, es posible que viva. He visto removerse las olas debajo de él y cómo cabalgaba sobre sus crestas. Avanzaba por encima del agua, domando su furia y oponía su pecho a las hinchadas olas que le cercaban. Su arrogante cabeza ejercía dominio sobre el irritado oleaje; y remando con nervudo brazo, hacía fuertes brazadas hacia la ribera, que, inclinada sobre su base, azotada por el océano, parecía descender para ir en su ayuda. No dudo que ha llegado vivo a la orilla.

ALONSO.—No, no ha perecido.

SEBASTIÁN. — Señor, a vos mismo incumbe esta gran pérdida. No habéis querido conceder a Europa el honor de vuestra hija; preferisteis perderla, entregándosela a un africano; por donde ha venido a quedar privada de vuestros ojos, que ahora encuentra justos motivos para llorarla.

ALONSO.—Silencio, te lo suplico.

SEBASTIÁN.—Nos hemos arrodillado ante vos e importunado todos con nuestras súplicas; y la misma bella alma, colocando en la balanza su aversión y su obediencia, no sabía a qué platillo inclinarse. Temo que hayamos perdido a vuestra hija para siempre. Más viudas ha hecho a Milán y a Nápoles esta expedición que hombres devolveremos para consolarlas. Vuestra sólo es la culpa.

ALONSO.—Y yo quien experimento la más cruel pérdida.

GONZALO. — Monseñor Sebastián, las verdades que decís adolecen de falta de benevolencia y, sobre todo, de oportunidad. Enconáis la herida cuando debierais curarla.

SEBASTIÁN.—Muy bien.

ANTONIO. — Y quirúrgicamente expresado.

GONZALO. — Tiempo desagradable para todos nosotros, querido señor, cuando vuestro aspecto es sombrío.

SEBASTIÁN.—¿Tiempo desagradable?

ANTONIO.—Sumamente desagradable.

GONZALO.—Si hubiera de colonizar esta isla, monseñor...

ANTONIO.—La sembraría de ortigas.

SEBASTIÁN.—O de zarzas o malvas.

GONZALO.—Si yo fuera rey, ¿sabéis lo que haría?

SEBASTIÁN.—Prohibiríais la embriaguez, porque no hay vino.

GONZALO.—En mi república dispondría todas las cosas al revés de como se estila. Porque no admitiría comercio alguno (1) ni nombre de magistratura; no se conocerían las letras; nada de ricos, pobres y uso de servidumbre; nada de contratos, sucesiones, límites, áreas de tierra, cultivo, viñedos (2); no habría metal, trigo, vino ni aceite; no más ocupaciones; todos, absolutamente todos los hombres estarían ociosos; y las mujeres también, que serían castas y puras; nada de soberanía.

SEBASTIÁN.—Pero él sería el rey.

ANTONIO.—El fin de su república justifica su principio.

GONZALO.—Todas las producciones de la Naturaleza serían en común, sin sudor y sin esfuerzo. La traición, la felonía, la espada, la pica, el puñal, el mosquete o cualquier clase de súplica, todo quedaría suprimido, porque la Naturaleza produciría por sí propia, con la mayor abundancia, lo necesario para mantener a mi inocente pueblo.

---

(1) Todo esto es copia literal de los *Ensayos, de Montaigne*, célebres a la sazón en toda Europa, que acababa de traducir al inglés el italiano Juan Florio.

(2) *Contract, sucession, bours bound of land, tilth, vineyard, mone.* Ninguna versión ha traducido exactamente estas palabras. Para la interpretación del texto hemos tenido a la vista el incomparable *Shakespeare Glossary*, de C. T. Onions (edición segunda 1922), maravilla de la moderna lexicografía shakespeariana.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SEBASTIÁN.—¿Nada de casamientos entre sus vasallos?

ANTONIO.—Ninguno, hombre. Sería una república de holgazanes, putas y bribones.

GONZALO.—Gobernaría con tal acierto, señor, que eclipsaría la Edad de Oro.

SEBASTIÁN.—¡Dios guarde a Su Majestad!

ANTONIO.—¡Viva Gonzalo!

GONZALO.—Pero... ¿me oís, señor?

ALONSO.—No más, te ruego. Para mí es como si no dijeras nada.

GONZALO.—Creo a pie juntillas a Vuestra Alteza, y si hablé así fué para aprovechar la ocasión de demostrar a estos caballeros, cuyos pulmones son de tan sensible disposición, que siempre ríen por nada.

ANTONIO.—Era de vos de quien nos reíamos.

GONZALO.—Que en ese tiroteo de locas chanzas no soy nada a vuestro lado. Podéis, por consiguiente, proseguir riendo por nada.

ANTONIO.—¡Qué golpe nos propina!

SEBASTIÁN.—¡Lástima que no haya dado en falso!

GONZALO.—Sois caballero de fino temple. Sacaríais la luna de su órbita, si permaneciera cinco semanas sin cambiar.

Entra ARIEL, *invisible, oyéndose música solemne*

SEBASTIÁN.—Efectivamente, y después iríamos a cazar murciélagos a la luz de las antorchas.

ANTONIO.—Vaya, mi señor, no os incomodéis.

GONZALO.—No, os lo aseguro. No voy a aventurar mi discreción tan tontamente. ¿Os place reíros viéndome dormir? Porque siento alguna pesadez en la cabeza.

ANTONIO.—Dormid, pues, escuchándonos. *(Duérmense todos, menos* ALONSO, SEBASTIÁN *y* ANTONIO.)

ALONSO.—¡Cómo! ¡Qué pronto se han quedado dormidos! Desearía que, al cerrarse mis ojos, lo hicieran también mis pensamientos. A ello se sienten inclinados.

SEBASTIÁN.—Plázcaos, señor, no rehusar la somnolencia que se os ofrece. Rara vez se dispone a visitar al dolor, y cuando consiente, reconforta.

ANTONIO.—Nosotros dos, señor, guardaremos vuestra persona mientras descansáis y velaremos por vuestra seguridad.

ALONSO.—Os lo agradezco. ¡Extraña pesadez!... (ALONSO *duerme. Sale* ARIEL.)

SEBASTIÁN.—¡Qué singular letargo se apoderó de ellos!

ANTONIO.—Es efecto del clima.

SEBASTIÁN.—¿Por qué, entonces, no cierra él nuestros párpados? Yo no me encuentro en disposición de dormir.

ANTONIO.—Ni yo; mis espíritus están ágiles. Se aletargan todos a la vez, como de común acuerdo. Se han caído como heridos por el rayo. ¡Qué ocasión, noble Sebastián!... ¡Oh, qué ocasión!... No más... ¡Y, sin embargo, me parece leer en tu rostro lo que podrías ser!... La ocasión te llama, y mi potente imaginación ve bajar una corona sobre tu cabeza.

SEBASTIÁN.—¡Cómo! ¿Estás despierto?

ANTONIO.—¿No me oyes hablar?

SEBASTIÁN.—Sí, y a buen seguro que es el lenguaje de un durmiente y pláticas en sueños. ¿Qué es lo que decís? Extraño modo de descansar el dormir con los ojos de par en par abiertos, estar en pie, hablar, moverse, y, no obstante, sumido en tan profundo sueño.

ANTONIO.—Noble Sebastián, dejas dormir... o más bien morir tu suerte. Cierras los ojos, por más que estés despierto.

SEBASTIÁN.—Roncas con claridad. Podrían interpretarse tus ronquidos.

ANTONIO.—Estoy más formal que de costumbre, y vos también lo estaréis si me escucháis, lo que te hará tres veces grande (1).

(1) *You must be so too, if heed me; which*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SEBASTIÁN.—Bien; soy agua estancada.

ANTONIO.—Yo os enseñaré a desbordaros.

SEBASTIÁN.—Hazlo; mi pereza hereditaria me llevaría más bien a refluir hacia mi punto de origen.

ANTONIO. — ¡Oh! ¡Si supierais hasta qué extremo alentáis mi proyecto, mientras os burláis así de él! ¡Cómo, cambiando la acepción de las palabras, las encontráis conformes a vuestra situación! Los hombres irresolutos suelen, en verdad, aproximarse muy frecuentemente al fin pretendido, merced a su propio temor o a su pereza.

SEBASTIÁN. — Explícate, te ruego. La preocupación impresa en tus ojos y mejillas anuncia que tienes algo importante que decirme y cuyo desembuchamiento seguramente te acongoja.

ANTONIO. — En efecto, señor. Aunque ese noble de memoria débil, y que será más débil cuando se halle bajo tierra, haya medio persuadido al rey (pues el espíritu de la persuasión es lo único que le queda) de que su hijo vive, es tan imposible que no esté ahogado como que nade ese que ahí duerme.

SEBASTIÁN.—No tengo la menor esperanza de que se haya salvado.

ANTONIO.—¡Oh! Esa falta de esperanza, ¡cuánto debe acrecentar vuestras esperanzas! No tener esperanzas por ese lado es tenerlas por el otro tan altas, que la misma ambición no sabría concebirlas con la esperanza de que se realizasen. ¿Convenís conmigo en que Fernando se ahogó?

SEBASTIÁN.—Ha perecido.

ANTONIO. — Entonces, decidme: ¿cuál es el heredero más inmediato de la corona de Nápoles?

SEBASTIÁN.—Claribel.

ANTONIO.—Ella, la reina de Túnez, que reside diez leguas más allá de la vida del hombre; que para recibir noticias de Nápoles necesita, a no ser que se le ofrezca el Sol por mensajero (el hombre de la Luna sería demasiado tardo) el tiempo preciso para que un recién nacido pueda tener barba y rasurarse; ella, que, ¿quién si no?, ha sido causa de que nos hayamos sumergido todos, excepto algunos salvados, destinados a representar un acto cuyo prólogo ha finalizado ya y cuyo desenlace depende de lo que decidáis.

SEBASTIÁN.—¿Qué galimatías es éste?... ¿Cómo decís?... Cierto que la hija de mi hermano es reina de Túnez; cierto, asimismo, que es la heredera del trono de Nápoles y que hay cierto espacio entre las dos regiones.

ANTONIO.—Un espacio del que cada codo parece exclamar: «¿Cómo nos mediría esa Claribel para tornar a Nápoles?» ¡Permanezca ella en Túnez, y despierte Sebastián!... ¡Digo! ¡Hubiérase apoderado ahora de ellos la muerte, ¿y qué?, no estarían peor que se encuentran! Alguno habría que gobernara a Nápoles tan bien como el que duerme; señores capaces de parlotear tan amplia e inútilmente como ese Gonzalo. Yo mismo representaría el papel de una chova tan charlatana. ¡Oh! ¡Que no tuvierais mi pensamiento! ¡Cuánto ayudaría este sueño a vuestra elevación! ¿Me comprendéis?

SEBASTIÁN.—Me parece que sí.

ANTONIO.—Y ¿cómo acoge vuestro deseo vuestra buena fortuna?

SEBASTIÁN.—Recuerdo que suplantasteis a vuestro hermano Próspero.

ANTONIO.—Cierto, y ved cuán bien me sientan mis vestidos. Mucho mejor que antes. Los servidores de mi hermano son mis súbditos.

SEBASTIÁN.—Pero vuestra conciencia...

---

to do trebles the o'er. Pasaje controvertido. Al decir de Malone, el significado sería el siguiente: «Sed más formal que de costumbre y prestad oído atento a mis proposiciones, lo que os permitirá ser tres veces lo que sois *(thrice what you are)*. Sebastián es ya el hermano del rey; haciéndose monarca con la complicidad de Antonio, será tres veces lo que era de antemano *(trebled)*.» La dificultad estriba en las palabras finales. Nosotros no obstante parecernos buena la proposición de Malone, traducimos, con Onions, como si el texto terminara así: *makes thee three times.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ANTONIO.—¡Bah, señor! ¿Dónde yace ésa? Si fuese un sabañón, me obligaría a ponerme pantuflos; pero no siento en mi pecho esta deidad. ¡Veinte conciencias que se interpusiesen entre Milán y yo se calcinarían y derretirían antes de dirigirme el menor reproche! He ahí tendido a vuestro hermano. No valdría más que la tierra sobre que descansa, si fuera lo que parece ahora, que está dormido; a quien yo, con este dócil acero (¡con tres pulgadas de él!) puedo mandarle dormir para siempre; mientras vos imitándome podéis sumir en silencio eterno a este antiguo moralista, a este señor Prudencio, que no censuraría nuestra conducta. Cuanto a los otros, se inclinarían a la tentación, como gato que bebe leche. En cualquier asunto que emprendamos bastará decirles la hora para que hagan sonar el reloj.

SEBASTIÁN.—Tu caso, querido amigo, me servirá de precedente. Como ganaste a Milán ganaré yo a Nápoles. Tira de espada; un golpe te librará del tributo que pagas, y yo, el rey, te apreciaré.

ANTONIO.—¡Desenvainemos juntos, y cuando alce mi diestra, imitadme y caed sobre Gonzalo!

SEBASTIÁN.—¡Ah! Una palabra tan sólo. *(Conversan aparte.)*

Música. Vuelve a entrar ARIEL, *invisible*

ARIEL.—Mi dueño, gracias a su arte, ha previsto el peligro que vos, amigo suyo, corréis; y me manda (pues de otro modo fracasaría su proyecto) a salvaros la vida. *(Cantando al oído de* GONZALO.)

En tanto dormía roncando,
ojo alerta la traición
está buscando su instante.
Si os inquietáis por la vida,
sacudid el sueño y andad con cuidado.
¡Despertad! ¡Despertad!

ANTONIO.—Entonces, no perdamos tiempo. *(Desenvaina.)*

GONZALO.—¡Ahora, ángeles de bondad, defended al rey! *(Se despiertan.)*

ALONSO.—¡Hola! ¿Qué ocurre? ¿Eh? ¡Despertad! ¿Por qué habéis desenvainado? ¿Qué significan esas siniestras miradas?

GONZALO.—¿Qué sucede?

SEBASTIÁN.—Mientras estábamos aquí velando vuestro reposo, hemos escuchado de repente sordos rugidos como de toros o más bien de leones. ¿No os han despertado? Han retumbado en mis oídos de una manera terrible.

ALONSO.—No he oído nada.

ANTONIO.—¡Oh! Era un alboroto para espantar los oídos de un monstruo, para provocar un temblor de tierra. Seguramente se trataba de todo un rebaño de leones.

ALONSO.—¿Los habéis oído vos, Gonzalo?...

GONZALO.—Por mi honor, señor, oí un zumbido, y también algo extraño que me despertó. Os sacudí, señor, y grité y como abriera los ojos, vi sus espaldas al aire... Sentíase ruido, ésta es la verdad. Lo mejor es que nos mantengamos en guardia o que abandonemos este sitio. Tiremos de ls espadas.

ALONSO.—Alejémonos de estos lugares y dediquémonos a la busca de mi pobre hijo.

GONZALO.—¡El Cielo le guarde de estas bestias! Porque seguramente se halla en la isla.

ALONSO.—Partamos. *(Sale con los otros.)*

ARIEL.—Próspero, mi señor, sabrá lo que he hecho. Marcha ahora, rey, con toda seguridad, en busca de tu hijo. *(Sale.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA II

Otra parte de la isla

Entra CALIBÁN *con una carga de leña. Oyese ruido de truenos*

CALIBÁN.—¡Que todos los miasmas que absorbe el sol de los pantanos, barrancos y aguas estancadas caigan sobre Próspero y le hagan morir a pedazos! Sus genios me oyen, y, no obstante, no puedo menos de maldecirle. Pero si él no lo ordena, se guardarán de pellizcarme, de espantarme con visajes de erizo, de hundirme en el lodo, o, semejante a hachones de fuego en la noche, extraviarme en mi camino. Sin embargo, no pierden ocasión de divertirse a mi costa. Unas veces parecen monos que me hacen muecas, aúllan tras de mí y luego me muerden! otras, como puercoespines, se revuelcan sobre el sendero que siguen mis pies desnudos y enderezan sus puntas bajo mis pasos; frecuentemente me veo todo enroscado de culebras, que con sus lenguas partidas silban hasta volverme loco.

Entra TRÍNCULO

¡Vedlo ahora! ¡Mirad! He aquí uno de sus espíritus, que viene a atormentarme porque soy demasiado lento en llevar la leña. Voy a tenderme boca abajo. Quizá no me descubra.

TRÍNCULO.—Aquí no hay breña ni arbolillo para guarecerse, y se prepara otra tempestad. La oigo cantar en el viento. Allá lejos, aquella nube negra, aquella inmensa nube, parece un sucio tonel pronto a vaciar su líquido. Si llega a tronar como antes, no sé dónde resguardaré mi cabeza. Aquella nube no ha de reventar sino lloviendo a cántaros... ¿Qué tenemos aquí? ¿Un hombre o un pez? ¿Muerto o vivo? Un pez, a juzgar por el hedor; un pez rancio; un pobre Juan y no de los más frescos. ¡Extraño pez! Si estuviera ahora en Inglaterra (como lo hice en otro tiempo) y tuviera este pez, aunque sólo fuese en pintura, no habría tonto en día festivo que no diese por verle una moneda de plata. Este monstruo haría allí la fortuna de un hombre. Todo animal extraño enriquece a su dueño. Mientras no os darían un óbolo para socorrer a un mendigo lisiado, gastan diez por ver a un indio muerto. ¡Tiene piernas de hombre y sus aletas parecen brazos! ¡Está caliente, a fe mía! Cambio ahora de opinión. No es un pez, sino un insular herido por el rayo. *(Truena.)* ¡Ay! ¡Retorna la tempestad! Lo mejor es guarecerme bajo su gabardina. No hay otro abrigo en los alrededores. ¡La miseria da al hombre extraños camaradas de lecho! Voy a agazaparme aquí hasta que pase el residuo de la tormenta.

Entra ESTEBAN, *cantando, con una botella en la mano*

ESTEBAN.

No me veréis ir al mar, al mar:
aquí quiero morir en la ribera...

¡Lúgubre tono para cantar en un entierro! Bien; aquí está el reconfortante. *(Bebe.)*

El capitán, el piloto, el contramaestre y yo,
el artillero y su auxiliar,
amábamos a Mall, a Meg, a Mariana y Mar-[garita;
mas ninguno de nosotros se cuidó de Cata-[lina,
porque tenía una lengua con un dardo
que impulsaba a gritar al marido: «¡Anda [y que te ahorquen!»
A ella no le gustaba ni el olor de la brea ni [de la pez;
en cambio, un sastre podía rascarla donde [sentía comezón.
¡A la mar, pues, muchachos, y que ella vaya [a ahorcarse!

Esta es también una tonada triste; pero aquí está mi confortativo. *(Vuelve a beber.)*

CALIBÁN.—¡No me atormentes! ¡Oh!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESTEBAN.—¿Qué pasa? ¿Hay aquí diablos? ¿Es para hacer burla de nosotros el disfrazaros de salvajes y de indios? ¡Ya! No he escapado del naufragio para que me espanten ahora vuestras cuatro piernas. Porque ya lo dice el refrán: jamás un hombre de cuatro patas me hará perder terreno. Y así se repetirá mientras Esteban respire por las narices.

CALIBÁN.—¡El espíritu me atormenta! ¡Oh!

ESTEBAN.—Este es algún monstruo de la isla, con cuatro piernas, que habrá cogido una fiebre, a lo que presumo. ¿Dónde diablos ha aprendido nuestro idioma? Aunque sólo sea por eso, voy a darle algún auxilio. Si logro curarle, domesticarle y conducirle a Nápoles, será un presente digno del mayor emperador que haya andado sobre cuero de vaca.

CALIBÁN.—No me atormentes, te suplico. Llevaré más aprisa la leña al hogar.

ESTEBAN.—Está ahora en el acceso, y no profiere sino desvaríos. Probará mi botella. Si es la primera vez que bebe vino, hay probabilidades de que le cure su ataque. Si consigo que se restablezca y le domestico, el sacrificio no habrá sido demasiado grande. Reembolsaré lo que haya gastado con él, y eso con creces.

CALIBÁN.—Todavía no me haces gran daño; pero pronto me lo harás; lo noto en tus temblores. Próspero obra ahora sobre ti.

ESTEBAN.—Venid acá; abrid la boca. He aquí lo que os va a desatar la lengua, gato (1). Abrid la boca. Esto sacudirá vuestra fiebre, os lo aseguro. Seriamente, no sabéis qué amigo soy yo. *(Da de beber a* CALIBÁN.) ¡Abrid aún las mandíbulas!

TRÍNCULO.—Dijera conocer esa voz. Debe de ser...; pero está ahogado, y éstos son demonios. ¡Oh! ¡Auxiliadme!

ESTEBAN.—¡Cuatro piernas y dos voces! ¡El más curioso monstruo! Su voz de delante le sirve para hablar bien de su amigo; su voz de atrás, para articular palabras viles y calumniar. ¡Aunque necesitase todo el vino de mi botella para reconfortarlo, curaré su fiebre! ¡Vamos! ¡Amén! Voy a dar de beber a tu otra boca.

TRÍNCULO.—Esteban.

ESTEBAN.—¿Es tu otra boca la que me llama? ¡Gracias! ¡Gracias! Es un diablo, y no un monstruo. Voy a dejarle. No tengo cuchara larga (1).

TRÍNCULO.—¡Esteban!... Si eres Esteban, tócame y háblame, pues yo soy Trínculo, no te asustes; tu buen amigo Trínculo.

ESTEBAN.—Si eres Trínsulo, avanza. Te tiraré de las piernas más cortas. Si están aquí las piernas de Trínculo, son éstas. ¡Eres el propio Trínculo, verdaderamente! ¿Cómo has llegado a servir de asiento a este buey de la Luna? ¿Es que exhala Trínculos?

TRÍNCULO.—Lo tomé por un hombre fulminado. ¿Pero no te ahogaste, Esteban? Confío ahora en que no debiste de ahogarte. ¿Amainó la tempestad? Me refugié bajo la gabardina de este buey de la Luna, por temor a la borrasca. ¿Y tú estás vivo, Esteban? ¡Oh Esteban! ¡Dos napolitanos salvados!

ESTEBAN.—No des vueltas a mi alrededor, te ruego. Mi disposición no guarda el equilibrio.

CALIBÁN.—*(Aparte.)* Serían hermosos seres si no fueran espíritus. He ahí un arrogante dios, portador de un licor celestial. Voy a postrarme ante él.

ESTEBAN.—¿Cómo te salvaste? ¿Cómo viniste aquí? Júrame por esta botella que me dirás cómo ha sido. Yo me salvé sobre una barrica de jerez que los marineros habían arrojado por encima de la borda. ¡Lo juro por esta botella que he fabricado con mis propias manos.

(1) Alusión al proverbio *Good liquor will make a cat speak.*

(1) Alusión a otro proverbio según el cual para comer con el diablo se necesita una cuchara larga.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que la corteza de un árbol, luego que toqué la orilla!

CALIBÁN.—¡Juro por esta botella ser tu vasallo fiel, pues no es terrestre tu licor!

ESTEBAN.—¡Hela aquí! Jura, pues. ¿Cómo te salvaste?

TRÍNCULO.—Gané la orilla nadando como un pato. Puedo nadar como un pato, te lo juro.

ESTEBAN. — Toma, besa el libro (1). *(Dándole de beber a* TRÍNCULO.) Aunque puedas nadar como un pato, tienes el aspecto de una oca.

TRÍNCULO. — ¡Oh Esteban! ¿Guardas más de esto?

ESTEBAN. — ¡La barrica entera, hombre! Mi bodega está en una roca, a orillas del mar, donde he ocultado mi vino. ¿Qué hay, buey de la Luna? ¿Cómo va tu fiebre?

CALIBÁN.—¿No has caído del cielo?

ESTEBAN.—¡De la Luna, te lo aseguro! Yo era el hombre de la Luna, de que se hablaba antaño.

CALIBÁN.—En ella te he visto y te adoro. Mi señora me ha mostrado a ti, a tu perro y a tu haz de leña.

ESTEBAN.—Vamos, júralo; besa el libro. En seguida lo llenaré de nuevo. ¡Jura!

TRÍNCULO. — ¡Por la luz del día, he aquí un monstruo bien estúpido!... ¡Tenerle yo miedo! ¡Un monstruo tan poco temible!... ¡El hombre de la Luna! ¡El más crédulo de los monstruos!... ¡Bien bebido, monstruo, en verdad!

CALIBÁN.—Te enseñaré todas las partes fértiles de la isla, y besaré tus plantas. ¡Sé mi dios, te lo suplico!

TRÍNCULO.—¡Por esta luz, que es el más pérfido borracho de los monstruos! ¡Cuando su dios esté dormido, le robará la botella!

CALIBÁN.—¡Besaré tus pies! ¡Quiero ser tu súbdito jurado!

ESTEBAN. — ¡Avanza, entonces, arrodíllate y jura!

(1) *The book*, en el texto, que aquí y más adelante podría aludir a la Biblia, como han entendido algunos comentadores.

TRÍNCULO.—¡Voy a morir de risa con este monstruo de cara de perro! ¡Vilísimo monstruo! Me dan ganas de pegarle...

ESTEBAN.—¡Vamos, besa!

TRÍNCULO.—Pero ¡qué ebrio está ese infeliz monstruo! ¡Abominable monstruo!

CALIBÁN.—Te mostraré los más exquisitos manantiales; cogeré para ti bayas, pescaré para ti y te aprovisionaré de suficiente leña. ¡Mala peste al tirano a quien sirvo! ¡Ya no le llevaré más haces, sino que te seguiré, hombre maravilloso!

TRÍNCULO. — ¡El más ridículo de los monstruos, que erige en maravilla a un pobre borracho!

CALIBÁN.—Te ruego me permitas que te conduzca donde brotan las manzanas silvestres; y con mis uñas largas te desenterraré trufas. He de mostrarte un nido de grajos y enseñarte cómo se coge a lazo al ágil mono. Te conduciré bajo las ramas del avellano, y algunas veces atraparé para ti gaviotas jóvenes (1) de las rocas. ¿Quieres acompañarme?

ESTEBAN.—Te ruego que nos indiques ahora el camino, sin añadir palabra alguna... Trínculo, habiéndose ahogado todos nuestros compañeros, nosotros heredaremos aquí... Toma, lleva mi botella. La volveremos a llenar en seguida, camarada Trínculo.

CALIBÁN.—*(Cantando ebriamente.)*

¡Adiós, amo; adiós, adiós!

(1) *Young seamels* escriben los folios. El vocablo *scamels* ha dado lugar a una extensa discusión entre los comentaristas. Viéndose claro que el dramaturgo alude a un ave marina (y no a un marisco), tiénese *scamels* por errata de *seamells* o *seamels*. Warburton lo traduce por gamuza. Halt, autor de numerosos estudios sobre *La Tempestad*, propone que se lea *seamel*. W. G. Craig vuelve a la lección de los folios, interpretando así la palabra: *some sort of birds, possibly seamels, seamels*. Onions es de igual parecer, y cree que *seamel* equivale a *seagull*. El antiguo anotador Theobald insiste en *seamells*, con la aprobación de Reed. «Sir José Banks (escribe) nos informa que en la antología de John Ray se denomina al *seamell Larus cinereus minor*.» Es evidente, pues, que se trata de la gaviota.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TRÍNCULO. — ¡Un monstruo aullando! ¡Un monstruo ebrio!

CALIBÁN.

No haré más estacadas para los peces:
ni buscaré para el fuego,
cuando se me mande
ni fregaré la vajilla de madera, ni lavaré más los platos

Ban, ban, Ca, Calibán (1),
tienes nuevo amo, nuevo hombre te dan.
¡Libertad! ¡Prosperidad! ¡Prosperidad! ¡Libertad
¡Libertad! ¡Prosperidad! ¡Libertad!

ESTEBAN.—¡Oh bravo monstruo! ¡Condúcenos! *(Salen.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Ante la gruta de Próspero

Entra FERNANDO, *llevando un leño*

FERNANDO. — Hay algunos juegos que son penosos y cuya fatiga les presta mayor atractivo (1). Ciertas humillaciones pueden soportarse noblemente, y los procedimientos más mezquinos inducir a los más ricos fines. Esta baja ocupación sería para mí tan insoportable como odiosa; pero la amada a quien sirvo la vivifica de modo que transforma mis trabajos en placeres. ¡Oh! Ella es diez veces más gentil que su padre, desabrido y lleno de asperezas. Debo transportar algunos miles de estos troncos y colocarlos en pila, por sus órdenes crueles. Mi dulce dueña llora cuando me ve trabajar, y dice que tales humillaciones no han sido impuestas nunca a semejante ejecutor. Yo olvido; pero esos delicados pensamientos vienen a refrescar mis fatigas y cuanto más dura es mi tarea, más fácil me parece.

Entra MIRANDA, *y* PRÓSPERO *la sigue de lejos*

MIRANDA.—¡Ay! Os lo ruego, no trabajéis tan ardorosamente. Quisiera que el rayo hubiese consumido esos troncos que tenéis orden de poner en pila. Por favor, dejadlos y reposad. Cuando ardan, llorarán por haberos fatigado. Mi padre está embebido en el estudio. Os lo suplico, pues; descansad. No aparecerá durante estas tres horas.

FERNANDO.—¡Oh adoradísima amada! El sol se ocultará antes que yo termine mi faena.

MIRANDA.—Si queréis sentaros, llevaré yo, durante el transcurso, esos leños. Dadme éste, os suplico; lo acarrearé a la pila.

FERNANDO. — ¡No, preciosa criatura! Prefiero romperme los nervios, quebrarme los riñones, antes de veros entregada a tan humillante tarea, y yo cruzado de brazos.

MIRANDA.—La soportaría tan bien como vos y la cumpliría con mucha más facilidad, pues pondría en ella mi buen deseo, mientras el vuestro le es contrario.

PRÓSPERO. — *(Aparte.)* ¡Pobre chiquilla! Estás envenenada. Esta entrevista lo prueba.

MIRANDA.—Parecéis cansado.

FERNANDO.—No, noble señora. Para mí

(1) Como Horacio:

Moliter austerum studio fallente laborem.

(1) Hay una canción de Sidney—poeta en quien se inspiró mucho nuestro dramático—cuyo estribillo es:

Da, da, da, Dadirán.

Al pronunciar estas palabras, dice Steevens, Calibán debe volverse con aire de menosprecio hacia el lado de la gruta de Próspero.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

es una fresca alborada cuando estáis a mi lado en la noche. Decidme, os lo ruego (a fin de que lo incluya en mis plegarias), ¿cuál es vuestro nombre?

MIRANDA.—Miranda... ¡Oh padre mío, acabo de desobedeceros revelándolo!

FERNANDO.—¡Admirable Miranda! ¡El colmo, verdaderamente, de la admiración! ¡Digna de lo que el mundo atesora de más sublime! He contemplado con los mejores ojos a muchas damas, y la armonía de su voz ha cautivado con frecuencia mi condescendiente oído; en diversas mujeres he estimado diversas cualidades, nunca a pleno corazón, pues algún defecto deslucía siempre la virtud más noble, poniendo en ella su mancha. Pero vos... ¡Oh vos! ¡Tan perfecta, tan incomparable, habéis sido formada con lo que existe de mejor en cada criatura!

MIRANDA.—No recuerdo a nadie de mi sexo. No recuerdo las facciones de mujer alguna, salvo las mías, que mi espejo ha reflejado, ni he visto entre los que puedo llamar hombres más que a vos, buen amigo, y a mi querido padre. De cómo están formados los demás, no tengo la menor idea. Pero, por mi pureza (la joya de mi dote), no desearía en el mundo ningún otro compañero sino vos, ni podría la imaginación modelar figura de otro igual a vos, fuera de vos mismo. Pero echarlo ligeramente y olvido las recomendaciones de mi padre.

FERNANDO.—Soy, por mi alcurnia, un príncipe, Miranda; pienso que un rey (¡ojalá no lo sea!); y esta esclavitud en un bosque me disgusta más que si la mosca aovase en mis labios... (1). Oíd hablar a mi corazón... Desde el instante mismo en que os vi, mi corazón voló a vuestro servicio; allí reside hecho vuestro esclavo, y por afecto a vuestra persona me hallo convertido en este dócil leñador.

MIRANDA.—¿Me amáis?

FERNANDO.—¡Oh cielos! ¡Oh tierra! ¡Sed testigos de mis palabras y coronad mis deseos de un éxito feliz si soy sincero! ¡De lo contrario, trocad en infortunio la gloria que me está destinada! ¡Os amo, os honro y os venero por encima de los límites asignados al universo mundo!

MIRANDA.—¡Estoy loca al llorar por lo que este placer me causa!

PRÓSPERO. — *(Aparte.)* ¡Hermoso encuentro de dos cariños extraordinarios! ¡Llueva el cielo sus dones sobre el amor que en ellos germina!

FERNANDO.—¿Por qué lloráis?

MIRANDA.—Por mi indignidad, que no osa ofreceros lo que desea conceder, y menos aún aceptar aquello cuya privación me mataría. Pero es una niñada, y cuanto más mi afección busca encubrirse, tanto más revela su alcance. ¡Atrás, tímido disimulo! ¡E inspírame, ingenua y santa inocencia! Soy vuestra esposa, si queréis desposaros conmigo. De lo contrario, moriré virgen por vuestro amor. Podéis rechazarme por compañera; pero seré vuestra esclava, lo queráis o no.

FERNANDO.—¡Seréis mi soberana, señora, y yo seré, como al presente, vuestro humilde servidor!

MIRANDA.—¿Mi esposo, entonces?

---

(1) *The flesh-fly blow my mouth,* en el texto, pasaje embarazoso. Observa Malone que en el caso presente es preciso traducir *to blow* por «inflamar»; pero Steevens le rebate, diciendo que *to blow* significa aquí *the act of a fly by which she loges eggs is flesh* (el acto por el cual una mosca deposita sus huevos en la carne). Y autoriza su tesis con este ejemplo de la versión de la *Iliada,* por Chapman:

I much fear, lest with the blows of flies. His grass-inflicted wounds are fill'd.

Otros ejemplos de *Trabajos de amor perdidos* (acto quinto, escena segunda) y de *Otelo* (acto cuarto escena segunda) que cita Onions, robustecen la apreciación de Steevens, que nosotros tenemos por buena y a tenor de la cual traducimos. Probablemente Shakespeare tomó la frase del propio Chapman, que con éxito inmenso había publicado en Londres su versión de la *Iliada* en siete libros, que aparecieron en 1596, y sucesivamente (tal fué su aceptación) en 1598, ¿1599?, 1600, 1611, etc. *To blow,* pues, equivale aquí a nuestro magnífico verbo castellano *aovar.* Y *Flesh-fly,* más que mosca, ¿no será moscarda? Me asalta esa sospecha.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

FERNANDO.—Sí, con tan gozoso corazón como el esclavo gusta de la libertad. He aquí mi mano.

MIRANDA.—Y la mía, con el corazón dentro. Y ahora, adiós por media hora.

FERNANDO.—¡Por miles de horas! (1). *(Salen* FERNANDO *y* MIRANDA *por diversos lados.)*

PRÓSPERO.—No pienso ser tan feliz como ellos, a quienes todo sorprende; pero mi alborozo no puede ser mayor. Tornaré a mis libros, porque todavía, antes de la hora de la cena, he de realizar varios asuntos indispensables. *(Sale.)*

ESCENA II

Otra parte de la isla

Entran CALIBÁN *con una botella,* ESTEBAN *y* TRÍNCULO

ESTEBAN.—No me habléis más de eso... Cuando la barrica esté vacía, beberemos agua. ¡Hasta entonces, ni una gota! Conque ¡proa al enemigo, y al abordaje!... (2). ¡Servidor monstruo, bebe a mi salud!

TRÍNCULO.—¿Servidor monstruo? ¡El bufón de esta isla! Se dice que sólo hay cinco habitantes en esta isla. Somos tres de ellos. Si los otros dos tienen el cerebro como nosotros, vacila el Estado.

ESTEBAN. — Bebe, servidor monstruo, cuando yo te lo mande. Tus ojos están casi incrustados en tu cabeza.

TRÍNCULO.—¿Dónde querías que los tuviese? ¡Lindo monstruo, en verdad, si estuvieran en su cola! (3).

ESTEBAN. — Mi hombre-monstruo ha ahogado su lengua en el jerez. Por mi parte, no podría el mar sumergirme. He nadado, antes de conseguir ganar la orilla, treinta y cinco leguas bordeándola, tan cierto como esta luz... Monstruo, serás mi lugarteniente o mi portaestandarte.

TRÍNCULO.—Vuestro guardaestandarte, si os es lo mismo, pues no podría llevarlo sin apoyo (1).

ESTEBAN.—¡No corramos, *monsieur* (2) monstruo!

TRÍNCULO.—No iréis lejos, pues os acostaréis como canes, sin pronunciar palabra.

ESTEBAN. — ¡Buey de la Luna, habla una vez en tu vida, si no eres un buey mudo! (3).

CALIBÁN.—¿Cómo te va, Alteza? Déjame que lama tus zapatos. A ése no quiero servirle; no es valiente.

TRÍNCULO. — ¡Miente, ignorantísimo monstruo! ¡Estoy en estado de derribar a un alguacil! ¡Pues qué! Pez depravado, ¿ha bebido nunca un cobarde tanto jerez como yo hoy? ¿Sostendrías esa monstruosa mentira, no siendo más que medio pez y medio monstruo?

CALIBÁN.—¡Mira cómo se burla de mí! ¿Lo consentirás, milord?

TRÍNCULO.—¡Lord dice! ¡Qué idiota es este monstruo!

CALIBÁN.—¡Mira! ¡Mira! ¡Otra vez! ¡Muérdele hasta matarle, por favor!

ESTEBAN.—¡Tríngulo, guardaos esa lengua expedita en vuestra boca! Si os sentís provocador, en el primer árbol que

---

(1) El final de esta escena ofrece notable parecido con el de la entrevista entre Romeo y Julieta en el jardín de Capuleto.

(2) *Therefore, bear up and board 'em;* esto es, dar otro ataque a la botella.

(3) Es posible que Shakespeare haga aquí alusión a una historia que se encuentra en Stowe y otros escritores contemporáneos. En 1574 encalló una ballena cerca de Ramsgate. Pez monstruoso (dice la crónica) hasta un extremo inenarrable, pues tenía los ojos, no en su cabeza, sino en su cola. *(Nota de Farmer.)*

(1) *Your lieutenant, if you list; he's no standard* (postaestandarte) y *standard,* árbol de fruto que madura sin sostén.

(2) En francés antiguo, en el original.

(3) El texto diría a la letra: «Becerro de luna, habla una vez en tu vida, si eres un buen becerro de luna.» Hemos castellanizado un poco la expresión para que no pierda energía el diálogo. Aquí, como anteriormente, Calibán, es calificado de *moon-calf,* esto es, de becerro marino, de monstruo, de *misshapenbirth,* como explica Onions. *Calf* tiene también en Shakespeare el sentido de estúpido.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

encuentre... Este pobre monstruo es mi súbdito y no permitirá una indignidad

CALIBÁN.—Gracias, mi noble señor. ¿Te placerá oír una vez más la petición que te he hecho?

ESTEBAN.—A fe que sí. Arrodíllate y repítela. Yo me pondré en pie, así como Trínculo.

Entra ARIEL *invisible*

CALIBÁN.—Como te decía antes, estoy sometido a un tirano, a un hechicero, que por su ciencia me ha despojado de esta isla.

ARIEL.—¡Mientes!

CALIBÁN.—¡Mientes tú, mono burlón! ¡Tú! ¡Así te destruya mi valiente señor! ¡Yo no miento!

ESTEBAN.—Trínculo, si volvéis a interrumpirle en su narración, por esta mano que os haré saltar algunos dientes!

TRÍNCULO. — ¡Cómo! ¡Si no he hablado!

ESTEBAN.—¡Chitón, pues, y ni una palabra más! *(A* CALIBÁN.) Prosigue.

CALIBÁN.—Decía que, merced a su magia, se ha apoderado de esta isla, despojándome de ella. Si cuadra a tu grandeza, toma venganza..., porque sé que te atreves, pero este pusilánime no osa...

ESTEBAN.—Nada más cierto.

CALIBÁN.—Serías el señor de esta isla, y yo te serviría.

ESTEBAN. — ¿Cómo podría realizarse? ¿Puedes conducirme hasta el individuo?

CALIBÁN.—Sí, sí, mi señor. Te lo entregaré durante su sueño, y podrás hundirle un clavo en la cabeza.

ARIEL.—¡Mientes! No podrás.

CALIBÁN.—¡Qué imbécil este de los colorines (1). ¡Miserable bufón!... Ruego a tu grandeza le golpees y le quites la botella. Cuando no la conserve, no beberá más que agua del mar, pues no le enseñaré dónde están los manantiales dulces.

ESTEBAN.—Trínculo, no os expongáis a un peligro. Interrumpid al monstruo con otra palabra más, y por esta mano que dejaré mi compasión a la puerta y haré de ti un arenque salado (1).

TRÍNCULO. — ¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¡Si no he dicho nada! Voy a colocarme más lejos.

ESTEBAN. — ¿No has dicho que éste mentía.

ARIEL.—¡Mientes!

ESTEBAN.—¿Yo también? *(Golpeando a* TRÍNCULO.) ¡Toma esto! ¡Si os gusta, volved a darme otro mentís!

TRÍNCULO.—¡No te he desmentido!... Habéis perdido los sentidos y el entendimento... ¡Mala peste con vuestra botella!... ¡He ahí las consecuencias del jerez y la bebida!... ¡Maldito sea vuestro monstruo, y el diablo os lleve vuestros dedos!

CALIBÁN.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

ESTEBAN.—Sigue ahora tu historia. Y tú apártate más, te ruego.

CALIBÁN.—Pues, como te decía, acostumbra dormir la siesta. Por lo cual te será posible romperle el cerebro, tras apoderarte primero de sus libros, o con un bastón hendirle el cráneo, o despanzurrarle con una estaca, o cortarle la traquearteria con tu cuchillo. Acuérdate, sobre todo, de cogerle los libros, porque sin ellos no es sino un tonto como yo, ni tiene genio alguno que le sirva. Todos le odian tan profundamente como yo. Quema tan sólo sus volúmenes; él posee excelentes utensilios (pues así los denomina), que encerrará en su casa cuando disponga de una. Pero lo más digno de consideración es la belleza de su hija, a quien él mismo llama incomparable. Nunca he visto una mujer, con

(1) *What a pied ninny's this!* El lector ha de tener presente que Trínculo no es un marinero, sino un clown, y que, por tanto, va vestido de muchos colores. De aquí el *pied ninny* (imbécil abigarrado).

(1) Antes ha tratado Esteban de vos a Trínculo; ahora se sirve del tú. Son frecuentes estos cambios en los personajes de Shakespeare, y obedecen, ya a elevación de estilo, ya a consideraciones de eufonía, o bien a necesidades de la rima, como en *Obras completas* hemos advertido en varias ocasiones.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

las únicas excepciones de Sycorax, mi madre, y ella; pero sobrepasa a Sycorax como lo grande a lo pequeño.

ESTEBAN.—¿Tan hermosa es la joven?

CALIBÁN.—Sí, señor. Convendrá a tu lecho, te lo aseguro, y te dará una linda descendencia.

ESTEBAN.—¡Monstruo, daré muerte a ese hombre! Su hija y yo seremos rey y reina (¡salve a nuestras majestades!), y Trínculo y tú, virreyes. ¿Te agrada el plan, Trínculo?

TRÍNCULO.—Admirable.

ESTEBAN.—Dame la mano. Estoy pesaroso de haberte golpeado; pero, mientras viva, procura retener la lengua.

CALIBÁN.—Dentro de media hora estará dormido. ¿Quieres exterminarle entonces?

ESTEBAN.—¡Sí, por mi honor!

ARIEL.—*(Aparte.)* Voy a contárselo a mi dueño.

CALIBÁN.—Me pones gozoso. Estoy lleno de regocijo. Mostrémonos alegres. ¿Tendrías a bien entonarme la canción que me enseñabas hace un momento?

ESTEBAN.—Haré justicia a tu petición, monstruo; justicia, sea como sea. Vamos, Trínculo, cantemos. *(Cantan.)*

¡Burlémoslos y vigilémoslos,
y vigilémoslos y burlémoslos!
¡El pensamiento es libre!

CALIBÁN.—Ese no es el tono. (ARIEL *ejecuta el aire sobre un tamboril y una flauta.)*

ESTEBAN.—¿Qué es eso?

TRÍNCULO.—El tono de nuestro estribillo ejecutado por la figura de Nadie.

ESTEBAN.—¡Si eres hombre, muéstrate en tu verdadera forma! Si eres un demonio, cobra la que quieras.

TRÍNCULO.—¡Oh, perdonad mis pecados!

ESTEBAN.—¡Quien muere paga todas sus deudas! ¡Te desafío! ¡Piedad de nosotros!...

CALIBÁN.—¿Tienes miedo?

ESTEBAN.—No, monstruo; yo no.

CALIBÁN.—Tranquilízate. La isla está llena de rumores, de sonidos, de dulces aires que deleitan y no hacen daño. A veces un millar de instrumentos bulliciosos resuena en mis oídos y a instantes son voces que, si a la sazón me he despertado después de un largo sueño, me hacen dormir nuevamente. Y entonces, soñando, diría que se entreabren las nubes y despliegan a mi vista magnificencias prontas a llover sobre mí; a tal punto, que, cuando despierto, ¡lloro por soñar todavía!

ESTEBAN.—He aquí prometerme un reino encantador, donde gozaré de música por nada.

CALIBÁN.—¡Cuando Próspero haya sido exterminado!

ESTEBAN.—Lo será al instante. Recuerdo tu relación.

TRÍNCULO.—La música se aleja. Sigámosla, y después a nuestra obra.

ESTEBAN. — Guíanos, monstruo; te acompañaremos. ¡Me alegraría poder ver a este tamborilero! Tiene buen estilo. ¿Vamos?

TRÍNCULO.—Te sigo, Esteban. *(Salen.)*

ESCENA III

Otra parte de la isla

Entran ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, GONZALO, ADRIÁN, FRANCISCO *y otros*

GONZALO. — Por Nuestra Señora, no puedo ir más lejos, señor. Mis viejos huesos están molidos. ¡Este es, verdaderamente, un inmenso laberinto, entre caminos unas veces rectos y otras sinuosos! Con vuestro permiso, fuerza es que descanse.

ALONSO.—Anciano señor, no puedo reprenderte, estando yo mismo agobiado de fatiga, hasta el extremo de hallarse embotados mis sentidos. Sentémonos y reposemos. Renuncio aquí a toda mi esperanza y rechazo sus halagadoras ilusiones. Quien buscamos se ahogó, y el

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mar se burla de nuestras frustradas investigaciones sobre la tierra. Resignémonos, pues.

ANTONIO.—*(Aparte, a* SEBASTIÁN.) Me alegro de que pierda sus esperanzas. No habréis olvidado, por un fracaso, el proyecto que habíais decidido ejecutar.

SEBASTIÁN.—*(Aparte, a* ANTONIO.) Aprovecharemos la primera ocasión favorable.

ANTONIO.—*(Aparte, a* SEBASTIÁN.) Esta noche, por ejemplo. Pues hallándose ahora fatigados por el viaje, no querrán ni podrán emplear tanta vigilancia como cuando están descansados.

SEBASTIÁN.—*(Aparte, a* ANTONIO.) Sea esta noche. Ni una palabra más.

Extraña y solemne música. PRÓSPERO, *en lo alto, invisible, domina la escena. Entran por distintos lados varias Figuras caprichosas, que traen preparado un banquete. Danzan en torno de la mesa con gentiles ademanes de salutación, e invitando al Rey y a los demás personajes a comer, desaparecen*

ALONSO.—¿Qué armonía es ésta? ¡Mis buenos amigos, escuchad!

GONZALO. — ¡Música maravillosamente dulce!

ALONSO. — ¡Cielos, otorgadnos poderososo guardianes! ¿Qué seres son éstos?

SEBASTIÁN.—¡Muñecas dotadas de vida! (1). Ahora creeré que hay unicornios; que en Arabia existe un árbol único trono del fénix (2), y que un fénix reina a estas horas en él.

ANTONIO.—Creeré lo uno y lo otro, y cuando haya alguna cosa increíble, venid a mi y juraré que es cierta. Jamás han mentido los viajeros, aunque los acusen los tontos que se quedan en casa.

GONZALO.—Si yo contase en Nápoles este espectáculo, ¿os imagináis que me creerían? ¿Si les dijera que he visto isleños (pues ciertamente son habitantes de la isla) que, a pesar de que tienen formas monstruosas, se observa, sin embargo, que sus modales son más finos, mucho más que la mayor parte de los hombres de nuestra generación?

PRÓSPERO. — *(Aparte.)* Hablaste bien, honrado señor, pues algunos de los aquí presentes son peores que demonios.

ALONSO.—No he acabado de asombrarme de esas figuras, de esos gestos, de esos sonidos que (sin auxilio de la palabra) formaban una especie de lenguaje mudo y expresivo.

PRÓSPERO.—*(Aparte.)* Reserva el elogio para el final.

FRANCISCO.—Han desaparecido de una manera extraña.

SEBASTIÁN.—No importa, toda vez que han dejado sus manjares tras sí. Y pues tenemos estómagos, ¿os placería probar estas viandas?

ALONSO.—No, por mi parte.

GONZALO.—A fe, señor, que no tenéis por qué temblar. Cuando éramos niños, ¿quién hubiera creído en la existencia de montañeses con papadas como los toros, cuyos cuellos cuelgan como alforjas de carne? (1). ¿O que se den hombres que tengan la cabeza en el pecho? Hoy no hay viajero, apostando cinco contra uno (2), que no garantice la cosa.

---

(1) *A living drollery* (muñecas vivientes), en el texto. En la época del reinado de Isabel llamábase *drolleries* a un espectáculo representado por muñecas; lo que en España conocemos con el nombre de títeres, que éste es el significado de la palabra.

(2) En la versión de Plinio, por Ph. Holland, se habla del fénix que mora en la palmera. En la *Euphues*, de Lyly (el Carrillo y Sotomayor inglés), se hace alusión, igualmente, al fénix habitante de un árbol. En fin, en su *Diccionario italiano*, Florio (contemporáneo de nuestro dramaturgo) dice en la palabra *Rasin:* «Arbol de Arabia, absolutamente único, donde se posa el fénix.» Poco tiempo después, don Francisco de Quevedo se burlaba, con su ingenio incomparable, de estas supersticiones en su linda composición *Las dos aves y los dos animales fabulosos* (dedicada a don Juan de la Sal, obispo de Bona). Y por cierto, hubo de sufrir una réplica del agrio, atrabiliario y envidioso doctor Suárez de Figueroa...

(1) *Wallets of flesh.* Mandeville, en sus *Viajes*, impresos en 1503 por Wynken de Words, habla de estos montañeses.

(2) *Each putter-out of one for five.* En el *Itinerario*, de Moryson, publicado en 1617, se

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ALONSO. — Voy a sentarme y comer, aunque me cueste la vida. ¡Qué importa, una vez que ha pasado lo mejor!... Hermano, monseñor duque, acercaos también y hacer como nos.

Truenos y relámpagos. Entra ARIEL, *en figura de arpía* (1); *bate sus alas sobre la mesa y, de una manera elegante* (2), *desaparece el banquete*

ARIEL. — Sois tres pecadores, que el Destino (que tiene por instrumento este bajo mundo y todo cuanto encierra) ha vomitado del insaciable océano sobre esta isla, donde ningún hombre debe habitar, pues que entre los hombres sois indignos de vivir. ¡Os vuelvo furiosos! *(Viendo a* ALONSO, SEBASTIÁN, *etc., tirar de las espadas.)* ¡Con ese mismo valor los hombres se ahorcan o se ahogan! ¡Insensatos! Yo y mis compañeros somos los ministros del Destino. Los elementos de que se componen vuestras espadas igual podrían herir los vientos desencadenados, o con irrisorios golpes cortar la onda que vuelve a reunirse, como vosotros rozar una pluma de mis alas. Mis compañeros ministros son invulnerables. Aunque tratéis de herirnos, vuestros aceros son ahora demasiado pesados para vuestras fuerzas y no conseguiréis levantarlos. Pero recordad (pues tal es el objeto de mi misión) que vosotros tres habéis suplantado de Milán al virtuoso Próspero; que a él y a su inocente hija los habéis expuesto sobre el mar, que os ha castigado. A causa de esta acción odiosa, los prepotentes destinos, que pueden retardar, pero que no olvidan nunca, han amotinado los mares, las riberas, sí, las criaturas todas contra vuestra paz. A ti, Alonso, te han privado de tu hijo; y ellos os anuncian por mi voz que una lenta destrucción (peor que cualquiera clase de muerte) os seguirá paso a paso por donde vayáis. Para preservaros de su furia (que, de otro modo, en esta isla desolada caerá sobre vuestras cabezas) no hay sino un remedio: la contrición del corazón y llevar una vida inmaculada.

Desvanécese en el trueno. En seguida, al son de la música agradable, entran de nuevo las Figuras y danzan entre muecas y contorsiones y se llevan la mesa del banquete

PRÓSPERO.—*(Aparte.)* Has tomado admirablemente la forma de la arpía, mi Ariel. Poseías gracia en medio de tu ferocidad. Nada has omitido de mis instrucciones en tus palabras. Del mismo modo, con suma animación y extraño esmero, han cumplido mis agentes secundarios sus diferentes funciones. Mis encantos irresistibles obran, y mis enemigos son prisioneros del delirio. Ahora están en mi poder, y los dejo en su frenesí, mientras visito al joven Fernando (a quien suponen ahogado) y a su amada, que también es la mía. *(Desaparece arriba.)*

GONZALO.—Por todo lo más sagrado, señor, ¿por qué permanecemos en este extraño éxtasis?

ALONSO. — ¡Oh, sí! ¡Es monstruoso! ¡Monstruoso! ¡Me pareció que la voz de las ondas me hablaba reprochándomelo!... ¡Que lo cantaban los vientos!... ¡Que el trueno, órgano profundo y terrorífico, pronunciaba el nombre de Próspero, y que con broncos acentos relataba mi crimen! ¡Mi hijo descansa en el limo del mar! Voy a buscarlo a las pro-

---

dice que los nobles y cortesanos hacían apuestas sobre el resultado de expediciones lejanas. «Años antes de ver la luz este volumen—escribe el dicho Moryson—he visto numerosos desheredados de la fortuna, comediantes y gentes de baja estofa, emprender largos viajes para ganar estas apuestas al regreso.»

(1) Esta idea le fué sugerida probablemente a Shakespeare leyendo la versión inglesa de la *Eneida*, por Phaer, estampada en Londres en 1558.

(2) *A quaint device.* El significado de la voz *quaint* no siempre es posible fijarlo bien. Por eso los traductores prescinden de este apartado. Aquí vale «fino», «elegante», «delicado», «armónico».

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

fundidades donde nunca penetró la sonda y a sepultarme en el fango con él! *(Sale.)*

SEBASTIÁN.—¡Que salga un solo demonio a tiempo, y retaré a combate a sus legiones!

ANTONIO.—¡Seré tu segundo! *(Salen* SEBASTIÁN *y* ANTONIO.)

GONZALO.—Los tres se hallan desesperados. Su inmenso crimen, a semejanza de esos venenos que sólo obran mucho tiempo después, comienza ahora a agitar sus espíritus... Os ruego a vosotros, que tenéis los miembros más flexibles, que los sigáis apresuradamente y los preservéis de las consecuencias a que puede ahora inducirlos semejante frenesí.

ADRIÁN. — Acompañadme, os suplico. *(Salen.)*

ACTO CUARTO

ESCENA UNICA

Ante la gruta de Próspero

Entran PRÓSPERO, FERNANDO *y* MIRANDA

PRÓSPERO.—Si os he castigado con demasiada severidad, el precio que recibís repara largamente vuestras fatigas; pues os entrego el hilo de mi propia existencia, es decir, aquello por lo cual vivo. Una vez más la deposito en tus manos. Todas las vejaciones que te he impuesto eran para probar tu amor, y has salido maravillosamente de la prueba. Aquí ante el Cielo, ratifico mi precioso don. ¡Oh Fernando! No te rías de las alabanzas que le he dirigido, pues tú mismo hallarás que supera a todos los elogios y los deja muy atrás.

FERNANDO.—Lo creo, contra lo que pueda sostener un oráculo.

PRÓSPERO.—Recibe, pues, mi hija como un presente mío y como una adquisición que dignamente has conquistado. Pero si rompes su nudo virginal antes que se celebren todas las ceremonias santas, según los sagrados ritos, en vez de que el cielo deje caer un dulce rocío (1) para que florezca vuestra unión, el odio estéril, el desdén de áspera mirada y la discordia sembrarán el enlace de vuestro lecho de zarzas tan punzantes que los dos acabaréis por detestarlo. Esperad, por consiguiente, que os ilumine la lámpara de Himeneo.

FERNANDO.—Así como aguardo que semejante amor me proporcione días tranquilos, una hermosa descendencia y una dilatada vida, el antro más oscuro, el lugar más propicio, la sugestión más fuerte de nuestro más malvado genio, no convertirán nunca mi amor en lascivia, para adelantar el placer de la celebración de nuestros esponsales, en cuyo día me parecerá que los corceles de Febo se han abatido, o que la noche está encadenada en el infierno.

PRÓSPERO.—Bien dicho. Entonces, siéntate y habla con ella. Te pertenece... ¡Eh, Ariel! ¡Mi ingenioso servidor Ariel!

Entra ARIEL

ARIEL.—¿Qué desea mi poderoso dueño? Aquí estoy.

PRÓSPERO.—Tú y los compañeros a quienes mandas habéis ejecutado a maravilla mis últimas órdenes, y tengo necesidad de vuestros servicios para otra empresa asaz semejante. Conduce aquí, a este sitio, la turba de genios sobre la cual te he dado poder; incítalos a ponerse rápidamente en movimiento, pues

(1) *Sweet aspersion.* Traducimos de acuerdo con Steevens, según el cual *aspersion* equivale aquí a *sprinkling.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tengo que ofrecer a los ojos de esta joven pareja una manifestación de mi arte. Se la he prometido y la aguardan.

ARIEL.—¿En seguida?

PRÓSPERO.—En un abrir y cerrar de ojos.

ARIEL.—Antes que podáis decir «ven» y «ve», y respirar dos veces, o de gritar «vamos, vamos», cada uno pisándose los talones, se hallará aquí haciendo muecas y ademanes. ¿Me estimáis, señor? ¿No?

PRÓSPERO.—Extremadamente, mi delicado Ariel. No te aproximes hasta que te llame.

ARIEL.—Bien; comprendo. *(Sale.)*

PRÓSPERO. — Mira, sé sincero. No des rienda suelta a tus apetitos. Los juramentos más fuertes son paja para la hoguera de la sangre. ¡Guarda más circunspección, o, de lo contrario, despedíos de vuestra promesa! (1).

FERNANDO.—Os lo garantizo, señor. Esta blanca y fría virginidad es una nieve sobre mi corazón que templa el ardor de mi sangre.

PRÓSPERO. — Bien... Llégate ahora. Ariel mío. Conduce un exceso (2) de espíritus, que sobren más bien que falten. ¡Apareced sin tardanza! ¡Quieta la lengua! ¡Sed todo ojos! ¡Silencio!... *(Suena repentinamente la música.)*

MASCARADA

Entra IRIS

Ceres, benéfica diosa, deja tus fértiles campos
de candeal, de centeno, cebada, arveja, avena y guisantes;
tus montes encrespados, donde pastan los corderos,
y las amplias praderas de mala hierba (3), donde tienen su aprisco;
tus bancales bordeados de peonías y lirios (1),
que el esponjoso abril hace brotar a tu mandato,
para tejer castas coronas a las glaciales ninfas, y tus boscajes de retama,
cuya sombra apetece el preferido soltero,
al ser engañado por su amada (2) tus vides enrolladas en torno de los rodrigones;
y tus marítimas márgenes, estériles y erizadas de rocas,
donde tú mismo vas a refrescarte. La reina del cielo
de quien soy el arca líquida y la mensajera,
te ordena que lo abandones todo, y con tu gracia soberana,
aquí, sobre este musgo (3), en este mismo sitio,
vengas y retoces. Sus pavos reales avanzan vigorosamente.
Acércate, rica Ceres, para recibirla.

---

(1) *Good nigh your vow!* Dad las buenas noches, decid adiós a vuestra promesa; pero hemos vertido con amplia sencillez.

(2) *Bring a carollary.* Vertemos la frase según el célebre *Dicionario* de Cotgrave, publicado en 1611, que da este sentido a la voz *carollary.*

(3) *And flat meads thatch'd with stover.* Por *stover* entiéndese la mala hierba, que, aun estando verde, rechazan muchos animales. Onions explica la palabra por *fodder for cattle.*

(1) *Thy banks with pioned and twilled brims.* Verso acerca del cual no se ha dado todavía una solución satisfactoria ni aun por los propios británicos, comoquiera que es dudoso el significado de los participios *pioned* y *twilled.* Para William James Craig, *pioned* pudiera ser *covered with marsh marigold o duy.* Y en cuanto a *twilled,* dice que quizá equivalga a *sorged o covered with reeds.* Varios comentaristas suponen corrupto el verso, con erratas en uno y otro vocablo. Onions, el más reciente de todos, no deja de participar de las dudas de sus predecesores. Cree que *pioned* podría semejarse a *excavated, trenched;* y sobre *twilled* escribe que, siendo indudablemente un término *agricultural,* son infinitas las conjeturas y nada adoptables las pretendidas aclaraciones hechas. Haumer, sin embargo, parece acercarse al verdadero punto dilucidatorio en su edición de 1743-44, proponiendo la corrección *peonied and lilied.* Es preciso advertir que el verbo *pion,* en el sentido de *cavar* o en el de *trench,* fué corriente en inglés desde Spencer hasta sir Thomas Browne. Yo he vertido, casando las distintas opiniones, como si se hallara, en efecto, corrupto el pasaje; pero me asalta el temor de que está correcto y que lo que significa es: «Tus bancales surcados y nutridos con torrentes de agua, que el esponjoso abril», etc. No garantizo, pues, la exactitud.

(2) *Last-lorn.* Como en Spencer: *Who after that he had fair Una-lorn.*

(3) *Grass-plot,* césped, hierba corta muy fina. El vocablo no se halla en los escritores anteriores a Shakespeare.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra CERES

CERES.

¡Salve, mensajera de mil colores, que jamás desobedeciste a la mujer de Júpiter;
que, con tus alas de azafrán, sobre mis flores esparces gotas de miel, lluvias refrescantes;
y con cada extremo de tu arco azul coronas mis setos vallados (1) y mis planicies sin ve- [getación,
rica franja de mi orgullosa tierra! ¿Por qué [tu reina
me invita de tan lejos a este césped de mus- [go corto?

IRIS.

Para celebrar un enlace de verdadero amor y recompensar libremente con alguna donación a los bendecidos amantes.

CERES.

Dime arco celeste,
¿sabes tú si Venus o su hijo
guardan ya a la reina? Desde que maqui- [naron
los medios de entregar mi hija al sombrío [Plutón (2),
a la escandalosa compañía de ella y su hijo he renunciado. [ciego,

IRIS.

De su sociedad
no tengas miedo. He encontrado a esa diosa
hendiendo las nubes hacia Pafos, y a su hijo,
que iba con ella en un carro tirado por palo- [mas. Creían poder arrojar
algún sortilegio libertino sobre este varón y [esta doncella,
que han jurado no cumplir el rito nupcial
hasta que los ilumine la antorcha de Himeneo; [pero en vano;
la ardorosa concubina de Marte ha partido de [nuevo:
y su vástago irascible ha roto sus flechas,
jurando no lanzarlas jamás, sino que se en- [tretendrá con los gorriones
a la manera de un niño.

CERES.

La más alta reina del Olimpo (3), la gran Juno, viene. La conozco en sus pasos.

Entra JUNO

JUNO.

¿Cómo está mi bondadosa hermana? Ven [conmigo
a bendecir esta pareja para que puedan ser [prósperos,
y se honren con progenie.

CANCION

JUNO.

¡Honor, riqueza, unión bendita,
larga vida y progenitura
os circunden alegres hora a hora! (1).
Junto canta sus bendiciones sobre vosotros.

CERES.

¡Que los frutos de la tierra, la abundancia,
vuestras granjas y graneros nunca se vean [vacíos;
que se acrecienten las viñas con los racimos [compactos;
que se curven las plantaciones bajo el peso [de su rendimiento:
que la primavera llegue para vosotros lo más
al final de la cosecha! [tarde (2)
¡Que la escasez y la necesidad no os aflijan
Tales son las bendiciones de Ceres. [nunca!

FERNANDO.—¡Portentosa visión! ¡Armonioso encantamiento! ¿Seré temerario al suponerlos espíritus?

PRÓSPERO.—Espíritus que gracias a mi arte he hecho salir del fondo de sus retiramientos para que obedezcan hoy a mi fantasía.

FERNANDO.—¡Dejadme vivir aquí siempre! ¡Un padre, una esposa tan maravillosamente raros, hacen de este lugar un paraíso! (JUNO *y* CERES *cuchichean y envían a* IRIS *a ejecutar una orden.)*

PRÓSPERO.—¡Chis! ¡Silencio ahora!... Juno y Ceres cuchichean con aire for-

(1) *My bosky acres,* esto es, «mis campos separados por los setos». *Bosky* equivale a *shubby,* como entiende Onions.

(2) *Dis,* en el texto: *god of the infernal regions* (el dios de las regiones infernales).

(3) *Highest queen of state.* Vertemos *state* por Olimpo, aunque en ningún glosario ni versión lo hemos visto empleado; pero la idea del dramaturgo es clara por demás.

(1) *Hourly joys,* en el folio. *Hourly* es como si dijéramos *marking the hours.* En *La violación de Lucrecia,* verso 327, Shakespeare escribe *hourly dial.*

(2) *At the farthest,* en la edición príncipe; como en *El mercader de Venecia* (acto II, escena II): *at the very furthest.* Hoy se diría *at latest.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mal. Queda todavía algo por ver. ¡Chitón y permaneced mudos, o de lo contrario se romperá el hechizo!

IRIS.

Ninfas, llamadas náyades, de los errantes [arroyuelos,
las de coronas de juncos y miradas inocentes,
abandonad vuestras lindes ondulantes y sobre [este césped
responded a vuestro cometido. Juno os lo [ordena.
Venid, castas ninfas (1), y ayudad a la cele- [bración
de un enlace de amor verdadero. No tardéis.

Entran varias Ninfas

Segadores soliabrasados (2), fatigados del [agosto,
venid de vuestros surcos y apareced alegres;
festejad este día. Calaos vuestros sombreros [de paja de centeno,
que estas tiernas ninfas bailarán con vosotros
una danza campestre.

Entran diversos Segadores, con sus vestidos típicos, y se reúnen con las Ninfas en una graciosa danza. Hacia el fin. PRÓSPERO *se estremece de improviso y habla. Hecho lo cual, todos se desvanecen en el aire, en medio de un ruido extraño y confuso*

PRÓSPERO.—*(Aparte.)* ¡Había olvidado la horrible conspiración del bruto de Calibán y de sus cómplices contra mi vida! ¡Los minutos de su complot se acercan!... *(A los Espíritus.)* ¡Está bien! ¡Partid! ¡Basta!

FERNANDO.—¡Es extraño! Vuestro padre se halla bajo el dominio de alguna emoción que le inquieta fuertemente.

MIRANDA.—Nunca hasta hoy le he visto presa de una irritación tan desordenada.

PRÓSPERO.—Parecéis como emocionado, hijo mío; diríase que algo os conturba. Tranquilizaos, señor. Nuestros divertimientos han dado fin. Esos actores, como había prevenido, eran espíritus todos y se han disipado en el aire, en el seno del aire impalpable; y a semejanza del edificio sin base de esta visión, las altas torres, cuyas crestas tocan las nubes, los suntuosos palacios, los solemnes templos, hasta el inmenso globo, sí, y cuanto en él descansa, se disolverá, y lo mismo que la diversión insustancial que acaba de desaparecer, no quedará rastro de ello (1). Estamos tejidos de idéntica tela que los sueños, y nuestra corta vida se cierra con un sueño (2). Señor, me encuentro contrariado. Perdó-

(1) *Temperate nymphs*, en el orignal. *Temperate* equivale aquí a *chaste*, como en *La doma de la brava*, acto II, escena I.

(2) *You su-bunz'd sicklemen*, en el texto.

(1) Shakespeare ofrece en este pasaje un parecido completo con *La tragedia de Darío*, de lord Sterline, representada en 1603. Uno u otro se han copiado. O *La tempestad* es anterior a dicha fecha (cosa en verdad improbabilísima), o nuestro dramaturgo imitó los siguientes versos de Sterline:

Let greatness of her glassy scepters vaunt.
Not scepters, no, but reeds, soon bruis'd [soon broken:
And let this wordly pompy our wits enchant,
All fades, and scarcely leades behind a to- [ken,
Those golden palace, those gorgerous halls
Wit furniture superflously fair,
Those stately courts, those sky-encount' ring [walls,
Evanish all like vapours in the air.

Como se verá, los dos cuartetos son bellísimos. Si fué Shakespeare el imitador, dió pruebas de su fino gusto.

(2) *Is rounded with a sleep*. Schmidt y Knight dan a *rounded* el sentido de *sorrounded*, y Onions, ultimamente, el de *finis off*. Nosotros, con el verbo cerrar casamos justamente las dos opiniones. Nuestra pequeña vida consciente transcurre entre dos sueños, el de antes y el de después (pensamiento de Cicerón, de Séneca y de otros muchos); pero Shakespeare no da a este pensamiento una interpretación materialista; al contrario; exactamente como Calderon de la Barca en *La vida es sueño*, es el mundo visible el que es una ilusión, en el sentido, si se quiere, de pasajero y transitorio. Nosotros somos espíritus, cuya naturaleza es tener sueños, que no poseen ni más ni menos realidad, les llamemos vida o muerte, sueño o vela. Es el pensamiento constante de Hamlet; si la muerte es un sueño, no es seguro que esté sin sueños (ensueños), y entonces sigue siendo una vida. Esta concepción cuadra con la religión muy poco definida de Shakespeare al fin de su existencia.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

neseme mi debilidad. Mi achacoso cerebro se turba. No os afecte mi franqueza. Si lo tenéis a bien, retiraos a mi gruta y descansad. Daré un paseo o dos para aplacar la agitación de mi ánimo.

FERNANDO y MIRANDA.—Que os tranquilicéis. *(Salen.)*

PRÓSPERO. — ¡Rápido como el pensamiento! *(A* FERNANDO *y* MIRANDA.*)* Gracias. ¡Ven, Ariel!

Entra ARIEL

ARIEL.—A tu pensamiento me ciño (1). ¿Qué deseas?

PRÓSPERO.—Espíritus, debemos prepararnos para hacer frente a Calibán (2).

ARIEL.—Sí, mi dueño. Cuando presentaba a Ceres, pensé hablarte de ello. Pero temí encolerizarte.

PRÓSPERO.—Vuelve a decirme: ¿dónde has dejado a esos bribones?

ARIEL.—Os he contado, señor, que se hallaban encendidamente rojos por la embriaguez; y tan envalentonados, que azotaban el aire por haber tenido la osadía de soplarles el rostro, y golpeaban el suelo por atreverse a besar sus pies. Sin embargo, persistían siempre en su proyecto. Entonces he batido mi tambor: a cuyo son, semejantes a potros bravíos, han enderezado las orejas, alargando los párpados y levantando las narices como si aspiraran la música. Tal encanto sus oídos, que, a modo de becerros, han seguido mis bramidos a través de los ásperos zarzales, erizados genistas (3), puntiagudas aliagas y espinos, que penetraban en sus pies frágiles. En fin, los he dejado hundidos en la cenagosa charca llena de inmundicias que está detrás de vuestra gruta, donde bregan, chapoteando hasta la barba, para desasirse del fétido fango que aprisiona sus pies.

PRÓSPERO. — Bien hecho, pájaro mío. Conserva aún tu invisible figura. Ve a casa y tráeme cuantas antiguallas encuentres que puedan servir de cebo para atrapar a esos ladrones (1).

ARIEL.—Corro, corro. *(Sale.)*

PRÓSPERO.—Un diablo, un diablo por su nacimento, sobre cuya naturaleza nada puede obrar la educación. Cuanto he hecho por él, humanamente posible, ha sido tiempo perdido, completamente perdido. Y así como, al avanzar en edad, su cuerpo se ha quedado más feo, de igual modo su espíritu se ha hecho más corrupto (2). Les deseo una peste a todos, hasta que rujan de dolor.

Vuelve a entrar ARIEL, *cargado de vestidos brillantes, etc.*

Anda, cuélgalos en esa cuerda. (PRÓSPERO *y* ARIEL *permanecen invisibles.)*

Entran CALIBÁN, ESTEBAN *y* TRÍNCULO, *todos mojados*

CALIBÁN.—Os lo suplico, deslizaos silenciosamente, para que el ciego topo no oiga vuestros pasos. Henos ya junto a su gruta.

ESTEBAN.—Monstruo, vuestra hechicería, que según habéis dicho, no es una hechicería maliciosa, ha jugado con nosotros mejor que el Jack.

(1) *Thy thoughts I cleave to.* Según Steevens, *to clave* quiere decir *to unite with closely.*

(2) *To meet with Caliban.* Johnson cree que *to meet* significa en este caso *to play stratagen against stratageh* (oponer estratagema contra estratagema). Nosotros nos atenemos al claro sentido de la dicción textual.

(3) *Sharp furzes,* espinosas genistas, ginestas o hiniestas, nombres diversos de la retama.

(1) *For stale to catch these thieves.* Steevens define la palabra *stale* como un término de caza de altanería, que quiere decir «liga», «lazo», «cepo», «cebo», «aliciente», «incentivo».

(2) Observa Malone (a nuestro juicio, equivocadamente) que, al escribir estas palabras, tal vez pensara Shakespeare en lo que en un momento de cólera dijo Essex de la reina Isabel: «Se ha hecho una vieja de carácter áspero, y su alma es tan deforme como su esqueleto.» Palabras que, de creer a sir Walter Raleigh, le costaron la cabeza. Que Shakespeare debió de tratar al «buen conde»—añadimos nosotros—es más que probable, si se tiene en cuenta la amistad que se profesaron el célebre favorito y Southampton, íntimo de nuestro poeta.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TRÍNCULO.—Monstruo, huelo por todas partes orines de caballo, lo que pone a mi nariz en gran indignación.

ESTEBAN. — Y a la mía igualmente... ¿Lo oís, monstruo? Si me esfuerzo contra vos, vais a ver...

TRÍNCULO.—No eres más que un monstruo perdido.

CALIBÁN. — Mi buen amo, consérvame todavía en tu favor. Sé paciente, pues la presa a que te guío te indemnizará de estos tropiezos. Habla, pues, quedamente. Todo está, no obstante, tan tranquilo como a medianoche.

TRÍNCULO. — Sí; pero perder nuestras botellas en la balsa...

ESTEBAN.—No sólo es una vergüenza, y una deshonra, mostruo, sino una desgracia irreparable.

TRÍNCULO. — Una pérdida que siento más que mi humedad. ¡Sin embargo, éstos son vuestros hechizos sin malicia, monstruo!

ESTEBAN.—¡Quiero volver a buscar mi botella, aunque me vea hundido hasta las orejas por mi trabajo!

CALIBÁN.—Ten calma, por favor, rey mío. Mira ahí, ésa es la entrada de la gruta. No hagas ruido y penetra. Comete el crimen dichoso que te convertirá en dueño perdurable de esta isla, y a mí, tu Calibán, en tu lamepiés.

ESTEBAN.—Dame la mano. Comienzo a acariciar pensamientos de sangre.

TRÍNCULO. — ¡Oh rey Esteban! ¡Oh par! ¡Oh digno Esteban! ¡Mira qué guardarropa hay aquí para ti! (1).

CALIBÁN.—¡Deja eso, idiota! No son más que andrajos.

TRÍNCULO. — ¡Oh! ¡Jo! ¡Monstruo! ¡Sabemos lo que conviene a una prendería!... ¡Oh rey Esteban!

ESTEBAN. — Deja ese vestido, Trínculo! ¡Por estas manos, que me corresponde este vestido!

TRÍNCULO.—¡Lo tendrá tu Gracia!

CALIBÁN.—¡Que ahogue a este imbécil la hidropesía! ¿Qué vais a conseguir con semejantes arreos? ¡Dejadlos ahí, y emprended primero el asesinato! Si se despierta, llenará de pies a cabeza nuestra piel de mordeduras, haciendo de nosotros una extraña criba.

ESTEBAN. — Tranquilizaos, monstruo... *(Poniendo las manos sobre la cuerda.)* Señora cuerda, ¿no es éste mi jubón? Ahora está el jubón bajo la cuerda. Ahora, jubón, vais a perder el cabello y a convertiros en un jubón calvo (1).

TRÍNCULO. — Vamos, no disgustes a Vuestra Gracia; nosotros robaremos con la cuerda y el cordel.

ESTEBAN.—Te felicito por el chiste. Toma por él esta vestidura. No se diga que el ingenio permanece sin recompensa en tanto sea yo rey de este país. «Robar con cuerda y cordel.» ¡Excelente chuscada

(1) Trínculo hace alusión a la célebre balada:

King Stephen was a worthy paer...
(El rey Esteban fué un digno par...),

reproducida por entero en las *Reliquias de la antigua poesía inglesa (Reliques of ancient English poetry)*, de Percy. Ocho versos de este poema encantador son cantados por Yago en la escena de la orgía del acto segundo de *Otelo*. El referido poema parece inspirado a algún cancionero montañés por el soplo helado del Norte. Un contemporáneo de Shakespeare, y enemigo de él por cierto, Roberto Greene, se refiere a la misma canción en un folleto publicado en 1593, que se intiula: *Quip for an upstart Courtier.*

La balada en cuestión, de origen escocés, comienza:

Este invierno ha sido el tiempo muy frío...

Es un diálogo para mujer y hombre, con el estribillo casi invariable de

Echa tu vieja capa sobre ti...

A este estribillo alude Trínculo:

Son tantas las curiosidades que ofrece *La tempestad*, que no pueden tratarse sino en una edición crítica, que en su día publicaremos. Fuerza nos es, por tanto, aunque bien a pesar nuestro, no poder emplear otra extensión aquí.

(1) Juego de palabras intraducible. *Line* significa cuerda y línea del Ecuador. Esteban alude a una enfermedad entonces frecuente entre las personas que pasaban la línea equinoccial.

Nuestro Cervantes trae un pasaje del mismo género en el *Quijote*, que por no dilatar estas notas no incluímos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

de magín! Coge otro vestido por la expresión.

TRÍNCULO. — Acercaos, monstruo; poned liga en vuestros deseos, y arramblad con los demás.

CALIBÁN. — No quiero nada. Perdemos un tiempo precioso, y muy pronto vamos a vernos transformados todos en cirrópodos o monos (1) de villana frente deprimida.

ESTEBAN. — Monstruo, alargad los dedos. Ayudadnos a transportar esto al paraje en que está mi barril de vino, u os expulso de mi reino. Andad, transportadlo.

TRÍNCULO.—Y esto.

ESTEBAN.—Sí, y esto.

Oyese estrépito de cazadores (2). *Entran diversos Espíritus en figura de sabuesos, y persiguen a* CALIBÁN, ESTEBAN *y* TRÍNCULO. PRÓSPERO *y* ARIEL *los azuzan*

PRÓSPERO.—¡Hey, *Montaña*, hey!
ARIEL.—*¡Plata!* ¡Por aquí, *Plata!*

PRÓSPERO.—*¡Furia! ¡Furia!* ¡Aquí, *Tirano*, aquí!... ¡Oye, oye! (CALIBÁN, ESTEBAN *y* TRÍNCULO *huyen a todo correr, perseguidos por los perros.)* ¡Ve, encarga a mis duendes que trituren sus junturas con secas convulsiones; que encojan sus músculos con terribles calambres y que los marquen con más pellizcos que manchas tienen los leopardos o la pantera!

ARIEL.—¡Oye cómo rugen!

PRÓSPERO.—¡Déseles ruda caza! A estas horas todos mis enemigos están a mi merced. Bien pronto mis trabajos tocarán a su fin, y tú gozarás el aire a plena libertad. Sígueme por un poco tiempo todavía y préstame tus servicios (1). *(Salen.)*

---

(1) *Barnacles or to apes.* Se ignora el significado de *barnacles*. El *barnacle*, dice Collins, es una especie de marisco o concha aferrada a la quilla de los navíos, y era una creencia antigua que cuando el *barnacle* se rompía, transformábase en ansarón o ánsar pequeño, opinión que parece robustecida por Hall en su *Virgidemiarum*, donde se lee:

The Scottish barnacle, it I might choose
That of a worme doth waxe a winged goose.

Conjetura que acepta Onions, definiendo así el vocablo: *species of goose formerly supposed to be hatched from the fruit of a tree or from seashells growing on it.*

Así Marston en su *Descontento:*

... like your Scotch barnacle now a block.
Instantly a worm, and presently a preat goose.

Gerard, en su *Herbal* (1597), dice que existen en el norte de Escocia ciertos árboles a los que se adhieren los mariscos (conchas: *shellfishes)*, que al caer al agua se convierten en pájaros.

En Escocia denomínase a estos pájaros *barnacles;* en el norte de Inglaterra, *bran-gese*, y en el Lancashire, *thee-geese*.

En fin, Hollinshed afirma haber visto plumas de *barnacles* «saliendo de las conchas, que tenían cuando menos dos pulgadas».

¡Siempre tan fabuloso el buen Hollinshed!

(2) Anota Grey que posiblemente se acordó aquí Shakespeare de la caza de Arturo *(Arthur's Chace)* a la sazón legendaria en Francia. Una jauría de perros negros iba seguida por cazadores desconocidos sonando las trompetas y cazando una bestia salvaje.

(1) No se escribiría hoy (no se escribirá nunca) una comedia fantástica en que tanto se remonte el vuelo de la imaginación. Nos hallamos en el supremo otoño del dramaturgo, cuando produce *Cimbelino*, el *Cuento de invierno* y *La tempestad*, sus tres obras más raras—raras en el sentido de maravilla y extrañeza—, de conexión íntima, que presentan iguales caracteres de composición y de estilo. Los años de la juventud han pasado; la experiencia de la vida dió sus frutos. Shakespeare ha visto disiparse las ilusiones, las esperanzas sin límites. Ha doblado la curva del aprendizaje de ese rudo maestro que se llama Dolor. Sus comedias *A buen fin no hay mal principio, Medida por medida*, etc., no son ya las brillantes y alegres producciones de pocos años antes. El mundo es en parte malo; la virtud, difícil, y la alegría vélase de un tinte melancólico. Los dramas *Julio César, Hamlet*, etcétera, son profundamente tristes. Pero el artista goza de la plena posesión de sus fuerzas, y las creaciones se suceden rápidas, numerosas, variadas, trágicas como la Historia y sublimes como ninguna otra obra humana.

He aquí el momento de *Cimbelino*, del *Cuento de invierno*, de *La tempestad*. Hay un tiempo para la desesperación como para las desoladoras esperanzas. Después de estas oscilaciones violentas, el instrumento admirablemente justo, ha hallado el equilibrio y el reposo. Más entusiasmo ardiente quizá, mayor misantropía indignada; pero una filosofía indulgente y un poco escéptica. Por lo demás, la imaginación del poeta no ha perdido nada de su poder ni de su resplandor.

Montegut escribe a este respecto: «No que-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO QUINTO

ESCENA UNICA

Ante la gruta de Próspero

Entran PRÓSPERO, *con su vestido mágico y* ARIEL

PRÓSPERO. — Mi proyecto va tocando ahora a su fin. Mis encantos no pierden su poder; obedecen mis espíritus, y este período crítico de mi vida se cumple a tenor de mis deseos. ¿En qué hora estamos?

ARIEL.—En la sexta, hora en que, según me habéis dicho, señor, terminarían nuestros trabajos.

PRÓSPERO.—Así lo dije la vez primera que promoví la tempestad. Dime, genio mío, ¿cómo se hallan el rey y sus compañeros?

ARIEL.—Encerrados juntos, tal y como me lo hubisteis de ordenar, y en el mismo estado en que vos los dejasteis. Todos están presos, señor, en el bosquecillo de limoneros que resguarda vuestra gruta. No les es posible escaparse hasta que les otorguéis la libertad. El rey, su hermano y el vuestro, están los tres entregados a la desesperación. Y los restantes, desolándose por su cuenta, sucumben de dolor y de pesar, particularmente el que vos llamáis *el buen viejo Gonzalo*. Las lágrimas corren a lo largo de su barba como lluvia de invierno sobre los tallos de las cañas. Vuestros hechizos han obrado sobre ellos tan fuertemente, que si ahora los contemplarais, os moverían a compasión.

PRÓSPERO.—¿Lo crees así, espíritu?

ARIEL. — Yo me apiadaría de ellos, señor, si fuese humano.

PRÓSPERO.—Es lo que voy a hacer. Tú, que no eres más que aire, tienes la sensación, el sentimiento de sus aflicciones, y ¿yo no he de compartirlas, siendo uno de su especie; yo, que me apasiono tan vivamente como ellos, no he de compadecerme como tú? Aunque herido en el alma por sus crueles maldades, mi noble corazón, sin embargo, sabrá templar mi

---

remos decir que estas piezas sean superiores a las de los períodos que les han precedido; lo que afirmamos con entereza es que atestiguan un mayor esfuerzo genial. Shakespeare ha tenido inspiraciones grandiosas en sus obras anteriores; mas en ninguna se ha mostrado artista completo. En estas tres piezas (ese aparecer un nuevo sistema dramático, que el gran poeta no ha tenido tiempo de llevar a cabo, relizmente quizá para su gloria. Le sucedió a Shakespeare lo que a todos los grandes artistas, o lo que a Miguel Angel, a Goethe, a Beethoven: a medida que envejecía y que su genio se desembarazaba más de aquella tiranía de las pasiones que le había rodeado en la juventud, los espectáculos habituales de la Naturaleza y los sentimientos geniales del corazón no le bastaban; complacíase en soñar un universo nuevo, o más bien en pintar el universo real con los colores de sus sueños; sentíase arrastrado a penetrar todavía más en las profundidades del corazón humano para descubrir en él los móviles secretos de la acción y para sorprender desde más cerca las pasiones en su fuente misma. De aquí estas combinaciones tan curiosas, tan preciosas, tan raras, de realidad y de ideal, de fantasía y de lógica, de sinceridad y de ficción, que tienen por nombres el *Cuento de invierno*, *Cimbelino* y *La tempestad*. Son lo más sutil, lo más fino que sea dable prever, sin que la concepción poética pierda en manera alguna su sustancia y se evapore en la abstracción. En las tres obras encuéntrase el equilibrio más perfecto; pero también el más frágil que haya alcanzado poeta alguno en las combinaciones de la Naturaleza y del sueño. Un paso más en esta vía y Shakespeare se hubiera salido de la Naturaleza. Llegada la muerte antes de esta hora, impidió al gran poeta caer en esas abstracciones coloreadas que se le reprochan a la vejez de Goethe y en esas oscuridades enigmáticas que se pretenden hallar en los últimos cuartetos del gran Beethoven.»

¡La muerte arrebató a Shakespeare para que en su obra no se descubriese ninguna arruga!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cólera. Más elevado mérito se alberga en la virtud que en la venganza. Pues ellos se arrepienten, he llegado al fin de mi proyecto y no lo sobrepasará un fruncimento de cejas. Anda, ponlos en libertad, Ariel. Romperé mis encantos, restituiré su razón y los devolveré a sí mismos.

ARIEL.—Voy a buscarlos, señor. *(Sale.)*

PRÓSPERO.—Sílfides de las colinas, de los riachuelos, de los lagos numerosos y de los bosquecillos; y vosotras, las que, sin dejar en las arenas huella de vuestras plantas (1), perseguís a Neptuno cuando se retira y le huís cuando retorna; vosotros, duendecillos, que al claro de la luna trazáis esos círculos de hierbas amargas que la oveja no quiere pacer (2); y vosotros, cuya ocupación consiste en hacer brotar los hongos a medianoche, que os regocijáis al oír el solemne toque de queda, con cuya ayuda (aunque sois débiles maestros) he oscurecido el sol a mediodía, despertado los vientos procelosos y levantado una guerra rugiente entre el verdoso mar y la bóveda azulada. He inflamado el trueno de fragor espantable y henchido la robusta encina de Júpiter con su propio rayo. Conmoví los promontorios sobre sus sólidas bases y arranqué de raíz el pino y el cedro. A mi mando se han abierto las tumbas, han despertado a sus durmientes, y los han dejado partir, gracias a mi arte potentísimo. Pero aquí abjuro de mi negra magia; y cuando haya conseguido una música celeste (como ahora reclamo) para que el hechizo aéreo obre según mis fines sobre los sentidos de esos hombres, romperé mi varita mágica, la sepultaré muchas brazas bajo tierra, y a una profundidad mayor de la que pueda alcanzar la sonda sumergiré mi libro. *(Música solemne.)*

Entra de nuevo ARIEL. *Detrás,* ALONSO, *haciendo muecas frenéticas, seguido de* GONZALO. *Luego,* SEBASTIÁN *y* ANTONIO, *de igual suerte, acompañados de* ADRIÁN *y* FRANCISCO. *Todos penetran en un círculo trazado por* PRÓSPERO, *y en él permanecen bajo el encanto.* PRÓSPERO *los contempla y habla*

(A ALONSO.) ¡Que una melodía solemne, el mejor reconfortante para una imaginación desarregalada, calme tu cerebro, ahora inútil, y lo encaje en tu cráneo! ¡Permaneced ahí, pues os halláis inmovilizado por el hechizo!... Virtuoso Gonzalo, honorable varón, mis ojos asociados al espectáculo de tus lágrimas, vierten lágrimas fraternales. El encanto se disipa poco a poco; y como la mañana se introduce furtivamente en la noche, disolviendo las tinieblas, así sus sentidos se despiertan, comenzando a arrojar los vapores de la ignorancia que oscurecían la claridad de su razón... ¡Oh buen Gonzalo, mi verdadero salvador y leal guardián de aquel a quien acompañaste, quiero pagar tu sacrificio al retorno, así en palabras como en obras!... Alonso, nos has tratado con la mayor crueldad a mí y a mi hija. Tu hermano fué cómplice en la acción... ¡Ya estás castigado, Sebastián!... ¡Vos, mi carne y mi sangre, mi hermano, que poseído de la ambición ahogasteis el remor-

(1) Todo este pasaje se halla tomado de la *Medea*, de Ovidio, lo que corrobora, dice el comentador Halt, que Shakespeare conocía la opinión de los antiguos sobre los encantamientos. Los versos originales comienzan así:

Auroeque, et venti, montesque, amnesque lacusque,
Diique omnes nemorum, diique omnes noctis adeste...

Shakespeare reproduce la traducción de Golding *(Los quince libros de P. Ovidius Naso,* por Arthur Goding. *In quarto.* Londres, 1567), que es bastante incorrecta. A este propósito, Edmundo Malone inserta en su edición de 1780 el pasaje referido, transcribiendo en cursiva las expresiones tomadas por nuestro dramaturgo. Es muy extenso y no lo reproducimos por no fatigar al lector.

(2) *Do the green sour ringlets make whereof the ewe not bites,* en el texto. Refiérese a unos cercos muy comunes en las costas de Inglaterra, rodeados de hierba muy crecidas, y que, en efecto, rehusan las ovejas a causa de su amargor, de donde sin duda les vino el nombre de círculos encantados *(fairy circles).*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dimiento y la naturaleza; que con Sabestián (cuyas torturas secretas son por ello más grandes) quisisteis aquí asesinar a vuestro rey, por desnaturalizado que seas, te perdono!... Sus inteligencias comienzan a flotar; la marea que se aproxima cubrirá pronto las riberas de su razón que todavía permanecen infectas y fangosas. Ninguno hasta el presente me ha mirado ni reconocido... Ariel, ve a buscarme el sombrero y la espada, que están en la gruta. *(Sale* ARIEL.) Voy a cambiar de vestidos y a presentarme como era en otro tiempo en Milán... ¡Apresúrate, espíritu; bien pronto serás libre!

Nuevamente torna a entrar ARIEL, *cantando, y ayuda a* PRÓSPERO *a vestirse*

ARIEL.

Donde prende la abeja, allí prendo yo.
Poso en la campanilla de una primavera (1).
Allí me recojo cuando grita el buho.
Vuelo sobre el dorso del murciélago,
después del verano, alegremente.
Alegremente, alegremente viviré ahora
bajo el capullo que pende del tallo.

PRÓSPERO.—¡Bravo, mi gentil Ariel! ¡Mucho te echaré de menos; pero, no obstante, serás libre!... Así, así, así... (2). Corre el navío del rey, invisible como estás. Allí encontrarás a los marineros durmiendo bajo las escotillas. Una vez despiertos el capitán y el contramaestre, condúcelos aquí y lo más rápidamente posible, te lo ruego.

(1) *In a cowslip's bell I lie,* en el folio. Drayton parece haberse acordado de esta expresión en su *Nymphida,* donde se lee:

At minight, the appointed hour;
And for the queen a fitting bower,
Quoth he, is that fair cowlip flower
On Hipcut hill that bloweth.

Ignórase la fecha de este poema de Drayton, por lo cual es imposible establecer si ha imitado a Shakespeare, de quien era muy amigo, o si éste le imitó a él.

(2) *So, so, so.* Observaciones a Ariel sobre algún detalle de los vestidos de Próspero, o exclamaciones de éste sobre la última mano del arreglo de aquéllos.

ARIEL.—Beberé los vientos delante, y estaré de vuelta antes que vuestro pulso dé dos pulsaciones.

GONZALO. — ¡Tormentos, turbaciones, asombros, estupefacción, todo revuelto, residen aquí! ¡Que algún poder celestial nos saque de esa espantosa isla!

PRÓSPERO.—¡Contempla, soberano rey, a Próspero, el ultrajado duque de Milán! Para mayor seguridad de que es un príncipe viviente quien te habla, te estrecho en mis brazos y te doy una cordial bienvenida a ti y a tus compañeros.

ALONSO.—Si lo eres o no, o alguna forma encantada para abusar de mí, como ya he observado, lo ignoro... Tu pulso late como si fuera de carne y sangre, y desde que te he visto se mejora la aflición de mi alma, con lo cual temo que se apodere de mí la locura. Todo esto (si verdaderamente ha sucedido) es una extraña historia. Renuncio a tu ducado y te ruego me perdones mis faltas... Pero ¿cómo es posible que Próspero viva y esté aquí?

PRÓSPERO. — *(A* GONZALO.) ¡Primero, noble amigo, déjame estrechar tu vejez, cuyo honor no puede medirse ni aquilatarse!

GONZALO.—Sea esto o no un sueño, no podría jurarlo.

PRÓSPERO.—Os halláis aún bajo ciertas fascinacaiones de la isla (1), lo que os impide creer en la realidad de las cosas... ¡Sed todos bien venidos, amigos!... *(Aparte, a* SEBASTIÁN *y* ANTONIO.) En cuanto a vos, mi par de señores (2),

(1) *Some subtleties o'the isle,* en el texto. *Subtlety* equivale a *ilusión.* Con todo, el vocablo no está completamente definido. Para Onions es *a fantastic device in pastry or confectionery.* En la época de Shakespeare de nominábase *subtleties* a los dragones, los castillos y los árboles en azúcar; es decir, los refinamientos de confitería. *Subtle* en inglés significa fino, delicado, etc. Nosotros hemos vertido *subtleties* por «fascinaciones», atendiendo al sentido, bien que sin ilusiones mucho acerca de la exactitud.

(2) *My brace of lords. Brace* empléase aquí como término de menosprecio aludiendo a personas. En otras ocasiones nuestro dramaturgo lo usa con referencia a perros, como en

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

si quisiera podría hacer atraer hacia vos la cólera de Su Alteza y desenmascararos como traidores; por el momento, nada he de contarle.

SEBASTIÁN.—*(Aparte.)* El diablo habla por él.

PRÓSPERO.—No... *(A* ANTONIO.*)* Respecto de vos, el más malvado de todos, a quien no podría llamar hermano sin infectar mi boca, te perdono tu más negra infamia, todas las infamias, y reclamo de ti mi ducado, que estarás, según creo, dispuesto a devolverme.

ALONSO.—Si eres Próspero, danos detalles de tu salvación. Cuéntanos cómo nos has hallado aquí a nosotros, que hace tres horas naufragamos sobre esta ribera, donde he perdido (¡cómo me desgarra el alma su recuerdo!) a mi querido hijo Fernando.

PRÓSPERO.—Lo siento, señor.

ALONSO.—La pérdida es irreparable, y la paciencia me dice que nada la puede calmar.

PRÓSPERO.—Más bien pienso que no habéis implorado su auxilio. Yo reclamé la ayuda de su dulce gracia para una pérdida semejante, y reposo contento.

ALONSO.—¿Vos una pérdida semejante?

PRÓSPERO.—Tan grande para mí y tan reciente como la vuestra, y para ayudarme a soportar tan querida falta tengo medios mucho más débiles que los que vos podéis llamar para que os conforten. Porque yo he perdido a mi hija.

ALONSO.—¿Una hija? ¡Oh cielos! ¡Que no estuvieran ambos, vivos, en Nápoles, y fuesen allí el rey y la reina! Por ello desaría hallarme sepulto en el fangoso lecho donde descansa mi hijo. ¿Cuándo habéis perdido a vuestra hija?

PRÓSPERO.—En la última tempestad. Noto que estos señores se hallan tan estupefactos por el encuentro, que pierden la razón, y a duras penas dan crédito al testimonio de sus ojos, ni se imaginan que mis palabras son humanas. Pero sea cual fuere la turbación de vuestros sentidos, tened por seguro que soy Próspero y el duque mismo que fué expulsado de Milán, quien desembarcó de la manera más extraña en esta ribera donde habéis naufragado, para convertirse en su dueño. Pero no hablemos más del asunto; porque es una crónica para narrarse a diario, no una relación de sobremesa, ni conveniente a esta primera entrevista. Sed bien venido, monarca. Esta gruta es mi corte. Aquí tengo escasos servidores, y afuera ningún súbdito. Contempladla, os ruego. Ya que me habéis restituído mi ducado, quiero indemnizaros con un rico presente, o, al menos, ofreceros un espectáculo maravilloso, que os causará tanto placer como a mí vuestra restitución.

Abrese la entrada de la gruta, y aparecen FERNANDO *y* MIRANDA *jugando al ajedrez* (1)

MIRANDA. — Dulce sueño, me hacéis trampas.

FERNANDO.—No, mi carísimo amor; no las haría por lo que vale el mundo.

MIRANDA.—Sí; porque yo os lo permitiría por una veintena de reinados, y lo calificaría de juego limpio.

ALONSO.—Si es también una visión de la isla, habré perdido dos veces a mi adorado hijo.

SEBASTIÁN.—¡Es el milagro más portentoso!

FERNANDO. — ¡Aunque los mares amenacen, tienen misericordia! ¡Los he maldecido sin causa! *(Postrándose ante* ALONSO.*)*

ALONSO.—¡Ahora, que todas las bendiciones de un padre venturoso lo circunden! Levántate y dime cómo estás aquí.

---

la *Tercera parte del rey Enrique VI* (acto II, escena V); *bruce of greyhounds.*

(1) Al decir de Steevens, Shakespeare no se hubiera arriesgado a hacer jugar al ajedrez a Fernando y a Miranda, de no venirle el ejemplo de la famosa novela *Huon de Burdeos.* (Véase el capítulo LIII, edición de 1601: *De cómo el rey Ivoryn hizo a su hija jugar al ajedrez con Huon.)* ¿No será pueril Steevens?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MIRANDA. — ¡Oh prodigio! ¡Qué arrogantes criaturas son éstas! ¡Bella humanidad! Oh espléndido mundo nuevo, que tales gentes produce!

PRÓSPERO.—Nuevo, en efecto, es para ti.

ALONSO. — ¿Quién es esta joven con quien jugabas? Vuestras antiguas relaciones no deben remontarse a tres horas. ¿Es la divinidad que nos ha separado y nos reúne ahora?

FERNANDO.—Señor, es mortal; pero por una inmortal Providencia es mía. La elegí cuando no podía solicitar de mi padre el consentimiento, ni contaba con él ya. Es hija de este famoso duque de Milán, de quien oí hablar tantas veces, pero a quien no conocí hasta ahora; de quien he recibido una segunda vida y a quien considero mi segundo padre por esa joven.

ALONSO. — Y yo el suyo. Pero oh!... ¡Qué tremendo es para mí el que haya de pedir perdón a mi hija por el pasado!

PRÓSPERO. — Deteneos ahí, señor. No carguemos nuestros recuerdos con pesadumbres idas.

GONZALO.—¡A no vedármelo mis lágrimas internas, hubiera hablado ya! ¡Inclinad vuestras miradas, dioses, y esparcid sobre esta pareja una corona de bendiciones! Porque habéis sido vos quien ha trazado la senda que nos ha conducido aquí.

ALONSO.—Yo digo amén, Gonzalo.

GONZALO. — ¿Fué Milán expulsado de Milán para que su descendencia reinase en Nápoles? ¡Oh! ¡Que nuestras alegrías rebasen las alegrías ordinarias y escríbase esto en letras de oro sobre columnas imperecederas! En un viaje, Claribel ha encontrado marido en Túnez, y Fernando, su hermano, una esposa donde él propio se había perdido; Próspero, su ducado en una isla miserable; y todos nosotros, a nosotros mismos, cuando ningún hombre se pertenecía.

ALONSO. — *(A* FERNANDO *y* MIRANDA.) ¡Dadme las manos! Que la tristeza y el pesar apriete el corazón de los que no deseen vuestra ventura!

GONZALO.—¡Así sea! ¡Amén!

Vuelve a entrar ARIEL *con el* CAPITÁN *y el* CONTRAMAESTRE, *que le siguen, dando señales de estupefacción*

¡Oh, mirad, señor! ¡Mirad, señor! He ahí más de los nuestros. Profeticé que si había una horca en tierra, no se ahogaría ese camarada. Ahora, blasfemo, que jurabas a bordo por la menor cosa, ¿no te ha quedado ningún juramento para la orilla? ¿Qué hay de nuevo?

CONTRAMAESTRE.—La mejor novedad es que hemos hallado sanos y salvos al rey y a su comitiva. La otra es que nuestra nave (que hace tres arenas (1) creímos hecha pedazos) se halla intacta, carenada y provista de todos sus aparejos como la primera vez que nos hicimos a la mar.

ARIEL.—*(Aparte, a* PRÓSPERO.) Señor, he realizado todo ello desde que partí.

PRÓSPERO.—*(Aparte, a* ARIEL.) ¡Oh mi hábil Ariel!

ALONSO.—Estos acontecimientos no son naturales. Vamos de extrañeza en extrañeza. Decid, ¿cómo habéis venido aquí?

CONTRAMAESTRE.—Si creyera, señor, estar bien despierto, procuraría contároslo. Estábamos muertos de sueño, y (cómo, es lo que ignoramos) aprisionados bajo las escotillas, cuando, de repente, unos ruidos tan extraños como diversos, de rugidos, gritos, ladridos, choque de cadenas y toda clase de alborotos horribles, nos despertaron. Acto seguido nos encontramos en libertad, y volvimos a ver, en su posición, aparejado, nuestro real, excelente y arrogante navío. Nuestro capitán, a vista de ello, ha brincado de alegría, y en un abrir y cerrar de ojos, como en un sueño, si os place, nos hemos visto separados unos de otros y después conducidos aquí, todos aturdidos.

(1) *Three glasses.* Llámase *arena* al reloj de una hora.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ARIEL.—*(Aparte, a* PRÓSPERO.) ¿Ha estado bien hecho?

PRÓSPERO.—*(Aparte, a* ARIEL.) ¡Perfectamente, presuroso espíritu! ¡Serás libre!

ALONSO.—Este es el más asombroso dédalo en que se hayan extraviado los hombres, y hay en todo este asunto algo más de lo que corresponde a las vías de la Naturaleza. Será preciso un oráculo para rectificar nuestro pensamiento.

PRÓSPERO.—Señor, soberano mío, no os torturéis el ánimo pretendiendo buscar la causa de la extrañeza de este negocio. En un momento de oportunidad (1), que no está lejano, os explicaré cada uno de los accidentes sobrevenidos, que, aunque sorprendentes, os parecerán sencillos. Hasta entonces, mostraos satisfecho y pensad que todo está bien. *(Aparte, a* ARIEL.) Ven aquí, espíritu. Liberta a Calibán y a sus compañeros. Deshaz el encanto. *(Sale* ARIEL.) ¿Cómo se encuentra mi bondadoso señor? Entre vuestros compañeros faltan todavía algunos pícaros de quienes no os acordáis.

Entra nuevamente ARIEL, *trayendo a* CALIBÁN, ESTEBAN *y* TRÍNCULO *tocados con las vestiduras robadas*

ESTEBAN.—Que cada cual se preocupe de los demás y nadie cuide de sí propio, porque todo depende del Destino. *¡Coraggio,* fanfarrón, monstruo! *¡Coraggio!*

TRÍNCULO.—Si me son fieles estos espías que traigo en la cabeza, aquí hay un estupendo espectáculo.

CALIBÁN.—¡Oh Setebos! ¡Bravos espíritus, en verdad! ¡Qué lindo está mi amo! ¡Mucho temo que me castigue!

SEBASTIÁN.—¡Ja, ja! ¿Qué individuos son éstos, mi señor Antonio? ¿Están en venta?

ANTONIO.—Muy posible. Uno de ellos es verdaderamente un pez, y a no dudar, mercable.

PRÓSPERO.—Mirad, señor, el aspecto de estos hombres y decidme ahora si son honrados... Este tuno deforme tenía por madre a una bruja, cuyo dominio era tal (1), que influía en la luna, hacía subir y bajar las mareas y asumía sus funciones sin hallarse revestida de su poder. Los tres me han robado; y este medio demonio (pues es bastardo de uno) había tramado con ellos quitarme la vida. Dos de estos galanes debéis reconocerlos como de vosotros; este objeto de las tinieblas lo reconozco yo como mío.

CALIBÁN.—¡Voy a ser punzado hasta morir!

ALONSO.—¿No es ése Esteban, mi despensero borracho?

SEBASTIÁN.—¡Está ebrio ahora! ¿Dónde habrá encontrado vino?

ALONSO.—¡Y Trínculo se tambalea! ¿Dónde han podido hallar el gran licor que así los ha dorado? (2). ¿Cómo estás en ese estado?

TRÍNCULO.—Estoy convertido en esta especie de salmuera desde la última vez

(1) *At pick'd leisure. Leisure* tiene aquí el sentido arcaico, renovado, de *opportunity.* Cf. el griego σχολη.

(1) *His mother was a witch, and one so strong...* Fraseología de la época. Cuando se publicaron los estatutos contra la brujería, numerosas personas, impulsadas por la ignorancia o el resentimiento, acusaron a sus vecinas de hechicería, conduciéndolas a los tribunales. Ha observado el comentarista Reed que al nombre de *witch* (bruja) la acusación añadía siempre *and one so strong* (y una tan poderosa), adición que tenía probablemente por objeto el que los jueces exagerasen el castigo.

(2) *This gram liquor that hatr gilden them?* Refiérese al jerez, y los comentadores concuerdan en que Shakespeare debió de escribir *elixir* en vez de *liquor,* haciendo alusión al gran elixir de los alquimistas, que daba la juventud y la inmortalidad, y que se componía de oro potable, el mismo oro potable de que habla nuestro dramaturgo en *Antonio y Cleopatra:*

How much art thou unlike Mark Antony?
Yet coming from him, that great medicine
With his tinct gilden thee. [hath.

Shakespeare asimila aquí a este oro potable el jerez de que han hecho abuso Esteban, Calibán y Trínculo. La comparación era frecuente. En *Every man in his humour,* Ben Jonson dice que el jerez es el elixir y el genio (el espíritu del vino. En los *Amantes ce-*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que os vi. Temo hallarme en confite hasta los huesos. No me importan las picaduras de las moscas.

SEBASTIÁN.—¡Hola! ¿Qué hay, Esteban?

ESTEBAN.—¡Oh! ¡No me toquéis! ¡No soy Esteban! ¡Sólo soy un calambre!

PRÓSPERO.—¿Querías ser rey de la isla, pícaro?

ESTEBAN.—Hubiera sido entonces un rey estupendo.

ALONSO.—*(Señalando a* CALIBÁN.) ¡Es el ser más extraño que he visto en mi vida!

PRÓSPERO.—Sus costumbres son tan monstruosas como su figura. Id a mi gruta, tuno, con vuestros compañeros. Si queréis obtener mi perdón, arregladla cuidadosamente.

CALIBÁN.—Sí, lo haré, y desde hoy en adelante seré más razonable y buscaré vuestra complacencia... ¡Qué séxtuple asno era, al tomar por un dios a este borracho e inclinarme ante este idiota lúgubre!

PRÓSPERO.—¡Vamos, aprisa!

ALONSO.—¡Fuera de aquí y dejad esos pingajos donde los habéis hallado!

SEBASTIÁN.—O, más bien, robado. *(Salen* CALIBÁN, ESTEBAN *y* TRÍNCULO.)

PRÓSPERO.—Señor, invito a Vuestra Alteza y su séquito a mi humilde gruta, donde podéis descansar esta noche; y donde (una parte de ella) os haré tales relatos que, a no dudar, transcurrirá con rapidez. Os contaré la historia de mi vida, los accidentes particulares sucedidos desde mi llegada a esta isla; y a la madrugada os conduciré a vuestro navío y luego a Nápoles, donde espero presenciar las bodas solemnes de nuestros caros enamorados. En seguida me retiraré a Milán, donde de cada tres de mis pensamientos, uno se consagrará a mi tumba.

ALONSO.—Me impaciento por escuchar la historia de vuestra vida, que resonará maravillosamente en mis oídos.

PRÓSPERO.—Os lo relataré todo. Y os prometo una mar tranquila, vientos favorables y velas tan rápidas que pronto habréis rebasado a vuestra real flota... *(Aparte, a* ARIEL.) Mi Ariel, mi polluelo, éste es tu servicio. ¡Inmediatamente recobra en los elementos tu libertad, y adiós!... Acercaos, si os place. *(Salen.)*

EPILOGO

Recitado por PRÓSPERO

Ahora quedan rotos mis hechizos
y me veo reducido a mis propias fuerzas,
que son muy débiles. Ahora, en verdad,
podríais confinarme aquí
o remitirme a Nápoles. No me dejéis,
ya que he recobrado mi ducado
y perdonado al traidor,
en esta desierta isla por vuestro sortilegio,
sino libradme de mis prisiones
con el auxilio de vuestras manos.
Que vuestro aliento gentil hinche mis velas,
o sucumbirá mi propósito,
que era agradaros. Ahora carezco
de espíritus que me ayuden, de arte para encantar,
y mi fin será la desesperación,
a no ser que la plegaria me favorezca,
la plegaria que conmueve, que seduce
a la misma piedad, que absuelve toda falta.
Así, vuestros pecados obtendrán el perdón,
y con vuestra indulgencia vendrá mi absolución (1).

---

losos llama Pandolfo un jarro de elixir a una medida de nuestro jerez, entonces y ahora el primer vino del mundo. Con todo, nosotros creemos que *liquor* se halla bien empleado.

(1) *As you from crimes would pardon'd be,*
Let your indulgence set me free.

Todo final de obra o pasaje de importancia lo resume Shakespeare con un pareado, como cerrando la cadencia métrica.

FIN DE «LA TEMPESTAD»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

OBRAS LIRICAS



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

VENUS Y ADONIS

(VENUS AND ADONIS)

Vilia miretur vulgus; mihi flavus Apollo
Pocula Castalia plena ministret aqua.

(OVIDIO: *I, Amores*, XV, 35-6.)

AL MUY HONORABLE ENRIQUE WRIOTHESLY, CONDE DE SOUPTHAMPTON Y BARÓN DE TITCHFIELD

Muy honorable señor:

No se me alcanza en qué grado ofenderé a Vuestra Señoría al dedicarle mis incorrectos renglones, ni hasta qué punto me censurarán las gente por haber elegido apoyo tan robusto para tan débil carga. Bastará, no obstante, con que Vuestro Honor quede satisfecho, para que yo me considere altamente favorecido, y me comprometa a obtener producto de todas mis horas de ociosidad, y así ofreceros el homenaje de un trabajo de mayor valía. Pero si el primogénito de mi invención resulta deforme, lamentaré haberle dado tan noble padrino y nunca volveré a cultivar (1) *terreno tan estéril, temeroso de que siempre recoja tan mala cosecha.*

A vuestro superior juicio lo encomiendo, y a Vuestra Gracia para regocijo de su corazón. ¡Que éste responda a vuestros anhelos íntimos y a las halagadoras esperanzas del mundo!

De Vuestro Honor, con todo respeto,

GUILLERMO SAHESPEARE.

VENUS Y ADONIS

No bien el sol de semblante purpúreo acababa de recibir el último adiós de la aurora en lágrimas, Adonis, el doncel de mejillas de rosa, corría a los placeres de la caza: amaba la caza, pero se reía con desdén del amor.

Venus, oprimida por el deseo (1), va en derechura hacia él, y, como un atrevido pretendiente, le hace por asalto la corte.

*

(1) *Sick-thoughter*, en el original, que Onions interpreta acertadamente por *oppressed with desire*.

(1) *Never ofter ear;* es decir, *plough*. Así la dedicatoria como el resto del poema están escritos en un eufuismo templado—especie de nuestro cultismo—, en que Shakespeare rinde tributo a la moda del tiempo, apasionado de los escritos de John Lyly.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

«Tú, tres veces más bello que yo misma—comienza a decirle—; tú, flor principal de la pradera, imponderable perfume; tú, prodigio entre todas las ninfas, más adorable que un hombre, más blanco y carmíneo que las palomas o las rosas, la Naturaleza que te ha creado, en competencia con ella misma, dice que el mundo tendrá fin con tu existencia...

★

...Consiente, portento de hermosura, en apearte de tu corcel, y sujeta con las riendas su cabeza arrogante al arzón de la silla. Si te dignas concederme este favor, prometo compensártelo revelándote mil secretos deliciosos. Ven y siéntate aquí, donde nunca silba la serpiente; que no bien lo hagas, te ahogaré con mis besos...

★

...Y, sin embargo, no se ahitarán tus labios con una empalagosa hartura, sino más bien sentirás hambre en medio de su abundancia, haciéndolos encenderse y palidecer con renaciente variedad. Diez besos parecerán uno solo, y uno solo durará como veinte. Un día de verano será una hora fugaz, derrochada la existencia en goces que hacen perder la noción del tiempo.»

★

Con esto, apodérase de su palma, tibia de sudor, nuncio de vitalidad y plenitud de sangre; y, enfebrecida en su pasión, lo llama bálsamo, soberano ungüento de la tierra para la cura de una diosa. Ya en pleno delirio, el deseo le da fuerzas para arrancarle valerosamente de su caballo.

★

Sobre uno de los brazos penden las riendas del brioso corcel; sostiene con el otro al tierno mancebo, que se ruboriza y enoja con triste desdén, indiferente al apetito y sin arte para acariciar. Ella está encendida y ardiente como los carbones inflamados por el fuego; él, rojo de vergüenza, pero helado en estímulos.

★

Ata ella con diligencia a una rama nudosa la claveteada brida (¡oh, qué vivo es el amor!). Ya está colocado el caballo en lugar propicio, y ahora intenta hacer la prueba con el jinete. Le empuja de espaldas, haciéndole caer, tal como quisiera verse derribada, y aunque le domina por la fuerza, no lo consigue por la concupiscencia.

★

Apenas tendido en tierra, ella se coloca a su lado, codo y cadera de ambos apoyados uno sobre otro. Ora le golpetea las mejillas, ora él frunce el entrecejo y principia a reprocharla; pero inmediatamente le cierra ella la boca. y, besándole, le dice en el entrecortado lenguaje pasional: «Como intentes regañarme, no se desplegarán nunca tus labios.»

★

El está enardecido por una vergüenza pudorosa; ella apaga con sus lágrimas el fuego virginal de sus mejillas; y después con el aliento de sus suspiros y el abaniquear y rozar de sus cabellos de oro, intenta secar las que ha derramado. El la trata de entremetida y vitupera su mala conducta. Lo restante del discurso lo mata ella con un beso.

★

Igual que un águila hambrienta, a que el ayuno ha exasperado, destroza con su pico las plumas, carne y huesos, y batiendo las alas todo lo devora febrilmente hasta hartarse o dar fin de su presa, así ella devora a besos su frente, sus

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mejillas, su barba, repitiendo por donde ha terminado.

★

Obligado a resignarse, mas nunca a obedecer, está tendido palpitando, y exhala su aliento al rostro de ella. De este vapor, cual de un botín, se nutre la diosa, llamándolo celeste rocío, aire de gracia. Y anhela que sus mejillas se convirtiesen en jardines llenos de flores para que de continuo estuvieran humedecidas por la destilación de semejante aljófar.

★

¡Mirad! Cual pájaro ligado en la red, así yace Adonis cautivo en sus brazos. El puro candor, la resistencia humillada, despiertan su cólera e infunden un acrecentamiento de hermosura a sus ojos airados. La lluvia agregada a un río que corre a raudales, le forzará por fuerza a franquear sus bordes.

★

Sigue ella implorando, e implora gentilmente, pues a un oído gentil modula sus plegarias. Sigue él siempre mohino, siempre amenazador y enojado. entre la vergüenza al rojo carmesí y la cólera de palidez de ceniza. Cuando enrojece, ella siente por él más pasión; y, al emblanquecer, todavía esta pasión se aumenta con un transporte más vivo.

★

Sea cual fuere el aire que adopte, ella no puede prescindir de amarle, y por su bella mano inmortal jura no apartarse nunca de su tierno seno, en tanto no haya capitulado ante el ataque de sus lágrimas, que no ha cesado de correr inundando sus mejillas. ¡Un solo y dulce beso satisfará esta deuda innumerable!

★

Con tal promesa alza él la frente, como un somormujo, asomándose por entre las ondas, que, si es visto, se sumerge vivamente en el agua; así ofrece otorgar lo que ella le pide; pero cuando su boca se dispone ya a recibir el pago, cierra él los ojos y vuelve los labios a otra parte.

★

Jamás viajero alguno, en el rigor del estío, ansió beber tanto como ella esta deliciosa concesión. Con el bien a la mano, el bien se le escapa (1). Fresca en su líquido, todavía ha de abrasarse en su fuego. «¡Oh, piedad, niño de corazón de roca!—comienza a gemir—. Sólo te pido un beso. ¿Por qué te muestras tan esquivo?...

★

...Tal como ahora te cortejo, he sido cortejada hasta por el fiero y terrible dios de la guerra, cuya altanera cerviz no se dobló jamás con la batalla, pues triunfa en todo combate en que se encuentra. El ha sido mi cautivo y mi esclavo, y ha mendigado lo que tú alcanzarás sin pedírmelo...

★

...Sobre mis altares ha depuesto su lanza, su abollado escudo, su triunfante cimera, y por mi amor ha ensayado bailes y juegos, ha aprendido a bromear, a loquear, a divertirse, a sonreír, a chancearse, desdeñando su bronco tambor y sus rojas banderas, y haciendo de mis brazos su campo, y su tienda en mi lecho...

★

...Así dominé a ese dominador, y prisionero le tengo en una cadena de encarnadas rosas. El acero de más gigan-

(1) *Her help she sees, but help she cannot get.* Literalmente: «Ella contempla su remedio; mas este remedio no puede conseguirlo.»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tesco temple obedecía a su fuerza aún más gigante; y, sin embargo, fué el esclavo de mi frío desdén. ¡Oh, no seas soberbio ni te jactes de tu poder porque dominas a la que desbarató al dios de los combates!...

★

...Roza siquiera mis labios con tus labios bellos; que, aunque no tan bellos los míos, son de grana también. El beso será de los dos por igual... ¿Qué miras sobre el césped? Alza la cabeza, fíjate en mis pupilas, donde se refleja tu gracia. ¿Por qué, pues, no se unen labios con labios, cuando ya se contemplan ojos en ojos?...

★

...¿Sientes vergüenza de besar? Pues entorna otra vez los ojos; yo te imitaré, y el día se semejará a la noche. El amor instituye sus fiestas donde dos se encuentran a solas. Abandónate sin temor. Nuestro gozo se realizará sin testigos. Las violetas de venas azules sobre que reposamos nunca delatarán ni podrán concebir lo que apetecemos...

★

...La tierna primavera que resplandece en tus labios tentadores revela tu poca madurez; pero estás bien hecho para ser gustado. Aprovecha el tiempo; no desperdicies la ocasión propicia; la belleza no debe malgastarse en sí propia. Las flores tempranas que no se cogen en su punto se marchitan y consumen en breve...

★

...Si yo fuera fea de cara, horrible, de vejez rugosa, de toscos modales, contrahecha, salvática, de voz ronca, decrépita, menospreciada, reumática y fría, cegata, estéril, flaca y sin jugo, entonces pudieras vacilar, pues no sería digna de ti; mas no teniendo defecto alguno, ¿por qué me aborreces?...

★

...No puedes divisar una arruga en mi frente. Mis ojos son azules y luminosos, de una viva movilidad. Mi belleza, como la estación florida, se renueva cada año; mis carnes son rollizas y delicadas; mi medula, ardiente; mi mano, húmeda y suave, se disolvería al contacto de la tuya o parecería fundirse en tu palma...

★

...Ordéname que charle, y encantaré tus oídos; pídeme, y como un hada me deslizaré sobre el césped; o, semejante a una ninfa de largas trenzas desmelenadas, danzaré sobre la arena sin dejar rastro. El amor es espíritu, todo él llama impalpable, no propenso a la ley de gravedad, sino ligero, que asciende y se evapora...

★

...Testigo, este lecho de prímulas en que reposo. Estas frágiles flores me sostienen cual si fuesen árboles robustos. Dos débiles palomas me arrastran a través de los aires, desde por la mañana hasta la noche, allí donde anhelo solazarme. Siendo el amor tan ligero, dulce doncel, ¿cómo es posible que tú lo halles tan pesado?...

★

...¿Es que tu propio corazón se ha prendado de tu propia carne? ¿Puede tu mano derecha asir el amor de la izquierda? Si esto es posible, cortéjate y sé rechazado por ti mismo; despójate de tu propia libertad y condúelete del robo. Así se prendó Narciso de su mismo ser, y murió por besar su imagen en la fuente...

★

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

...Las antorchas sirven para alumbrar; las joyas, para lucirse; los manjares, para saborearse; la tierna belleza, para poseerse; las hierbas aromáticas, para dar perfume; las jugosas plantas, para fructificar. Lo que sólo crece para sí abusa de su crescencia. Las simientes nacen de las simientes, y la hermosura produce la hermosura. Tú, que fuiste engendrado, engendrar es tu deber...

★

...¿Por qué te alimentas de la fecundidad de la tierra si no brindas a la tierra el alimento de tu fecundidad? La ley natural te obliga a dar vida a seres que continúen cuando tú hayas fenecido; y de este modo, a despecho de la muerte, sobrevivirás en las vivientes semejanzas que hayas creado.»

★

A todo esto, la amante y trastornada reina se inundaba de sudor, pues la sombra había huído del lugar en que estaban; y Titán, fatigado del calor del mediodía, los contemplaba, lleno de llamas, con ojos de fuego, deseando que Adonis fuera el conductor de su tiro de corceles, para, trocando los lugares, hallarse él al lado de Venus.

★

Entonces Adonis, con espíritu indolente, el aire enojado, sombrío y desdeñoso, velado el brillo de sus ojos bajo sus fruncidas cejas, como velan el cielo los brumosos vapores, acedando sus mejillas, exclama: «¡Quitad! ¡Basta de amor! ¡El sol me quema la cara! Necesito partir.»

★

«¡Ay de mí!—contesta Venus—. ¡Tan joven y tan cruel! ¡Qué vana excusa me das para evadirte! Suspiraré aliento celestial, cuyo soplo divino refrescará el ardor de este sol descendente. Te haré sombra con mis cabellos, y si éstos también te queman, los apagaré con mis lágrimas...

★

...El sol que brilla en el cielo, brilla; pero calienta, ¡y, mira!, estoy entre el sol y tú. Su calor me daña, aunque poco. ¡Tus ojos son los que despiden la llama que me abrasa! Y a no ser yo inmortal, mi vida concluiría entre ese sol del cielo y ese sol de la tierra...

★

...¿Eres insensible, eres de roca, duro como el acero? No, más que la roca, pues la piedra se ablanda por la lluvia. ¿Eres hijo de una mujer y no sientes lo que es la pasión, lo que atormenta no ser amada? ¡Oh! De haber poseído tu madre un corazón tan duro, no te habría dado a luz, sino que hubiera muerto sin conocer ternura...

★

...¿Qué soy para despreciarme de tal manera? O ¿qué gran peligro envuelve mi súplica? ¿Qué mal hará a tus labios un pobre y simple beso? Habla, hermoso; pero habla hermosas palabras, o permanece mudo. Dame un beso. Te lo devolveré con otro más de interés; si quieres, será doble...

★

...¡Quita allá, sombra inanimada, mármol frío e insensible, ídolo bien pintado, imagen sin vida ni transparencia, estatua que sólo llena los ojos, símil de hombre, pero no engendrado por mujer! Tú no eres hombre, aunque tengas de hombre el semblante, pues los hombres son dados a besar por propio instinto.»

★

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Dicho lo cual, la impaciencia ahoga su voz suplicante, y el desbordado enojo la provoca a silencio. Sus rojas mejillas y chispeantes ojos muestran por sus llamas su resentimiento. ¡Juez en amor, no puede ganar su causa! Y ora llora, ora intenta hablar, ora los sollozos entorpecen sus designios.

★

De cuando en cuando agita la cabeza y le aprieta la mano; en seguida fija en él sus ojos; luego los clava en tierra. A veces, sus brazos le envuelven a modo de cinto; quisiera encadenarle en ellos, mas él se resiste; y cuando lucha por escapar, ella cierra unos con otros sus dedos de azucena.

★

«Cariño mío—le dice—, pues te guardo aquí encerrado en el círculo de esta palizada de marfil, yo seré el parque y tú mi cervatillo; pace donde quieras; bien sobre la cuesta o bien en la hondonada; pasta en mis labios, y si estas colinas son áridas, discurre más abajo, donde se hallan los manantiales exquisitos...

★

...Dentro de este recinto todo se te ofrecerá a deseo: suaves cañadas de poblada hierba, planicies por demás deliciosas, collados salientes y esferoidales, sotos oscuros y laberínticos para guarecerte de la tempestad y de la lluvia. Sé, pues, mi cervatillo, ya que soy tal parque. Ningún lebrel te perseguirá, aunque a millares te ladrarán.»

★

A esto sonríe Adonis con tal desdén, que en cada una de sus mejillas se dibuja un lindo hoyuelo, purísimas fosas nasales de intento por el Amor, para, si fuera muerto, ser enterrado en tan sencilla tumba. Preveía el Amor que, si venía a ser aquí depositado, no podrían morir donde él vivía.

★

Estos huecos adorables, estos fositos redondos y encantadores abren sus bocas para absorber la pasión de Venus. Loca ésta, al fin, ¿cómo podrá ahora recobrar la razón? Herida ya de muerte, ¿qué necesidad tiene de un segundo golpe? ¡Pobre reina de amor, destronada en tu propio reino! ¡Amar unas mejillas que te sonríen desdeñosas!

★

¿Qué partido tomará ahora? ¿Qué intentará decir? Sus palabras han resultado inútiles, y sus dolores, acrecidos.

El tiempo ha volado, y el objeto de su pasión quiere huir, y pugna por desprenderse de los lazos que le enlazan.

«¡Piedad!—grita ella—. ¡Un pequeño favor, un poco de compasión!» El emprende la fuga y se precipita a su corcel.

★

Pero ¡mirad! De una espesura próxima, una yegua de raza robusta, joven y arrogante, divisa al impaciente caballo de Adonis, y salta, resopla y relincha estrepitosamente.

El alazán de vigoroso cuello, atado a un árbol, rompe sus riendas y corre derecho a ella.

★

Imperioso, álzase de manos, relincha, bota y separadamente deshace el tejido de sus cinchas. Huella con el duro casco la sufrida tierra, cuyo seno cavernoso resuena como el trueno celeste, y quebranta con sus molares el bocado de hierro, dominando así al que le dominaba.

★

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Enhiestas las orejas; erizadas las crines en ondas pendientes sobre su arqueado cuello; sus narices, aspirando el aire y arrojándolo acto continuo, cual los vapores de un horno; sus ojos altivos, despidiendo chispas, muestran su ardiente condición y su vivo arrebato.

★

Trota a veces como si contara sus pasos, con gentil majestad y modesta arrogancia; otras se encabrita, salta y corcova, como si quisiera decir: «Ved, así ensayo mis fuerzas; y todo esto es para cautivar los ojos de esa arrogantísima yegua que está ahí cercana.»

★

¿Cómo ha de reparar en el irritado grito de su caballero, en su cariñoso «¡hola!», en su «¡quieto, digo!»? ¿Qué le importan, en tal instante, la barbada y el agudo acicate, el rico caparazón y los vistosos arneses? Ve a su pretendida, y no ve más que a ella, pues nada sino ella complace su mirada orgullosa.

★

Ved, cuando un pintor se esfuerza en sobrepujar la vida dibujando un caballo de proporciones perfectas, su arte rivaliza con la obra maestra de la Naturaleza, como si lo inanimado hubiera de exceder a lo vivo. Así este corcel aventajaba a otro corcel ordinario, en formas, en brío, color, andar y desarrollo.

★

Redondos cascos, flexibles articulaciones, cernejas largas y nutridas, pecho amplio, ojos grandes, cabeza pequeña, abiertas narices, cruz alta, orejas cortas, piernas rectas y de extremada robustez, crin menuda, cola espesa, ancha grupa, piel suave. Ved; nada le faltaba de lo que debe tener un caballo, salvo el arrogante jinete que reclama arrogante lomo.

★

A veces se retira lejos, y, de pronto, se detiene en firme; en seguida se estremece al movimiento de una pluma; ora intenta desafiar al veinto a una carrera, y no se sabe si corre o vuela, pues el alto aire canta a través de su crin y de su cola, aventando las cerdas, que ondean como emplumadas alas.

★

Tiende la mirada sobre su pretendida y relincha para ella. Ella le responde, como si adivinase su pensamiento. Orgullosa como todas las hembras, al verse solicitada, demuestra aparente aversión, se hace la arisca, rechaza a su amante y desdeña el ardor que él siente, respondiendo con coces a sus ternuras.

★

El corcel, al notarlo, melancólico y descontento, amaga la cola, que, como un penacho flotante, proyectaba fresca sombra sobre la sudorosa anca. Piafa después, y bajo el vapor de sus narices, muerde a las pobres moscas. Su pretendida, entendiendo esta agitación violenta, se ablanda un tanto, con lo que se mitiga su furia.

★

Su impaciente dueño se dirige a él para cogerle; pero ¡anda!, que al verlo, la indómita yegua, asustada, y poco deseosa de ser aprehendida, huye velozmente arrastrando tras sí al caballo, que deja plantado a Adonis. Los dos animales se lanzan desatinados a la espesura, tomando la delantera a los cuervos, que se esfuerzan, con su vuelo, por alcanzarlos.

★

Extenuados por la persecución, decide

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Adonis sentarse, y maldice a su impetuosa e indócil cabalgadura. Y he aquí ahora ofrecerse una nueva y feliz ocasión al Amor enfermo de deseos para redoblar sus instancias, pues dicen los amantes que el corazón sufre triplemente cuando se le impide el auxilio de la lengua.

★

Un horno cerrado aumenta su abrasante calor; una corriente detenida se desborda con mayor furia. Así puede decirse del dolor comprimido; el libre desahogo de las palabras templa el fuego del amor; mas cuando el abogado del corazón está mudo, el cliente expira, desesperado de su proceso.

★

El la siente aproximarse, y comienza a enrojecer como un carbón a medio apagar que el viento reaviva, y cubre con su bonete su enojado rostro; turbada el alma dirige la vista a la melancólica tierra, sin parar mientes en la que tan cerca se halla, pues sus ojos apenas la miran de soslayo.

★

¡Oh! ¡Qué espectáculo verla, ardiendo en asias, aproximarse furtivamente al testarudo doncel; observar el violento combate de colores en su cara, y cómo el blanco y el carmín se destruyen el uno al otro! ¡Sus mejillas, pálidas antes, brillan ahora como un relámpago del firmamento!

★

Hela ya acomodada junto a él, no bien se ha sentado, y caer de rodillas como un humilde amante; con una de sus bellas manos despoja del sombrero; con la otra, deliciosa también, le toca sus encantadoras mejillas. ¡Tiernas mejillas que aguardan la impresión de su dulce mano, como la nieve recién caída acoge cuanto se imprime en ella!

★

¡Oh! ¡Qué guerra de miradas principia entre ellos entonces! Los ojos suplicantes de ella imploran a los de él, con los que se encuentra sin parecer que miran. Los de la una no cesan de cortejar; los del otro desdeñan el homenaje; y todos los actos de este mudo coloquio vienen a traducirse en lágrimas que, simulando al coro trágico, llueven de los ojos de Venus.

★

Ahora coge con gentileza su mano, lirio aprisionado en cárcel de nieve, o marfil en círculo de alabastro; ¡tan blanca es la amiga que estrecha su blanca enemiga! Este hermoso combate de agresión y resistencia simula el espectáculo de dos argentadas palomas que se dan el pico.

★

Una vez más la máquina de sus pensamientos torna a insistir: ¡Oh tú, el más bello ser que se agita en esta esfera mortal! ¡Que no fueras lo que soy, y yo un hombre! ¡Que no estuviera, como el tuyo, intacto mi corazón, y el que abrigas lastimado como el mío! Por una sola de tus dulces miradas aseguraría tu curación, aun cuando para salvarte tuviera que reducir incluso a ruinas mi hermosura.

★

«Suéltame la mano—replica él—; ¿por qué me la estrechas?» «Suéltame el corazón—contesta ella—, y te la dejaré. ¡Oh!, dámelo, no sea que el tuyo, inflexible, se vuelva de acero, y que, acerado, nunca hagan mella en él los tiernos suspiros. Entonces permanecería siempre insesible a los profundos sollozos

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

del amor, porque el corazón de Adonis habría endurecido el mío también.»

★

«¡Por pudor—grita él—, dejadme, dejadme partir! He perdido un día de diversión; mi caballo se me ha huido, y por culpa vuestra estoy privado de él. Os lo ruego, idos de aquí, y dejadme solo, pues toda mi alma, pensamiento y preocupación es quitar a esa yegua mi palafrén.»

★

Ella replica así: «Tu palafrén secunda, como es lógico, la caliente proximidad del dulce deseo. La pasión es una brasa que debe aplacarse; pues, no atendida, prende fuego al corazón. La mar tiene límites; pero el vivo deseo, no; por consiguiente, no te asombre que tu corcel haya partido...

★

...¡A un rocín se semejaba, atado al árbol, y era esclavo servil de sus riendas de cuero! Pero, apenas percibió a su amada, digna recompensa de su juventud, miró con desdén tan miserable servidumbre, rompió la infame correa que hacía encorvar su cerviz y dió soltura a su boca, a sus ancas y a su pecho...

★

...¿Quién, a la vista de su fiel adorada, desnuda en el lecho y revelando a las sábanas un color más blanco que su blancura, ha podido saciar hasta lo último, sus ojos glotones, sin que los otros sentidos no aspiraran a una satisfacción igual? ¿Quién ha sido tan pusilánime que no haya osado acercarse al fuego en una estación fría?...

★

...Permíteme que excuse a tu corcel, gentil mancebo, y te suplico fervorosamente que aprendas de él a aprovechar las satisfacciones que se presentan. Aunque yo permanezca muda, su ejemplo bastará a instruirle. ¡Oh! Aprende a amar; la lección es bien fácil, y una vez aprendida, no se olvida jamás.»

★

«No conozco el amor—responde él—; no quiero conocerlo, a menos que sea un jabalí, para entonces cazarlo. Es una deuda harto pesada, que no quiero contraer. Mi amor al amor, es amor a despreciarlo, pues he oído decir que es vida en muerte; que se ríe y se llora, y todo a un mismo aliento...

★

...¿Quién lleva un vestido sin que la forma le sea dada y esté por terminar? ¿Quién arranca el capullo antes de haber brotado una sola hoja? Si mientras brotan las cosas se las entorpece, por poco que sea, se marchitan y pierden su encanto. ¡El potro que se monta y carga demasiado joven pierde su energía y nunca se hace robusto!...

★

...Me apretáis con exceso la mano. Partamos y dejemos este ocioso tema, esta inútil charla; levantad el asedio de mi inflexible corazón; no abrirá sus puertas a las alarmas amorosas. Licenciad vuestros juramentos, vuestras lágrimas fingidas y vuestras lisonjas, pues cuando un corazón es fuerte, nunca abrirán en él brecha.»

★

«¡Cómo! ¿Sabes hablar? — exclama ella—. ¿Tienes lengua? ¡Ojalá no la tuvieras, o no tuviese yo oídos! Tu voz de sirena ha doblado mi mal. Harto peso

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

era el mío sin este que me abruma. ¡Disonancia melodiosa! ¡Celestial, armonía de áspera resonancia! ¡Música tan profundamente dulce a los oídos y herida tan profundamente penetrante para el corazón!...

★

...Si no tuviera ojos, sino oídos, mis oídos adorarían esta íntima e invisible belleza. Si fuera sorda, tus perfecciones exteriores conmoverían todas las partes sensibles de mi ser. Aunque careciese de ojos y de oídos y no pudiera ver ni escuchar, todavía me inspirarías amor por sólo el tacto...

★

...Y, aun dado que el sentido del tacto me faltase y que no pudiese ni ver, ni oír, ni tocar, teniendo sólo que atenerme al olfato, mi pasión por ti sería siempre tan grande, pues del alambique de tu exquisito rostro se desprende un hálito perfumado que engendra el amor por emanación...

★

Pero ¡oh, qué banquete ofrecerías al gusto, tú, que puedes nutrir y satisfacer a los otros cuatro sentidos! ¿No desearían éstos que fuese eterno el festín y prevendrían a la Sospecha que cerrase con doble llave la entrada, para que los Celos, huéspedes amargos e inoportunos no turbasen la fiesta con su intromisión?»

★

Todavía se abrió de nuevo el pórtico, color de rubí, que había dado suave paso a los acentos de él, como una aurora rojiza que presagia siempre el naufragio a los marinos, la tempestad a los campos, el sufrimiento a los zagales, la desolación a las aves y los vendavales y las negras borrascas a los rebaños y a los pastores.

★

Ella observa hábilmente este siniestro augurio. Así como el viento calla antes de la lluvia, o como el lobo hace gestos antes de aullar, o como la baya se entreabre antes de teñir, o como la bala de un cañón hiere de muerte antes de oírle, así el pensamiento de él se revela a ella antes que pronuncie palabra alguna.

★

Y, al leerlo en sus ojos, da de espaldas en tierra, pues las miradas matan al amor y el amor resucita por las miradas. Una sonrisa cura la llaga que produce un fruncimiento de cejas. Pero ¡bienaventurada bancarrota, que así medra por amor! El cándido doncel, creyéndola muerta, bate sus pálidas mejillas hasta que el abatimiento les devuelve su carmín.

★

Y, todo azarado, renuncia a su intención primera, pues pensaba reprenderla duramente, lo que el pérfido amor ha impedido con habilidad. ¡Honor al ingenio, que tan bien supo auxiliarla! Pues ella permanece tendida en el césped como si estuviera muerta, aguardando que el aliento de él la aliente de nuevo.

★

Adonis la pellizca en la nariz, la golpea en las mejillas, la dobla los dedos, le toma el pulso, la calienta frotándole los labios, y busca mil medios para reparar el mal que han causado sus desdenes. La besa, y ella de buena gana consentiría en no levantarse nunca, visto que la besa sin interrupción.

★

La noche de dolor se ha cambiado ahora en día. Ella entreabre débilmente sus ventanas azules, como el rubio sol cuando en su fresco atavío alegra la mañana y reanima toda la tierra. Y lo mismo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que el sol radiante glorifica el firmamento, los ojos de ella iluminan su rostro.

★

Cuyos rayos quedan fijos en la cara imberbe de Adonis, como si de ella recibieran su fulgor. Jamás se habrían refundido en una cuatro lámparas tan bellas si él no hubiese nublado las suyas con el descontento (1) de su frente. Pero sólo las de ella centelleaban a través del cristal de sus lágrimas, luciendo como la luna vista en el agua en medio de la noche.

★

«¡Oh! ¿Dónde estoy?—exclama Venus—. ¿En la tierra, o en el cielo; sumergida en el Océano, o en las llamas? ¿Qué hora es? ¿La mañana, o la indecisa tarde? ¿Gozo al morir, o vivo al gozar? ¡No ha mucho que vivía, y la existencia tenía la angustia de la muerte; hace un instante acababa, y la muerte era una viva alegría!...

★

...¡Oh! ¡Tú me mataste! ¡Mátame otra vez más! Tu duro corazón, maestro sutil, ha enseñado a tus ojos tales tretas de desprecio, tal desdén, que han asesinado mi pobre corazón; y mis ojos, fieles guías de su reina, sin la piedad de tus labios, no hubieran visto jamás la luz...

★

...¡Puedan éstos besarse el uno al otro, en recompensa de este bien, una eternidad! ¡Oh! ¡Que nunca se decoloren sus tintas carmesíes! Y que mientras vivan, su perenne frescura pueda alejar la infección de los años de epidemia. ¡Para que los astrólogos, profetas en mortandades, puedan decir que tu hálito ha desterrado la peste!... (1).

★

...¡Puros labios, dulces sellos impresos sobre mis muelles labios! ¿Qué pacto podría hacer para que los sellarais todavía? ¿Venderme? Consiento gustosa, con tal que quieras comprarme, pagarme y usar bien de tu adquisición. Si cierras el compromiso libre de toda falsedad, estampa su sello privado sobre el rojo cera de mis labios...

★

...Mil besos te adueñarán de mi corazón; págalos a tu placer, uno a uno. ¿Qué son para ti diez centenares de contactos? ¿No se cuentan rápidamente y rápidamente se dan? Supongamos que, por falta de pago, se dobla la deuda: ¿qué trabajo causan veinte veces cien besos?»

★

«Hermosa reina—dice él—, si algún amor os he inspirado, medid mi timidez por el verdor de mis años; no queráis conocerme antes que a mí mismo me conozca. Ningún pescador repara en pececillos menudos; la ciruela madura cae, la verde se mantiene en la rama, y si se coge prematuramente, es agria al paladar...

★

...¡Mirad! ¡El vivificador del *mundo*, con marcha fatigosa, acaba de terminar en el ocaso su ardiente tarea diurna! El buho, heraldo de la noche, chilla: es ya muy tarde; los corderos han vuelto a su redil, los pájaros a su nido, y

(1) *Repine*, esto es, *dissatisfaction*.

(1) Cuando salió impreso este poema, una terrible peste azotaba a Londres. La alusión *a ella no deja dudas en nosotros de que Venus y Adonis* se publicó inmediatamente después de ser escrito por Shakespeare; o, a lo menos, sería esta estrofa un interlineado.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

las nubes negras como el carbón que oscurecen la luz del cielo nos incitan a partir y nos desean las buenas noches...

★

...Dejadme, pues, que os diga: «Buenas noches», y decid vos otro tanto; si consentís, tendréis un beso. «¡Buenas noches!»—contesta Venus—. Y antes que él haya dicho: «Adiós», se cobra el dulce precio de la despedida. Sus brazos enlazan su cuello en su suave abrazo; y entonces él y ella, formando un solo cuerpo al parecer, funden cara y cara.

★

Hasta que, sin respiración, consigue él desligarse y retira el húmedo néctar celeste, esta suave boca de coral, cuyo sabor riquísimo conocen tan bien los labios sedientos de ella, de que están ahitos y aún se quejan de sequedad. Abrumado el uno con la abundancia de caricias, agotada la otra por la singularidad de las suyas, juntos sus labios, de nuevo caen en tierra.

★

El vivo deseo se ha apoderado ya de su abatida presa, y la diosa se nutre glotonamente, sin lograr saciarse. Sus labios imperan; los de él obedecen y pagan el rescate que pide su tirano, cuya exigencia de buitre fija un precio tan alto, que amenaza agotar el rico tesoro de su boca.

★

Y habiendo sentido la dulzura del botón, Venus comienza a saquear con ciega furia. Su rostro exhala vapores y humo; hierve su sangre, y su lujuria sin freno despierta en ella un valor extremado. Proclama el olvido, rechaza la razón, y no se cuida de los castos colores de la vergüenza ni del naufragio de la honra.

★

Encendido, débil y fatigado por sus abrazos implacables; semejante a un pajarillo silvestre que se amansa a fuerza de tenerlo en la mano; como el ágil corzo extenuado por la huída, o el infante llorón que se aquieta meciéndolo, Adonis obedece ya y deja de resistir, en tanto ella le coge todo lo que puede, no todo lo que deseara...

★

¿Qué cera, por compacta que esté, no se ablanda a fuerza de prensarse y acaba cediendo a la más ligera impresión? Las cosas por encima de la esperanza consíguense frecuentemente por el atrevimento; sobre todo en amor, en que la licencia va a menudo más allá del permiso. La pasión no desmaya como un lívido cobarde, sino que insiste más, a medida que las dificultades aumentan.

★

Si ella hubiera cedido, ¡oh!, cuando él frunció el entrecejo, no hubiera saboreado semejante néctar de sus labios. Palabras injuriosas y aires amenazadores no repelen al que ama; que, aunque la rosa tiene espinas, sin embargo, se coge. Se encerrara la belleza bajo veinte cerrojos, y, para facilitarse entrada, el amor acabaría por quebrarlos uno a uno.

★

La piedad manda ahora a Venus que no le retenga. El pobre burlado le suplica que le deje partir, y, ya resuelta a no detenerle, le dice adiós y le recomienda sea benigno con su corazón, pues le jura por el arco de Cupido que se lo lleva encerrado en su pecho.

★

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

«Dulce doncel—exclama—, voy a pasar una noche de tormento, pues mi corazón angustiado obligará a mis ojos a que velen. Dime, paladín del amor, ¿nos veremos mañana? ¿Nos veremos? Di, ¿nos veremos? ¿Me das tu palabra?» El responde que no, pues al día siguiente proyecta ir a la caza del jabalí con varios amigos.

★

«¡El jabalí!», replica ella. Y al nombrarlo, una repentina palidez invade su rostro, semejante a un limón blanco extendido sobre una rosa purpúrea. Tiembla a esta noticia y arroja en torno de su cuello el yugo de sus brazos. Se desploma, siempre suspendida de su cuello, y caen, él sobre su vientre y ella de espaldas.

★

Ahora está en la verdadera liza del amor, con su campeón montado para el ardiente encuentro. Todo lo que se forja es imaginario; él no quiere manejarla, no obstante haberla montado. Más atormentada que Tántalo, abraza el Elíseo, y no goza sus placeres.

★

Parecida a esos pobres pájaros que, engañados con uvas pintadas, sacian los ojos mientras desfallece su buche, así se consume en medio de su desgracia, como esas infelices aves a la vista de frutas quiméricas, tratando de inflamar con sus besos continuos los fenómenos de ardor que halla ausentes en él.

★

Pero todo es en vano. ¡Pobre reina! Nada consiguiría. Ha ensayado cuanto podía hacer; su alegato merecía honorarios más fuertes. ¡Encarnación del amor, ama y no es amada!

«¡Fuera! ¡Quitad!—dice él—. ¡Me ahogáis! ¡No tenéis razón para retenerme así!»

★

«Hubieras marchado ya — responde ella—, dulce mancebo, si no me hubieses dicho que querías ir a la caza del jabalí. ¡Oh, sé cauto! Tú no sabes lo que es herir con la punta de una jabalina a un cuerpo salvaje, que, como un carnicero feroz, afila de continuo sus siempre salientes defensas, dispuesto a matar...

★

...Su lomo ofrece una legión de púas erizadas, que amenazan sin cesar a sus perseguidores. Al irritarse, sus ojos brillan como gusanos fosforescentes; su jeta va cavando sepulcros por dondequiera que pasa acosado, embiste cuanto encuentra en su camino, y sus crueles defensas desgarran lo que hiere...

★

...Sus resistentes costados, armados de abundantes cerdas, están más que a prueba de la punta de tu lanza; su cuello, corto y abultado, difícilmente puede lesionarse; llegado a enfurecer, se atreverá al mismo león. Las espinosas zarzas y los arbustos entretejidos, por entre los cuales se precipita, apártanse de él como atemorizados...

★

...¡Ay! El no repararía en tu rostro, al que los ojos del Amor pagan el tributo de sus miradas; ni en tus suaves manos, ni en tus dulces labios y cristalinos ojos, cuya completa perfección maravilla a todo el mundo; sino que, de tenerte a merced (¡terrible portento!), arrancaría esos encantos como arranca la hierba...

★

...¡Ah! Déjale tranquilo en su inmun-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

da guarida. La Belleza nada tiene que ver con tan impuros enemigos mortales. No te expongas voluntariamente al peligro de su paso. Los que medran es porque toman consejos de sus amigos. Para no mentirte, cuando me nombraste el jabalí, he temido por tu suerte y han temblado mis nervios...

★

...¿No reparaste en mi cara? ¿No emblanqueció? ¿No vislumbraste los signos del temor al acecho en mis ojos? ¿No me sentí desfallecer? Y ¿no caí de espaldas? Dentro de mi pecho, sobre el que reposas, mi corazón, lleno de presentimientos, palpita, late y no halla descanso, sino que te sacude sobre mi seno como un temblor de tierra...

★

...Porque donde reina el Amor, la celosa inquietud se instala de por sí, como centinela del Afecto; da falsas alarmas, sugiere rebeliones y en medio de las horas apacibles grita: ¡Alerta!, ¡alerta!, perturbando al dulce Amor en su deseo, como el aire y el agua extinguen el fuego...

★

...Este apesadumbrado delator, este espía, este gusano que roe el tierno tallo del Amor, este disidente soplón, los celos, que unas veces lleva noticias ciertas y otras veces noticias falsas, llama a mi corazón y cuchichea en mis oídos que, si te amo, debo temer tu muerte...

★

...Y hace más todavía. Presenta a mis ojos la imagen de un jabalí babeando de cólera, y, bajo sus afilados colmillos, caída de espaldas, una figura semejante a la tuya, toda manchada de coágulos, cuya sangre, esparcida sobre las flores lozanas, las obliga a descaecer de dolor y a inclinar sus corolas...

★

...¿Qué haría yo, si te viese así, cuando de sólo pensarlo me estremezco? Esta idea hace sangrar mi desfallecido corazón, que adivina por la inquietud que experimenta. Profetizo tu muerte, ¡oh tú, mi vivo dolor!, si das con el jabalí mañana...

★

...Pero si no deseas más que cazar, sigue mis consejos, destraílla los galgos contra la liebre medrosa y fugitiva, o contra la zorra, que vive de la astucia, o contra el corzo, que no se atreve a resistir; persigue en las llanuras a estos tímidos animales, y acompaña con tu caballo de amplia respiración la carrera de tus lebreles...

★

...Y cuando estés sobre el rastro de la liebre miope, observa cómo el infeliz animal, para escapar al peligro, tomará al viento delantera, y con qué cuidado zigzaguea y cruza por mil rodeos (1). Las numerosas madrigueras por donde pasa son como un laberinto para desorientar a sus perseguidores...

★

...A veces corre por entre un rebaño de ovejas para burlar el olfato de los astutos lebreles, o bien desaparece por las subterráneas conejeras, para no oír los sonoros alaridos de los que la siguen. Por último, acaba asociándose a una manada de gamos. El peligro le sugiere tretas; el temor le aguza el instinto...

★

(1) *With a thousand doubles.* La voz *double*, que aquí vale *sharp turn*, no ha sido empleada con este sentido por ningún autor inglés anterior a Shakespeare.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

...Porque, mezclado allí su dolor con el de los otros, los ardientes lebreles, que husmean la pista, se confunden y vacilan, y cesan con sus clamores bulliciosos, hasta que, con harto trabajo, seleccionan completamente la huella perdida. Entonces comienzan de nuevo sus ladridos. Y Eco les responde, como si en los aires se celebrara otra cacería...

★

...En esto, la pobre liebre, alejada sobre la cima de un collado, se sienta en sus patas traseras, prestando atento oído para saber si sus adversarios la persiguen aún. En seguida oye sus estrepitosos gritos de guerra, y entonces su desesperación puede muy bien compararse a la de un agonizante que oye la campana fúnebre...

★

...Inmediatamente verás a la infeliz, salpicada de rocío, ir y venir, endentando con la ruta (1). Todo vengativo zarzal desuella sus patas fatigadas; toda sombra le hace examinar las sangrías (2); todo murmullo, parar su carrera; que el infortunio es pisoteado generalmente, y a quien cae nadie le asiste...

★

...Estate quieto y escucha un poco más. Vamos, no te rebeles, pues no te pondrá en pie. Si, cosa en mí extraña, me oyes moralizar, es para hacerte que odies la caza del jabalí. Por eso he aplicado esto a aquello, y así y asá, pues el amor sabe darse cuenta de todos los peligros... ¿Dónde me quedé?»

★

«No me importa dónde—contesta él—. Dejadme partir, y ésa será una excelente conclusión del relato. La noche va a cerrar.» «Bien, ¿y qué me importa?», dice Venus. «Me aguardan mis amigos y ya está oscuro, y al marchar tropezaré.» «De noche — exclama ella — es cuando ve mejor el deseo...

★

...Pero si caes, ¡oh!, imagina que la tierra, prendada de tus pasos, no lo hace sino para robarte un beso. Las ricas preseas convierten en ladrones a los hombres honrados. Por eso tus labios hacen taciturna y solícita a la casta Diana, que teme hurtar una caricia a tu boca y morir perjura...

★

...Ahora percibo la razón de esta noche sombría. Cintia, pudorosa, quiere oscurecer su fulgor de plata hasta que la falsaria Naturaleza sea convencida de traición, por haber robado al cielo los moldes divinos en que te ha formado a despecho del prepotente Olimpo a fin de avergonzar al sol durante el día y a ella durante la noche...

★

...Y por eso ha sobornado a los Destinos para que frustren la portentosa obra de la Naturaleza, mezclen enfermedades a la hermosura y la pura perfección a las impuras imperfecciones y la sometan a la tiranía de crueles accidentes y a toda clase de desgracias...

★

...Como fiebres abrasadoras, ictericia y

(1) *Indenting with the way;* esto es, «ir cortando el camino en forma de dientes». *To indent* equivale, pues, aquí a *to move o zizag line, to double.* Mas ya empleamos arriba el verbo *zigzaguear,* y reproducirlo, usando Shakespeare otro vocablo, sería empobrecer su riquísimo y sorprendente léxico.

(2) *To stop,* que aquí cobra raro sentido de *to check the bleeding of a wound.*

Como se ve, estos pasajes de Shakespeare son de una extremada dificultad.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

abatimiento, pestilencias que emponzoñan la vida, locuras furiosas, la funesta afección que corroe la medula de los huesos y cuyos estragos corrompen la sangre al encenderla. Las náuseas, las apostemas, el dolor y la negra desesperación, han jurado la muerte de la Naturaleza por haberte creado tan hermoso...

★

...El menor de todos esos males va a derribar la belleza en un solo minuto de lucha. La finura de rasgos, la frescura perfumada de la sangre, lo encarnado de la tez y los encantos de toda especie que antes cautivaban al espectador imparcial, todo ello se ve de pronto arruinado, disuelto, consumido, como la nieve de las montañas se derrite al sol del mediodía...

★

...Por consiguiente, a despecho de la estéril castidad, de las vestales privadas de amor y de las monjas que a sí mismas se aman y quisieran acarrear sobre la tierra una escasez de hijas e hijos, sé pródigo. La lámpara que arde durante la noche agota su aceite para prestar al mundo su luz...

★

...¿Qué es tu cuerpo sino una tumba devoradora, aparentando sepultar aquella posteridad que, según la ley del tiempo, habrá forzosamente de elegirte, como no la destruyas en el misterioso germen? Si lo haces, el mundo te mirará con desprecio por haber aniquilado con tu orgullo tan halagadoras esperanzas...

★

...Así, en ti mismo destruyes a ti mismo, crimen peor que la guerra civil entre ciudadanos, o que el de esas gentes que llevan contra sí sus manos desesperadas, o que el del padre sanguinario que priva a su hijo de la existencia. El orín sucio y corrosivo carcome el tesoro enterrado; pero el oro que se halla en circulación produce más oro aún.»

★

«¿Es decir — exclama Adonis —, que empezáis otra vez con vuestros fastidiosos y vanos discursos? El beso que os di ha sido otorgado en balde, y más que en balde lucháis contra la corriente; pues juro por esa noche morena, odiosa nodriza del placer, que vuestra disertación me hace amaros menos y menos...

★

...Si el amor os hubiese prestado veinte mil lenguas, y cada una fuese más persuasiva que la vuestra propia, que cautivase como los cánticos voluptuosos de la sirena, sus tentadores acentos resonarían vanamente en mi oído; pues, sabedlo: mi corazón vigila armado en él, y no dejaría entrar allí un solo pérfido son...

★

...No fuera que la engañosa armonía se deslizara en el apacible recinto de mi pecho, y mi pobre corazón, privado entonces de descanso en su dormitorio, se viese totalmente perdido. No, señora, no; mi corazón no aspira a gemir; antes duerme profundamente en tanto duerme solo...

★

...¿Qué habéis anticipado que yo no pueda refutar? El sendero que conduce al peligro dulce. Yo no aborrezco el amor, sino vuestro artificio amoroso, que concede sus caricias al primer extraño. ¡Que lo hacéis para multiplicar la especie! ¡Disculpa singular, cuando la razón se convierte en celestina de los abusos de la lujuria!...

★

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández